

C. H. Mackintosh

**COLECCION
DE ESCRITOS
MISCELANEOS**

WWW.VERDADESPRECIOSAS.ORG

**COLECCION
DE ESCRITOS
MISCELANEOS**

Tomo II

INDICE

Capítulo 1

La Gracia Y El Gobierno De Dios.....7

Capítulo 2

La Responsabilidad Moral Del Hombre Ante Dios.....20

Capítulo 3

La Santificación ¿Qué Es?.....29

Capítulo 4

La Separación Respecto Del Mundo.....52

Capítulo 5

Las Obras.....56

Capítulo 6

Las Uvas De Escol.....63

Capítulo 7

“Lazadas de Azul”77

Capítulo 8

Legalismo Y Livianidad.....81

Capítulo 9

Los Compañeros De David
Y Los Amigos De Pablo.....87

Capítulo 10

Los Hijos.....94

Capitulo 11	
Pedro Sobre las Aguas.....	102
Capitulo 12	
¿Qué Debo Leer?.....	111
Capitulo 13	
¿Qué Dice La Escritura Sobre Emprender Acciones Legales, Reclamar Por Los Propios Derechos, Etc.?.....	120
Capitulo 14	
¿Qué Eres: Ayuda O Estorbo?.....	126
Capitulo 15	
“¿Qué Esperaré?”	136
Capitulo 16	
Saulo de Tarso.....	142
Capitulo 17	
Ten Cuidado De Ti Mismo Y De La Doctrina”	150
Capitulo 18	
Un Corazón Para Cristo.....	158
Capitulo 19	
Un Ruego Vehemente.....	168
Capitulo 20	
Una Noche De Desvelo.....	171

1

LA GRACIA Y EL GOBIERNO DE DIOS

Es probable que el tema indicado por el título de este artículo sea uno de aquellos al cual algunos de nuestros lectores no han prestado la suficiente atención. Sin embargo, hay pocos temas tan importantes para considerar. Creemos que la dificultad que se experimenta al explicar muchos pasajes de las Sagradas Escrituras y al interpretar muchos actos de la providencia divina se debe precisamente a una falta de claridad sobre la inmensa diferencia que existe entre estas dos cosas: Dios obrando en gracia y Dios manifestándose en gobierno. Ahora bien, puesto que el objetivo que tenemos constantemente en vista en

nuestros escritos es satisfacer las necesidades reales de nuestros lectores, nos proponemos, en dependencia de la enseñanza del Espíritu, desarrollar en alguna medida los pasajes más importantes de la Escritura donde se establece de forma amplia y clara la distinción entre la gracia y el gobierno.

El tercer capítulo del libro del Génesis nos proporciona nuestro primer ejemplo. Allí encontramos la primera manifestación de la gracia de Dios, así como de su gobierno. En este capítulo vemos al hombre pecador, un pecador arruinado, culpable y desnudo. Pero aquí también encontramos a Dios en gracia dispuesto a remediar la ruina, a expurgar la culpa y a cubrir la desnudez. Todas estas cosas Dios las hace de acuerdo con sus propios caminos. Silencia a la serpiente y la relega a la ignominia eterna. Establece las bases de Su propia y eterna gloria, y provee para el pecador tanto la vida como la justicia; y todo ello por medio de la herida de la Simiente de la mujer.

Ahora bien, esto era la gracia; la pura gracia; la gracia libre, incondicional y perfecta; la gracia misma de Dios. Jehová Dios da a su propio Hijo para que, en su condición de simiente de la mujer, sea herido para la redención del hombre. Lo da para ser muerto a fin de proveer, por este medio, un vestido de justicia divina para un pecador desnudo. Esto, reitero, era verdaderamente la gracia, la gracia del carácter más puro.

Pero, entonces, notemos con cuidado que, en inmediata relación con este primer gran despliegue de la gracia, tenemos el primer acto solemne del gobierno divino. Fue la gracia la que vistió al hombre. Fue el gobierno lo que lo expulsó de Edén. “Y Jehová Dios hizo al hombre y a su mujer túnicas de pieles, y los vistió” (Génesis 3:21). Aquí tenemos un acto de la más pura gracia. Pero luego leemos: “Eché, pues, fuera al hombre, y puso al oriente del huerto de Edén querubines, y una espada encendida que se revolvía por todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida” (Génesis 3:24). Aquí tenemos un solemne e importante acto de gobierno. La túnica de piel era la dulce prenda de la gracia; la espada encendida, la solemne insignia del gobierno. Adán fue objeto de estos dos principios. Cuando contemplaba la túnica de piel, podía pensar en la gracia divina, en cómo Dios proveyó un manto para cubrir su desnudez; mas cuando miraba la espada, le venía a la mente el firme y resuelto gobierno de Dios.

Por eso, la túnica de piel y la espada[1] pueden considerarse como la más antigua expresión de la gracia y el gobierno. De hecho, estos principios nos son presentados de nuevas y variadas formas a medida que recorremos las páginas del inspirado Libro. La gracia brilla con más viva luz, y el gobierno se viste con ropajes más serios y solemnes. Además, estos dos principios, la gracia y el gobierno, asumen un aspecto menos simbólico a medida que se van desarrollando en la historia del

pueblo de Dios con el correr de los siglos; sin embargo, sigue siendo sumamente interesante hallar estas grandes realidades tan claramente representadas mediante las primitivas figuras de la túnica y de la espada.

Puede que el lector se sienta movido a plantearse la siguiente pregunta: «¿Por qué motivo Jehová Dios echó al hombre fuera del Edén si lo había perdonado previamente?» La misma pregunta puede repetirse con respecto a tantos otros episodios que encontramos en la Palabra de Dios y en la historia del pueblo de Dios, en los que se ejemplifica la acción conjunta de la gracia y el gobierno. La gracia perdona; pero las ruedas del gobierno (Ezequiel 1) siguen avanzando con toda su terrible majestad. Adán fue perfectamente perdonado; pero su pecado produjo sus propios resultados. La culpa quedó borrada de su conciencia, pero no así el sudor de su frente. Salió de Edén perdonado y vestido; pero salió en dirección a una tierra con “espinos y cardos” (Génesis 3:18). En secreto, pudo comer de los preciosos frutos de la gracia, a la vez que reconocía en público los solemnes e inevitables decretos del gobierno divino.

Así fue con Adán; así fue desde entonces, y así también es ahora. Debemos procurar entender claramente este tema a la luz de las Escrituras. Merece que lo atendamos con oración. Demasiado a menudo sucede que la gracia y el gobierno se confunden; y la consecuencia inevitable es que la gracia es privada de su perfume, y el gobierno

despojado de su solemne dignidad; de ahí que raramente se comprenda el pleno e ilimitado perdón de los pecados —que el pecador puede gozar sobre la base de la libre gracia de Dios— debido a que el corazón se preocupa más de los severos decretos del gobierno.

Ambas cosas —la gracia y el gobierno— son tan distintas como pueden serlo dos cosas de naturaleza absolutamente diferente; y esta distinción se mantiene tan claramente en Génesis 3 como en cualquier otro lugar del inspirado Volumen. ¿Acaso los “espinos y cardos” de los que Adán se vio rodeado tras su expulsión del Edén constituyeron un obstáculo para ese perdón absoluto que la gracia le había asegurado de antemano? Claro que no. Su corazón se vio regocijado con los brillantes rayos de la lámpara de la promesa, y su persona fue revestida con las vestiduras que la gracia había confeccionado para él antes de ser enviado a una tierra maldita y gimiente, para trabajar y sufrir de acuerdo con el justo decreto del trono del gobierno. El gobierno de Dios echó fuera al hombre; pero no antes de que la gracia de Dios lo perdonara y lo vistiera. El divino gobierno lo mandó a un mundo de tinieblas; pero no sin que la gracia pusiera primero en sus manos la lámpara de la promesa para consolarle a través de las tinieblas. Adán pudo soportar el solemne y duro decreto del gobierno en la medida que experimentó las ricas provisiones de la gracia.

Basta con lo dicho en cuanto a la historia de Adán en tanto que esclarece nuestro tema. Ahora pasaremos a considerar el arca y el diluvio en los días de Noé, los cuales, al igual que la túnica de piel y la espada encendida, ejemplifican, de una manera sorprendente, la gracia y el gobierno de Dios.

El inspirado relato acerca de Caín y de su posteridad presenta, invariablemente, el «progreso» del hombre en su condición caída; en tanto que, la historia de Abel y de su descendencia directa nos muestra, en agudo contraste, el progreso de aquellos que fueron llamados a vivir una vida de fe en medio de la escena donde terminaron nuestros primeros padres tras su expulsión de Edén por el decreto del trono del gobierno. Los primeros siguieron, con impetuosa rapidez, la carrera «cuesta abajo», hasta que su pecado consumado dio lugar al drástico juicio del trono del gobierno. Los últimos, por el contrario, siguieron, por la gracia, una marcha «ascendente», y fueron llevados a salvo, a través del juicio, a una tierra restaurada.

Ahora bien, es interesante notar que, antes de que el acto de juicio gubernativo se sustanciara, la familia escogida junto con todos sus acompañantes, fueron puestos a salvo en el arca —el vaso de la gracia—. Noé, a salvo en el arca, al igual que Adán revestido de las pieles, fue testigo de la maravillosa gracia de Jehová; y, como tal, pudo contemplar sin temor el trono del gobierno cuando

derramaba su terrible juicio sobre un mundo corrompido. Dios en gracia salvó a Noé, antes que Dios en gobierno barrierla la tierra con la escoba del juicio. De nuevo vemos los dos principios: la gracia y el gobierno. La gracia actúa en salvación; el gobierno, en juicio. Se ve a Dios en ambos. Cada ápice del arca llevaba la dulce impronta de la gracia; mientras que cada ola del diluvio reflejaba el solemne decreto del gobierno.

Sólo citaremos un ejemplo más del libro del Génesis, de carácter sumamente práctico, en el cual se ven reunidas en el mismo individuo la acción conjunta de la gracia y el gobierno de una manera solemne e importante. Me refiero al patriarca Jacob. Toda la historia de este hombre —por demás instructiva— presenta una serie de eventos que ilustran nuestro tema. Sólo mencionaré el hecho de que engañara a su padre Isaac con el objeto de suplantar a su hermano Esaú. La soberana gracia de Dios le había asignado —mucho antes de su nacimiento— una preeminencia de la cual ningún hombre podía privarle jamás; pero, no satisfecho con esperar los tiempos y los caminos de Dios, emprendió la tarea de manejar las cosas por sí mismo.

¿Cuál fue el resultado de ello? Toda su vida siguiente nos ofrece la respuesta admonitoria: Desterrado de la casa de su padre; veinte años de dura servidumbre; su salario fue cambiado diez veces; nunca se le permitió ver de nuevo a su madre; aterrado de que su agraviado

hermano lo asesine; la deshonra cae sobre su familia; teme por su vida a manos de los siquemitas; fue engañado por sus diez hijos; sumido en un profundo dolor por la supuesta muerte de su mimado hijo José; temeroso de perecer de hambre, y, finalmente, muerto en tierra extranjera.

¡Qué lección tenemos aquí para nosotros! Jacob, seguramente, fue el objeto de la gracia, de la gracia soberana, inmutable y eterna. Éste es un hecho indisputable. Pero, al mismo tiempo, fue también objeto del gobierno de Dios; y téngase bien presente que ningún ejercicio de la gracia puede jamás interferir con las arrasadoras e imparables ruedas del gobierno. Nada detiene su avance. Sería mucho más fácil detener el avance de las aguas de un caudaloso río con una pluma, o contener un tifón con una telaraña, que intentar detener, mediante cualquier poder —angélico, humano o diabólico—, el poderoso movimiento del gubernativo carro de Dios.

Todo esto es tremendamente solemne. La gracia perdona; sí, perdona libre, plena y eternamente; pero, al mismo tiempo, “todo lo que el hombre sembrare, eso también segará”. Un amo manda a su criado a sembrar un campo de trigo. El criado, por ignorancia, dejadez o flagrante desatención, en lugar de sembrar el trigo, llena la tierra de un grano nocivo. El amo se entera de la equivocación de su criado y, poniendo en ejercicio su

gracia, lo perdona; lo perdona libre y plenamente. Ahora bien, ¿acaso el benigno perdón cambiará la naturaleza de la cosecha? Seguro que no; por eso, a su debido tiempo, en vez de ver el campo cubierto de doradas espigas —como hubiera esperado—, el criado verá con amargura el campo del amo repleto de malas hierbas. ¿Acaso el cuadro de esta maleza que contempla el criado le hará dudar de la gracia de su amo? De ninguna manera. Así como la gracia del amo no alteró en absoluto la naturaleza de la cosecha, tampoco ésta modificará en lo más mínimo la gracia y el perdón que dimanan del amo. Ambas cosas son totalmente distintas. Tampoco se infringiría este principio si el amo, haciendo uso de su ciencia o de sus artes extraordinarias, fuese a extraer de entre esas malezas alguna sustancia o producto de muchísimo más valor que el trigo mismo. Aun así, todavía seguiría siendo válido el principio de Gálatas 6:7: “Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará.”

Esto ilustrará, al menos en cierta medida, la diferencia que existe entre la gracia y el gobierno. El pasaje de Gálatas que acabamos de citar es una breve pero amplísima declaración del gran principio gubernamental; un principio del carácter más solemne y práctico, y de la más amplia aplicación: “Todo lo que el hombre sembrare.” No importa de quién se trate; tal cual sea vuestra siembra, tal cual será vuestra cosecha. La gracia perdona; es más, puede elevaros más y haceros más felices que nunca. Pero si sembráis malas hierbas en primavera, no podéis

esperar cosechar trigo. Este principio es tan claro como práctico. Está ilustrado y establecido en la Escritura y es demostrado por la experiencia de todos los días.

Consideremos a Moisés. Habló imprudentemente con sus labios en las aguas de Meriba (Números 20). Y ¿cuál fue el resultado?: El decreto gubernamental de Jehová le prohibió la entrada a la tierra prometida. Pero nótese bien que, aun cuando el decreto del trono le mantuvo fuera de Canaán, la infinita gracia de Dios le permitió subir hasta la cumbre del monte Nebo (Deuteronomio 34), desde donde vio la tierra prometida, no tal como fue tomada por mano de Israel, sino tal como había sido dada por el pacto de Jehová. ¿Y qué sucedió luego? ¡Jehová mismo sepultó a su querido siervo! ¡Qué gracia brilla en esto!

Ciertamente, si el espíritu se llena de temor por el solemne decreto del trono en Meriba, el corazón se siente extasiado al contemplar la incomparable gracia de Dios en la cumbre del Nebo. El gobierno de Jehová mantuvo a Moisés fuera de Canaán. La gracia de Jehová elevó a Moisés en el Nebo y le cavó una tumba en las llanuras de Moab. ¿Hubo alguna vez una sepultura similar? ¿No podemos decir que la gracia que cavó la tumba de Moisés sólo es excedida en brillantez por la gracia que ocupó la tumba de Cristo? Sí, Jehová pudo cavar una tumba y hacer una túnica; pero la gracia que brilla en estos actos tan maravillosos es considerablemente realizada cuando se la

contempla en relación con los solemnes decretos del trono del gobierno.

Consideremos todavía a David “en lo tocante a Urías heteo” (1.º Reyes 15:5). Aquí tenemos una muy notable manifestación de la gracia y el gobierno. En un triste momento, David cae de su santa elevación. Bajo el engeguecedor influjo de sus pasiones, quedó sumido en un profundo y horrible pozo de corrupción moral. Allí, en ese profundo hoyo, la convicción de su falta, como una flecha, alcanzó su conciencia, y, desde lo profundo de su quebrantado corazón, arrancó los siguientes acentos de arrepentimiento: “Pequé contra Jehová” (2.º Samuel 12:13). Y bien, ¿qué acogida recibió su arrepentimiento? Una clara y pronta respuesta de esta gracia, en la cual nuestro Dios se complace. “Jehová ha remitido tu pecado” (2.º Samuel 12:13). Esto era la gracia absoluta. El pecado de David fue perfectamente perdonado. No puede haber duda alguna en cuanto a esto. Pero aun cuando los dulces acentos de esta gracia alcanzaron los oídos de David tras la confesión de su pecado, el solemne movimiento de las ruedas del gobierno se oía a la distancia. Tan pronto como la tierna mano de misericordia hubo remitido el pecado, la “espada” fue desenvainada de su funda para ejecutar el insoslayable juicio. Esto es tremendamente solemne. David fue plenamente perdonado, pero Absalón se alzó en rebelión contra su padre.

“Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará.” El pecado de sembrar malas hierbas puede ser perdonado, pero la cosecha deberá estar en relación con las semillas. Lo primero es la gracia; lo segundo, el gobierno. Cada uno actúa en su propia esfera, y jamás lo uno interfiere con la actividad de lo otro. El lustre de la gracia y la dignidad del gobierno son igualmente divinos. A David se le permitió caminar en los atrios del santuario cual objeto de la gracia que había recibido (2.º Samuel 12:20); mas en seguida se vio obligado a trepar las escarpadas laderas del monte de los Olivos como objeto del gobierno (2.º Samuel 15:30); y podemos afirmar con total seguridad que el corazón de David nunca tuvo un más profundo sentido de la divina gracia que cuando experimentó la severa acción del divino gobierno.

Se ha dicho lo suficiente ya como para introducir al lector en un tema que puede seguir analizando con facilidad por sí mismo. Las Escrituras abundan en ejemplos a este respecto, y la experiencia de la vida humana lo ilustra cada día. Cuán a menudo vemos a personas gozando la gracia en plenitud, conscientes del perdón de todos sus pecados, andando en una transparente comunión con Dios, pero que, sin embargo, sufren en su cuerpo o en su situación particular —civil, social, etc.— las terribles consecuencias de sus desatinos pasados o de los excesos en los cuales habían caído. En estos casos se advierte de nuevo la gracia y el gobierno. Éste es un tema sumamente práctico e importante; y se

verá que constituye una valiosa y efectiva ayuda en el estudio no sólo de las páginas del inspirado Libro, sino también de las páginas de la biografía humana.

No quisiera terminar este artículo sin citar un pasaje que demasiado a menudo se cita erróneamente como una manifestación de la gracia, y que en realidad es una manifestación del divino gobierno: “Y pasando Jehová por delante de él, proclamó: ¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación” (Éxodo 34:6-7). Si tomamos este pasaje como una expresión de lo que Dios es en el Evangelio, tendríamos seguramente un muy falso concepto de lo que es el Evangelio. El Evangelio habla de la manera siguiente: “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados” (2.^a Corintios 5:19). “Visitar la iniquidad” y “no tomar en cuenta los pecados” son dos cosas totalmente diferentes. La primera es Dios actuando en gobierno; la última, Dios en gracia. Es siempre el mismo Dios, pero manifestándose de dos maneras diferentes.

2

LA RESPONSABILIDAD MORAL DEL HOMBRE ANTE DIOS Y SU FALTA DE PODER

La cuestión de la responsabilidad del hombre parece dejar perplejas a muchas almas. Éstas consideran que es difícil —por no decir imposible— conciliar este principio con el hecho de que el hombre carece por completo de poder. «Si el hombre —arguyen— es absolutamente impotente, ¿cómo puede ser responsable? Si él por sí mismo no puede arrepentirse ni creer al Evangelio, ¿cómo puede ser responsable? Y si él, finalmente, no es responsable de creer al Evangelio, ¿sobre qué base, entonces, podrá ser juzgado por rechazarlo?»

Así es como la mente humana razona y arguye; y la teología, lamentablemente, no ayuda a resolver la dificultad, sino que, por el contrario, aumenta la confusión y la oscuridad. Pues, por un lado, una escuela de teología —la «alta» o calvinista— enseña —y correctamente— la completa impotencia o incapacidad del hombre; que si se lo deja librado a sus propios medios, él jamás querrá ni podrá venir a Dios; que esto sólo es posible gracias al poder del Espíritu Santo; que si no fuese por la libre y soberana gracia, nunca una sola alma podría ser salva; que, si de nosotros dependiera, sólo obraríamos mal y nunca haríamos bien. De todo esto, el calvinista deduce que el hombre no es responsable. Su enseñanza es correcta, pero su deducción es errónea. La otra escuela de teología —la «baja» o arminiana— enseña —y correctamente— que el hombre es responsable; que será castigado con eterna destrucción por haber rechazado el Evangelio; que Dios manda a todos los hombres en todo lugar que se arrepientan; que ruega a los pecadores, a todos los hombres, al mundo, que se reconcilien con Él; que Dios quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad. De todo esto, el sistema deduce que el hombre tiene el poder o la facultad de arrepentirse y creer. Su enseñanza es correcta; su deducción, errónea.

De esto se sigue que ni los razonamientos humanos ni las enseñanzas de la mera teología —alta o baja— podrán jamás resolver la cuestión de la responsabilidad del

hombre y de su falta de poder. La palabra de Dios solamente puede hacerlo; y lo hace de la manera más simple y concluyente. Ella enseña, demuestra e ilustra, desde el comienzo del Génesis hasta el final del Apocalipsis, la completa impotencia del hombre para obrar el bien y su incesante inclinación al mal. La Escritura, en Génesis 6, declara que “todo designio de los pensamientos del corazón de ellos es de continuo solamente el mal”. En Jeremías 17 declara que “engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso”. En Romanos 3 nos enseña que “no hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda. No hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno”.

Además, la Escritura no sólo enseña la doctrina de la absoluta e irremediable ruina del hombre, de su incorregible mal, de su total impotencia para hacer el bien y de su invariable inclinación al mal, sino que también nos provee de un cúmulo de pruebas, absolutamente incontestables, en la forma de hechos e ilustraciones tomados de la historia actual del hombre, que demuestran la doctrina. Nos muestra al hombre en el jardín, creyendo al diablo, desobedeciendo a Dios y siendo expulsado. Lo muestra, tras haber sido expulsado, siguiendo su camino de maldad, hasta que Dios, finalmente, tuvo que enviar el diluvio. Luego, en la tierra restaurada, el hombre se embriaga y se degrada. Es probado sin la ley, y resulta ser un rebelde sin ley. Entonces es probado bajo la ley, y se

convierte en un transgresor premeditado. Entonces son enviados los profetas, y el hombre los apedrea; Juan el Bautista es enviado, y el hombre lo decapita; el Hijo de Dios es enviado, y el hombre lo crucifica; el Espíritu Santo es enviado, y el hombre lo resiste.

Así pues, en cada volumen —por decirlo así— de la historia del género humano, en cada sección, en cada página, en cada párrafo, en cada línea, leemos acerca de su completa ruina, de su total alejamiento de Dios. Se nos enseña, de la manera más clara posible, que, si del hombre dependiera, jamás podría ni querría —aunque, seguramente, debería— volverse a Dios, y hacer obras dignas de arrepentimiento. Y, en perfecta concordancia con esto, aprendemos de la parábola de la gran cena que el Señor refirió en Lucas 14, que ni tan siquiera uno de los convidados quiso hallarse a la mesa. Todos los que se sentaron a la mesa, fueron “forzados a entrar”. Ni uno solo jamás habría asistido si hubiese sido librado a su propia decisión. La gracia, la libre gracia de Dios, debió forzarlos a entrar; y así lo hace. ¡Bendito sea por siempre el Dios de toda gracia!

Pero, por otra parte, lado a lado con esto, y enseñado con igual fuerza y claridad, está la solemne e importante verdad de la responsabilidad del hombre. En la Creación, Dios se dirige al hombre como a un ser responsable, pues tal indudablemente lo es. Y además, su responsabilidad, en cada caso, es medida por sus beneficios. Por eso, al

abrir la epístola a los Romanos, vemos que el gentil es considerado en una condición sin ley, pero siendo responsable de prestar oído al testimonio de la Creación, lo que no ha hecho. El judío es considerado como estando bajo la ley, siendo responsable de guardarla, lo que no ha hecho. Luego, en el capítulo 11 de la epístola, la cristiandad es considerada como responsable de permanecer en la bondad de Dios, lo cual no hizo. Y en 2.^a Tesalonicenses 1 leemos que aquellos que no obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo, serán castigados con eterna destrucción. Por último, en el capítulo 2 de la epístola a los Hebreos, el apóstol urge en la conciencia esta solemne pregunta: “¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?”

Ahora bien, el gentil no será juzgado sobre la misma base que el judío; tampoco el judío será juzgado sobre la misma base que el cristiano nominal. Dios tratará con cada cual sobre su propio terreno distintivo y conforme a la luz y privilegios recibidos. Hay quienes recibirán “muchos azotes”, y quien será “azotado poco”, conforme a Lucas 12. Será “más tolerable” para unos que para otros, según Mateo 11. El Juez de toda la tierra habrá de hacer lo que es justo; pero el hombre es responsable, y su responsabilidad es medida por la luz y los beneficios que le fueron dados. No a todos se los agrupa indiscriminadamente, como si se hallasen en un terreno común. Al contrario, se hace una distinción de lo más estricta, y nadie será jamás condenado por menospreciar

y rechazar beneficios que no hayan estado a su alcance. Pero seguramente el solo hecho de que habrá un juicio, demuestra fehacientemente —aunque no hubiera ninguna otra prueba— que el hombre es responsable.

¿Y quién —preguntamos— es el prototipo de irresponsabilidad por excelencia? Aquel que rechaza o desprecia el Evangelio de la gracia de Dios. El Evangelio revela toda la plenitud de la gracia de Dios. Todos los recursos divinos se despliegan en el Evangelio: El amor de Dios; la preciosa obra y la gloriosa Persona del Hijo; el testimonio del Espíritu Santo. Además, en el Evangelio, Dios es visto en el maravilloso ministerio de la reconciliación, rogando a los pecadores que se reconcilien con Él[1]. Nada puede sobrepasar esto. Es el más elevado y pleno despliegue de la gracia, de la misericordia y del amor de Dios; por tanto, todos los que lo rechazan o menosprecian, son responsables en el sentido más estricto del término, y traen sobre sí el más severo juicio de Dios. Aquellos que rechazan el testimonio de la Creación son culpables; los que quebrantan la ley son más culpables todavía; pero aquellos que rechazan la gracia ofrecida, son los más culpables de todos.

¿Habrá alguno que todavía objete y diga que no es posible reconciliar las dos cosas: la impotencia del hombre y la responsabilidad del hombre? El tal tenga en cuenta que no nos incumbe reconciliarlas. Dios lo ha hecho al incluir ambas verdades una al lado de la otra en

su eterna Palabra. Nos corresponde sujetarnos y creer, no razonar. Si atendemos a las conclusiones y deducciones de nuestras mentes, o a los dogmas de las antagónicas escuelas de teología, caeremos en un embrollo y estaremos siempre perplejos y confusos. Pero si simplemente nos inclinamos ante las Escrituras, conoceremos la verdad. Los hombres pueden razonar y rebelarse contra Dios; pero la cuestión es si el hombre ha de juzgar a Dios o Dios ha de juzgar al hombre. ¿Es Dios soberano o no? Si el hombre ha de colocarse como juez de Dios, entonces Dios no es más Dios. “Oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios?” (Romanos 9:20).

Ésta es la cuestión fundamental. ¿Podemos responder a ella? El hecho claro es que esta dificultad referente a la cuestión de poder y responsabilidad es un completo error que surge de la ignorancia de nuestra verdadera condición y de nuestra falta de absoluta sumisión a Dios. Toda alma que se halla en una buena condición moral, reconocerá libremente su responsabilidad, su culpa, su completa impotencia, su merecimiento del justo juicio de Dios, y que si no fuera por la soberana gracia de Dios en Cristo, ella sería inevitablemente condenada. Todos aquellos que no reconocen esto, desde lo profundo de su alma, se ignoran a sí mismos, y se colocan virtualmente en juicio contra Dios. Tal es su situación, si hemos de ser enseñados por la Escritura.

Tomemos un ejemplo. Un hombre me debe cierta suma de dinero; pero es un hombre inconsciente y despilfarrador, de modo que es incapaz de pagarme; y no sólo es incapaz, sino que tampoco tiene el menor deseo de hacerlo. No quiere pagarme; no quiere tener nada que ver conmigo. Si me viera venir por la calle, se ocultaría tan pronto como pudiera con tal que me esquivara. ¿Es responsable? ¿Tengo razones para iniciar acciones legales contra él? ¿Acaso su total incapacidad para pagarme lo exonera de responsabilidad?

Luego le envió a mi siervo con un afectuoso mensaje. Lo insulta. Le envió otro; y lo golpea violentamente. Entonces le envió a mi propio hijo para que le ruegue que venga a mí y se reconozca deudor mío, para que confiese y asuma su propio lugar, y para decirle que no sólo quiero perdonar su deuda, sino también asociarlo a mí. Él entonces insulta a mi hijo de toda forma posible, echa toda suerte de oprobio contra él y, finalmente, lo asesina.

Todo esto constituye simplemente una muy débil ilustración de la verdadera condición de cosas entre Dios y el pecador; sin embargo, algunos quieren razonar y argumentar acerca de la injusticia de sostener que el hombre es responsable. Ello es un fatal error, desde todo punto de vista. En el infierno no hay una sola alma que tenga alguna dificultad sobre este tema. Y con toda seguridad que en el cielo nadie siente ninguna dificultad al respecto. Todos los que se hallen en el infierno

reconocerán que recibieron lo que merecían conforme a sus obras; mientras que aquellos que se hallen en el cielo se reconocerán «deudores a la gracia solamente». Los primeros habrán de agradecerse a sí mismos; los últimos habrán de dar gracias a Dios. Creemos que tal es la única solución verdadera a la cuestión de la responsabilidad y el poder del hombre.

3

LA SANTIFICACIÓN ¿QUÉ ES?

Procurar paz y consuelo a aquellos que, aunque verdaderamente convertidos, no han echado mano de un Cristo completo, y que, en consecuencia, no gozan de la libertad del Evangelio, es el objeto que nos proponemos al considerar el importante y profundamente interesante tema de la santificación.

Creemos que un número importante de aquellos de quienes buscamos la prosperidad espiritual, sufren considerablemente a razón de ideas defectuosas o erróneas sobre esta cuestión vital. En algunos casos, la doctrina de la santificación es tan enteramente mal

comprendida que la verdad de la perfecta justificación del creyente delante de Dios se ve seriamente comprometida.

Por ejemplo, a menudo hemos oído de algunas personas que hablan de la santificación como de una obra progresiva, en virtud de la cual nuestra vieja naturaleza se tiene que ir mejorando gradualmente; y también hemos oído expresar el pensamiento de que hasta que este proceso no alcance su punto culminante —es decir, hasta que la caída y corrupta naturaleza humana no haya sido santificada por completo—, no estamos en condiciones de entrar en el cielo.

Ahora bien, por lo que respecta a esta creencia, sólo diremos que la Escritura, al igual que la auténtica experiencia de todos los creyentes, es enteramente contraria a la misma. La Palabra de Dios no nos dice ni una sola vez que el Espíritu Santo tenga por objeto la mejoría, ya de forma gradual, ya de cualquier otra forma, de nuestra vieja naturaleza, naturaleza que, al nacer, heredamos del caído Adán. El inspirado apóstol declara expresamente que “el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1.^a Corintios 2:14). Este solo pasaje es claro y concluyente sobre este punto. Si “el hombre natural” es incapaz de “percibir” y de “conocer las cosas del Espíritu de Dios”, ¿cómo este “hombre natural” podría ser santificado por el Espíritu Santo? ¿No es

evidente que hablar de la santificación de nuestra naturaleza es ir en contra de la directa enseñanza de 1.^a Corintios 2:14?

Podríamos citar otros pasajes para demostrar que el objeto de las operaciones del Espíritu, no es el de mejorar o santificar la carne, pero no es menester multiplicar las citas. Una cosa enteramente arruinada, jamás puede ser santificada. Hagamos lo que queramos con ella, está arruinada; y el Espíritu Santo, con toda seguridad, no descendió para santificar una ruina, sino para conducir al pecador arruinado a Jesús. En lugar de cualquier intento por santificar la carne, oímos que “el deseo de la carne es contra el Espíritu y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis” (Gálatas 5:17). ¿Podríamos suponer al Espíritu Santo haciendo la guerra contra aquello que debería estar gradualmente mejorando y perfeccionando? Por otra parte, ¿no cesaría el combate tan pronto como el proceso de mejoramiento hubiese alcanzado su apogeo? Pero ¿acaso vemos que el combate del creyente cese alguna vez entretanto esté en el cuerpo?

Esto nos conduce a la segunda objeción contra la errónea teoría de la santificación progresiva de nuestra naturaleza, esto es, la que se deriva de la auténtica experiencia de todos los creyentes. Lector, ¿es Ud. un verdadero creyente? Si es así, yo le preguntaría si alguna vez ha obtenido alguna mejora de su vieja naturaleza. ¿Es

ella una pizca mejor ahora que al comienzo de su carrera cristiana? El creyente, por la gracia, sí puede —o debería— subyugarla más plenamente; pero esta naturaleza no es de ningún modo mejorada. Si no la hace morir, ella estará tan dispuesta como siempre a aflorar y a manifestarse en toda su vileza. “La carne” en un creyente, no es nada mejor que “la carne” en un incrédulo. Perded de vista esta verdad, y difícilmente podríais calcular las terribles consecuencias de ello. Si el creyente olvida que el yo debe ser juzgado, pronto aprenderá, mediante una amarga experiencia, que su vieja naturaleza es tan malvada como siempre, y que siempre será exactamente la misma hasta el fin.

Es difícil concebir cómo aquel que es llevado a esperar una mejora gradual de su naturaleza, puede gozar de un instante de paz; pues si tan sólo se considerase a sí mismo a la luz de la santa Palabra de Dios, no puede sino ver que su vieja naturaleza —la carne— es exactamente la misma que cuando andaba en las tinieblas morales de su estado de inconversión. Es cierto que su condición y su carácter han sufrido un gran cambio a raíz de la posesión de una nueva naturaleza —una “naturaleza divina” (2. ^a Pedro 1:4)— y a causa de la morada del Espíritu Santo en él para hacer efectivos los deseos de aquélla. Pero no bien la vieja naturaleza actúa, encuentra que es tan contraria a Dios como siempre.

No dudamos de que la tristeza y el desaliento, de los que muchos cristianos se quejan, tienen su origen, en gran parte, en una concepción errónea de este punto importante de la santificación. Ellos buscan lo que jamás podrán encontrar. Buscan un fundamento de paz en una naturaleza santificada, en vez de hacerlo en un sacrificio perfecto; en una obra progresiva de santificación, en vez de buscarlo en una obra cumplida de expiación. En su opinión, es presuntuoso creer que sus pecados son perdonados entretanto su vieja naturaleza no sea completamente santificada; y al ver que ese objetivo no es alcanzado, no tienen una positiva seguridad de perdón, y son, por consecuencia, miserables. En una palabra, ellos buscan “un fundamento” totalmente diferente de aquel que el Señor dijo haber establecido, y, por consecuencia, no tienen absolutamente ninguna certidumbre. Lo único que parece ofrecerles un rayo de consuelo, es el éxito aparente de algún esfuerzo en su lucha por obtener una santidad personal. Si han tenido un día tranquilo, si son favorecidos por un tiempo de dulce comunión, si se hallan en una disposición de calma y de devoción, están prestos a exclamar: “No seré jamás conmovido, porque tú, Jehová, con tu favor me afirmaste como monte fuerte” (Salmo 30).

Pero, ¡ay! estas cosas proveen un pobre fundamento para la paz del alma. Ellas no son Cristo; y hasta tanto no veamos que nuestra posición delante de Dios es en Cristo, no tendremos una paz asegurada. Sin duda, el alma que realmente ha echado mano de Cristo, aspira a la santidad;

pero si ha comprendido lo que Cristo es para ella, habrá acabado con todo pensamiento acerca de una naturaleza santificada. Ella ha hallado en Cristo su todo, y el deseo primordial de su corazón, es crecer a Su semejanza. Ésta es la verdadera santificación práctica.

A menudo sucede que ciertas personas, al hablar de la santificación, tienen pensamientos rectos acerca de ella, aun cuando no se expresen según la enseñanza de la Escritura. Y hay muchos también que ven un solo lado de la verdad referente al tema de la santificación, pero no el otro; y aunque nos pese ofender a alguien por una palabra, es sin embargo siempre muy importante, al hablar de cualquier punto de la verdad, y particularmente de un punto tan vital como el de la santificación, hablar conforme a la divina integridad de la Palabra. Procederemos, pues, a citar, para nuestros lectores, algunos de los principales pasajes del Nuevo Testamento que desarrollan esta doctrina. Estos pasajes nos enseñarán dos cosas, a saber:

- Primero: Qué es la santificación
- Segundo: Cómo se efectúa la santificación

1. Qué es la santificación

El primer pasaje sobre el cual llamaremos vuestra atención es 1.^a Corintios 1:30: “Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención.” Aquí

aprendemos que Cristo “nos ha sido hecho” estas cuatro cosas. Dios nos ha dado en Cristo un cofrecito precioso, y cuando lo abrimos con la llave de la fe, la primera joya que brilla ante nuestros ojos es la “sabiduría”; la segunda, la “justicia”; la tercera, la “santificación”; y la cuarta, la “redención”. Todas estas cosas las tenemos en Cristo. De la misma manera que tenemos una, tenemos todas. Y ¿cómo obtenemos todas estas cosas? Por la fe. Pero ¿por qué el apóstol menciona la redención a lo último? Porque ella comprende la liberación final del cuerpo del creyente, del poder de la mortalidad, cuando la voz del arcángel y la trompeta de Dios lo levantará de la tumba, o lo transformará, en un abrir y cerrar de ojos. ¿Acaso este acto será progresivo? Claro que no. Tendrá lugar “en un abrir y cerrar de ojos”. Ahora el cuerpo se encuentra en un determinado estado, y “en un momento” estará en otro. En el brevísimo lapso de tiempo, expresado por el rápido movimiento del párpado, el cuerpo pasará de la corrupción a la incorrupción, de la deshonra a la gloria, de la debilidad a la fuerza. ¡Qué cambio! Será inmediato, completo, eterno y divino.

Pero ¿qué tenemos que aprender del hecho de que la “santificación” se halle agrupada con la “redención”? Aprendemos que lo que la redención será para el cuerpo luego, la santificación lo es para el alma ahora. En una palabra, la santificación, según el sentido en el cual es empleado aquí el término, es una obra inmediata, completa, eterna y divina. La una es más progresiva que la

otra. La una es tan inmediata como la otra. La una es tan completa e independiente del hombre como la otra. No hay duda de que cuando el cuerpo haya sufrido este glorioso cambio, habrá alturas de gloria para recorrer, profundidades de gloria para penetrar y vastos campos de gloria para explorar. Todas estas cosas nos ocuparán durante la eternidad. Pero la obra que nos hará aptos para gozar de semejantes escenas será cumplida en un momento. Así es en cuanto a la santificación: los resultados prácticos de la misma deberán desarrollarse continuamente; pero el hecho mismo, tal como es mencionado en este pasaje, es llevado a cabo en un santiamén.

¡Qué inmenso alivio sería para miles de almas fervorosas, que están en la ansiedad y el combate, si pudieran verdaderamente echar mano de Cristo como su santificación! ¡Cuántos cristianos se esfuerzan inútilmente por lograr una santificación propia! Ellos vinieron a Cristo para la justicia, después de haber hecho muchos esfuerzos inútiles para obtener una justicia propia. Y ahora buscan la santificación de una manera totalmente diferente. Han obtenido “la justicia sin las obras”, y se imaginan que deben obtener la santificación por las obras. Han obtenido la justicia por la fe, y se imaginan que deben arribar a la santificación por propios esfuerzos. Es así como pierden su paz. No ven que obtenemos la santificación precisamente de la misma manera que obtenemos la

justicia, puesto que Cristo “nos ha sido hecho” tanto lo uno como lo otro.

¿Acaso obtenemos a Cristo por nuestros esfuerzos? No, sino por la fe. “Al que no obra”, dice la Escritura (Romanos 4:5). Esto se aplica a todo lo que obtenemos en Cristo. No estamos autorizados por ningún concepto a distinguir de 1.^a Corintios 1:30 “la santificación”, para ponerla sobre otra base totalmente diferente de todas las otras bendiciones que despliega este pasaje. No tenemos ni sabiduría, ni justicia, ni santificación, ni redención en nosotros mismos; ni podríamos procurarlas por mucho que podamos hacer; pero Dios ha hecho que Cristo sea todo esto para nosotros. Al darnos a Cristo, nos ha dado todo lo que está en Cristo. La plenitud de Cristo es para nosotros, y Cristo es la plenitud de Dios.

Además, en Hechos 26:18 se habla de los gentiles convertidos “para que reciban remisión remisión de pecados, y herencia entre los que son santificados mediante la fe” (V.M.). Aquí, la fe es el instrumento por el cual se dice que somos santificados, porque ella nos pone en relación con Cristo. Tan pronto como el pecador cree en el Señor Jesús, queda ligado a Él. Es hecho uno con Cristo, completo en Él y acepto en Él. Ésta es la verdadera santificación y la verdadera justificación. No es un proceso; no es una obra gradual ni progresiva. La Palabra es muy explícita. Ella dice: “Los que son santificados mediante la fe en mí.” No dice “los que serán santificados”

ni “los que están siendo santificados”. Si tal fuese la doctrina, la Palabra lo expresaría de esa forma.

Sin duda, el creyente crece en el conocimiento de esta santificación, en la conciencia de su poder y de su valor, de su influencia y de sus resultados prácticos; y la experimenta y la goza cada vez más. A medida que “la verdad” esparce su divina luz en su alma, entra más profundamente en la inteligencia de estas palabras: “ser santificado”, es decir, “ser puesto aparte” para Cristo, en medio de este mundo malo. Todo esto es verdadero, hermosamente verdadero; pero cuanto más vemos la verdad, más claramente comprendemos que la santificación no es propiamente una obra progresiva, cumplida en nosotros por el Espíritu Santo; sino que es el resultado de nuestra unión con Cristo por la fe; unión en virtud de la cual venimos a ser participantes de todo lo que Él es. Es una obra inmediata, completa y eterna. “Yo sé que cuanto hace Dios es lo que para siempre será; nada se le puede añadir, ni nada se le puede quitar” (Eclesiastés 3:14; V.M.). Ya sea que justifique o que santifique, “para siempre será”. Un sello de eternidad es puesto a cada una de las obras de Sus manos. “Nada se le puede añadir”, y, bendito sea su Nombre, “nada se le puede quitar”.

Hay pasajes que presentan el tema bajo otro aspecto, y que requiere también ser considerado con más detalle. Me refiero al resultado práctico en el creyente de su santificación en Cristo. En 1.^a Tesalonicenses 5:23, el

apóstol ora así por los santos a quienes se dirige: “Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo.” Aquí la palabra se aplica a una santificación que admite grados. Los tesalonicenses, al igual que todos los creyentes, tenían una perfecta santificación en Cristo; mas en cuanto a su gozo y a su manifestación práctica, ella no estaba cumplida sino en parte, y el apóstol ora para que ellos sean santificados por completo.

En este pasaje, es digno de notar que no se dice nada de “la carne”. Nuestra naturaleza caída y corrupta es siempre tratada como una cosa arruinada para siempre. Ella ha sido pesada en la balanza y hallada ligera. Ha sido medida por la regla divina y no ha alcanzado la medida. Se le aplicó una plomada perfecta, y fue hallada torcida. Dios la hizo a un lado. Su fin “ha llegado delante de Él” (Génesis 6:3; V.M.). La condenó y le dio muerte (Romanos 8:3). Nuestro viejo hombre ha sido crucificado, muerto y sepultado (Romanos 6:8). Presentar las pruebas llevaría un volumen. ¿Irámos a imaginar, pues, un instante que Dios el Espíritu Santo haya descendido del cielo con el objeto de exhumar una naturaleza condenada, crucificada y sepultada, a fin de santificarla? Basta mencionar tal idea para que sea abandonada para siempre por todo hombre que se someta a la autoridad de la Escritura. Cuanto más atentamente estudiemos la Ley, los Profetas, los Salmos y el Nuevo Testamento, tanto más claramente veremos que

la carne es enteramente incorregible. Ella es absolutamente inservible. El Espíritu Santo no la santifica, sino que da al creyente el poder para mortificarla. Se nos habla de “despojar el viejo hombre” (Colosenses 3:9). Este precepto jamás nos habría sido dado, si el Espíritu Santo hubiese tenido por objeto santificar este “viejo hombre”.

Esperamos que nadie nos imputará el menor deseo de rebajar el nivel de la santidad personal, ni de debilitar las santas aspiraciones del alma al progreso en esa pureza que todo cristiano debiera desear ardientemente. ¡Que Dios no lo permita! Si hay algo que tenemos sobre todo en el corazón, es el deseo de promover, tanto en nosotros como en nuestros hermanos, esa plena pureza personal, ese tono elevado de santidad práctica, esa entera separación de corazón respecto de todo mal moral bajo toda forma posible. Por eso suspiramos, por eso oramos y en eso deseamos crecer día a día.

Pero, al mismo tiempo, estamos plenamente convencidos de que una verdadera santidad práctica, jamás puede estar fundada sobre una base legal, y de ahí que insistamos en llamar la atención de nuestros lectores respecto de 1.^a Corintios 1:30. Es de temer que muchos que, en alguna medida, han abandonado el terreno legal en lo que concierne a “la justicia”, se queden atrás todavía en lo que concierne a “la santificación”. Creemos que ésta es la trampa y el error de miles de cristianos, y es nuestro ardiente deseo verlo corregido. El pasaje que tenemos

ante nosotros, si sólo fuese recibido en el corazón por la fe, corregiría totalmente este grave engaño.

Todos los cristianos inteligentes están de acuerdo en cuanto a la verdad fundamental de “la justicia sin las obras”. Todos admiten plena y perfectamente que no podemos, mediante ningún esfuerzo, lograr una justicia propia delante de Dios; pero no todos ven tan claramente que, en la Palabra, la justificación y la santificación se hallan precisamente sobre el mismo fundamento. No podemos operar más nuestra santificación de lo que podemos operar nuestra justificación. Sí podemos intentar hacerlo, pero veremos tarde o temprano que nuestros esfuerzos son completamente vanos. Podemos hacer votos, tomar resoluciones, trabajar y combatir; podemos acariciar la esperanza de que mañana seremos mejor que hoy; pero, al fin de cuentas, seremos constreñidos a ver, a sentir y a reconocer que, en el asunto de la santificación, somos tan completamente “débiles” (Romanos 5:6) como lo demostramos ser en el asunto de la justificación.

¡Oh, qué precioso alivio para el alma sufriente que, tras buscar la satisfacción o el reposo a lo largo del camino de la santidad personal, descubre, tras años de luchas inútiles, que eso mismo tras lo cual suspira, se halla guardado y a su disposición en Cristo, a saber, una santificación completa que ha de gozarse por la fe! Tal cristiano puede haber luchado con sus hábitos, con sus

malos deseos, con su carácter, con sus pasiones; puede haber estado haciendo los más laboriosos esfuerzos por para subyugar la carne y para crecer en santidad interior, pero, ¡ay, ha fracasado![1] Él descubre, con profundo dolor, que no es santo, y sin embargo lee que “sin santidad nadie verá al Señor” (Hebreos 12). No, obsérvese bien, sin una cierta medida, o cierto grado alcanzado de santidad, sino sin la santidad misma, la que todo cristiano posee desde el momento que cree, ya sea que lo sepa o no. En la palabra “salvación” está tan bien comprendida la perfecta santificación, como “la sabiduría, la justicia y la redención”. Él no ha obtenido a Cristo por sus esfuerzos, sino por la fe; y cuando echó mano de Cristo, recibió todo lo que está en Cristo.

Así pues, mirando a Cristo, permaneciendo en Él, por la fe, él encuentra el poder para obtener la victoria sobre sus concupiscencias, sus pasiones, su carácter, sus hábitos, sus circunstancias y las influencias que le rodean. Es menester que mire a Jesús para todo. Él no es más capaz de someter una sola concupiscencia, que de borrar todo el catálogo de sus pecados o de producir una perfecta justicia o de resucitar un muerto. “Cristo es todo y en todos.” La salvación es una cadena de oro que se extiende de eternidad a eternidad, y cada eslabón de esta cadena, es Cristo. Es Cristo desde el comienzo hasta el fin.

Todo esto es simple para la fe. La posición del creyente está en Cristo, y si él está en Cristo para una cosa, lo está

para todas. Yo no estoy en Cristo para la justicia, y fuera de Cristo para la santificación. Si soy deudor a Cristo para la justicia, lo soy igualmente para la santificación. No soy deudor al legalismo, ni para lo uno ni para lo otro. Tengo lo uno y lo otro por gracia, por medio de la fe, y todo eso en Cristo. Sí, todo —absolutamente todo— en Cristo. Desde el momento que el pecador viene a Cristo, y cree en Él, es sacado completamente del viejo terreno de la naturaleza; pierde su vieja posición legal con todas sus pertenencias, y es considerado como en Cristo. Ya no está más “en la carne”, sino “en el Espíritu” (Romanos 8:9). Dios no le ve más que en Cristo y como a Cristo. Viene a ser uno con Cristo para siempre. “Como él es, así somos nosotros en este mundo” (1.^a Juan 4). He aquí la posición absoluta, asegurada y eterna del más débil niño en la familia de Dios. No hay sino una sola y misma posición para todo hijo de Dios, para todo miembro de Cristo. Su conocimiento, su experiencia, su fuerza, sus dones, su inteligencia pueden variar, pero su posición es una. Todo lo que poseen de justicia o de santificación, ellos lo deben a lo que son en Cristo; por consiguiente, si no tienen una santificación perfecta, tampoco tienen una justicia perfecta. Pero 1.^a Corintios 1:30 nos enseña positivamente que Cristo “ha sido hecho” lo uno y lo otro a todos los creyentes. No dice que tenemos la justicia y «una medida de santificación». Tendríamos, en tal caso, tanta autoridad bíblica para poner la palabra «medida» delante de justicia como delante de santificación. El Espíritu de Dios no la ha puesto delante de una ni de otra.

Ambas son perfectas, y son nuestras en Cristo. Dios jamás hace algo a medias. No hay tal cosa como una «semijustificación»; no, no existe nada parecido; tampoco hay nada semejante a una «semisantificación». La idea de un miembro de la familia de Dios, o del Cuerpo de Cristo, que fuese completamente justificado, pero solo santificado a medias, es a la vez contraria a la Escritura, y extremadamente ofensiva a todos los sentimientos de la naturaleza divina.

Es bastante probable que los conceptos erróneos que generalmente se tienen acerca de la santificación, se deban, en gran parte, al hábito de confundir dos cosas que son esencialmente diferentes, a saber: la posición y la marcha del creyente o, como a veces se dice, posición y condición. La posición del creyente es perfecta, eterna, inmutable, divina, por cuanto es el don de Dios en Cristo. Su andar es imperfecto, vacilante y caracterizado por la debilidad personal. Su posición es absoluta e inalterable. Su condición práctica puede presentar diversas imperfecciones, entretanto está en su cuerpo, y rodeado de diversas influencias contrarias que afectan diariamente su condición moral. Si, pues, su posición es medida por su marcha, su posición por su condición, lo que es a los ojos de Dios por lo que es a los ojos de los hombres, el resultado será necesariamente falso. Si yo razono según lo que soy en mí mismo, en lugar de razonar según lo que soy en Cristo, deberé necesariamente llegar a una falsa conclusión.

Deberíamos prestar mucha atención a esto. Somos muy propensos a razonar partiendo de nosotros mismos hacia Dios, cuando debería ser al revés: tomando a Dios como punto de partida para recibir de Él nuestros argumentos. Deberíamos recordar estas palabras del Señor: “Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos” (Isaías 55:9).

Dios no puede pensar en su pueblo, hablar de su pueblo ni actuar hacia los suyos sino sólo según lo que ellos son en Cristo. Él les ha dado esta posición. Ha hecho de ellos lo que son. Hechura suya somos. Por eso, hablar de los suyos como justificados a medias, sería arrojar deshonra sobre Dios; y hablar de los suyos como santificados a medias, sería exactamente lo mismo.

Este curso de pensamientos nos conduce a otra importantísima prueba derivada de las autoritativas y concluyentes páginas de la inspiración: se trata de 1.^a Corintios 6:11. En los versículos precedentes, el apóstol pintó un horroroso cuadro de la humanidad caída, y les dijo abiertamente a los santos de Corinto que ellos habían sido parecidos a este retrato. “Y esto erais algunos.” He ahí un trato franco. No había palabras lisonjeras; ello no era recubrir la pared con lodo suelto; no se ve ningún intento por ocultar una parte de la verdad en cuanto a la entera e irreparable ruina de la naturaleza humana. “Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis

sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios.”

¡Qué notable contraste entre los dos lados del “mas” del apóstol! Por un lado, todos tenemos la degradación del estado moral del hombre, y, por el otro, la perfección absoluta de la posición del creyente delante de Dios. En verdad se trata de un maravilloso contraste; y recuérdese que el alma pasa en un santiamén de un lado de este “mas” al otro. “Y esto erais algunos; mas ya habéis sido” ahora una cosa totalmente diferente. Tan pronto como ellos recibieron el evangelio de Pablo, fueron “lavados, santificados y justificados”. Fueron hechos aptos para el cielo, y si no lo hubiesen sido, ello habría sido una tacha sobre la obra divina.

*“Está todo limpio”, dijiste tú Señor;
¿Alguna sospecha abrigará el corazón?
“Palabra fiel” la tuya, de seguro es,
Y una obra cumplida, no menos también.*

Esto es divinamente cierto. El creyente menos experimentado “está todo limpio”, no como una cosa que ha logrado, sino como un resultado necesario de estar en Cristo. “Estamos en el verdadero” (1.^a Juan 5). ¿Alguno podría estar en Cristo, y al mismo tiempo no estar sino santificado a medias? Seguramente que no. El cristiano fiel crecerá, sin duda, en el conocimiento y la experiencia de lo que es realmente la santificación. Conocerá siempre

mejor su poder práctico, el efecto moral sobre sus hábitos, sus pensamientos, sus sentimientos, sus afectos y sus asociaciones; en una palabra, comprenderá y desplegará la poderosa influencia de la santificación divina sobre toda su marcha, su conducta y su carácter. Pero, junto con esto, él fue tan plenamente santificado a los ojos de Dios desde el momento que quedó unido a Cristo por la fe, como lo será cuando haya de exponerse a los rayos de la presencia divina, y reflejar esta gloria que emana del trono de Dios y del Cordero. Él está en Cristo ahora, y estará en Cristo después. Su esfera y sus circunstancias serán diferentes. Sus pies se posarán sobre las calles de oro puro del santuario celestial, en lugar de estar sobre las áridas arenas del desierto. Estará en un cuerpo de gloria en vez de estar en un cuerpo de humillación; pero en cuanto a su posición, a su aceptación, a su plenitud en Cristo, a su justificación y a su santificación, todo ha sido perfectamente cumplido y determinado desde el momento que creyó en el Nombre del unigénito Hijo de Dios; tan firmemente determinado como siempre, por cuanto es Dios quien lo hizo, y como Dios podía hacerlo. Todo esto es lo que parece desprenderse de forma incontestable y necesaria de 1.^a Corintios 6:11.

Es de suprema importancia comprender claramente la diferencia que existe entre una verdad y su aplicación práctica o su resultado. Esta distinción es continuamente mantenida en la Palabra de Dios. “Ya habéis sido santificados”. He aquí la verdad absoluta, en cuanto al

creyente, considerado en Cristo; mientras que la aplicación práctica de esta verdad en el creyente, y sus resultados en el creyente, la encontramos en pasajes tales como éstos: “Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra” (Efesios 5:25-26). “Y el mismo Dios de paz os santifique por completo” (1.^a Tesalonicenses 5:23).

2. Cómo se efectúa la santificación

Pero ¿cómo tiene lugar esta aplicación, y cómo se obtiene este resultado? Por el Espíritu Santo, por medio de la Palabra escrita. Por eso se dice: “Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad” (Juan 17:17). Y también: “Dios os ha escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad” (2.^a Tesalonicenses 2:13). Asimismo en Pedro: “Elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu” (1.^a Pedro 1:2). El Espíritu Santo lleva a cabo la santificación práctica del creyente sobre la base de la obra cumplida de Cristo, y el modo en que lo hace es aplicando al corazón y a la conciencia la verdad tal como es en Jesús. Él desarrolla la verdad en cuanto a nuestra posición perfecta delante de Dios en Cristo; y, dando energía al nuevo hombre en nosotros, nos hace capaces de rechazar todo lo que sería incompatible con esta posición perfecta. Un hombre que “ha sido lavado, santificado y justificado”, no debería entregarse

más a nada que sea contrario a la santidad, ni debería dar más rienda suelta a su temperamento, a sus pasiones y a sus concupiscencias. Él es separado para Dios, y debería limpiarse “de toda contaminación de carne y de espíritu” (2.^a Corintios 7:1). Posee el santo y feliz privilegio de aspirar a la santidad personal más elevada. Su corazón y sus hábitos debieran ser traídos y mantenidos bajo el poder de esta gran verdad, a saber: que él “ya ha sido lavado, santificado y justificado”.

Ésta es la verdadera santificación práctica. No es una tentativa de mejorar nuestra vieja naturaleza. No es un vano esfuerzo por reconstruir una ruina irreparable. No; es simplemente el Espíritu Santo que, mediante la poderosa aplicación de “la verdad”, hace al nuevo hombre capaz de vivir, de moverse y de tener su existencia en esa esfera a la cual pertenece. Aquí, indudablemente, habrá progreso. Tendrá lugar un crecimiento en el poder moral de esta preciosa verdad, un crecimiento en capacidad espiritual para someter y tener en sujeción todo lo atinente a la naturaleza, un creciente poder de separación del mal que nos rodea, una creciente aptitud para ese cielo al cual pertenecemos, y hacia el cual marchamos, una creciente capacidad de gozarnos en sus santos ejercicios. Todo esto tendrá lugar mediante el misericordioso ministerio del Espíritu Santo, quien se sirve de la Palabra de Dios para desplegar ante nuestras almas la verdad, en cuanto a nuestra posición en Cristo, y a la marcha que condice con esa posición. Pero

compréndase bien que la obra del Espíritu Santo en la santificación práctica, día a día, reposa sobre el hecho de que los creyentes “son santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre” (Hebreos 10:10). El Espíritu Santo tiene por objeto conducirnos al conocimiento, la experiencia y la manifestación práctica de lo que era verdad de nosotros en Cristo desde el mismo momento que creímos. En esta obra hay progreso; pero en cuanto a nuestra posición en Cristo, ella es eternamente cumplida.

“Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad” (Juan 17:17). Y también: “Y el mismo Dios de paz os santifique por completo” (1.^a Tesalonicenses 5:23). En estos pasajes, tenemos el gran lado práctico de la cuestión. Aquí vemos presentada la santificación, no meramente como algo que es absoluta y eternamente verdadero de nosotros en Cristo, sino también como algo que se cumple en nosotros, día a día, hora tras hora, por el Espíritu Santo, mediante la Palabra. Considerado desde este punto de vista, la santificación es, obviamente, algo progresivo. Yo debería estar más avanzado en santidad personal el próximo año que el presente. Debería, por la gracia, progresar cada día en santidad práctica. Pero — permítidme preguntaros— ¿qué es esto? ¿Qué es esto sino el cumplimiento, en mí, de lo que fue verdadero de mí, en Cristo, desde el momento que creí? La base sobre la cual el Espíritu Santo cumplió la obra subjetiva en el creyente,

es la verdad objetiva de la perfección eterna de éste en Cristo.

Asimismo leemos: “Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor” (Hebreos 12:14). Aquí la santificación nos es presentada como algo que hay que “seguir”, algo que hay que alcanzar con activo empeño, algo que todo verdadero creyente suspirará por cultivar.

¡Que el Señor nos introduzca en el poder de estas verdades! ¡Quiera Él que no permanezcan alojadas en la región de nuestro intelecto como doctrinas y dogmas, sino que entren y permanezcan en el corazón, como realidades influyentes, poderosas y sagradas! ¡Dios quiera que conozcamos el poder santificante de la verdad (Juan 17:17); el poder santificante de la fe (Hechos 26:18); el poder santificante del Nombre de Jesús (1.^a Corintios 1:30; 6:11); el poder santificante del Espíritu Santo (1.^a Pedro 1:2); la gracia santificante del Padre (Judas 1)!

Y ahora, a Dios el Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, sean gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. ¡Amén!

4

LA SEPARACION RESPECTO DEL MUNDO

(Respuesta a una carta)

En cuanto a su tercera pregunta, sólo tenemos que decir que el Nuevo Testamento nos enseña, en varios lugares, que el cristiano está muerto al mundo; no meramente lo está a ciertas cosas inmorales del mundo —especialmente a las partes malas del mundo—, sino al mundo en todos sus aspectos. ¿Qué, pues, tiene que ver una persona muerta con la política del mundo? Como cristianos, somos enviados a este mundo, así como lo fue Jesús. ¿Qué tuvo él que ver con la política del mundo? Él pagó impuestos, y así lo debemos hacer nosotros. Obedeció a las autoridades, y nosotros debemos

hacer lo mismo. Padeció bajo los poderes de este mundo, y nosotros podemos ser llamados a lo mismo. Se nos instruye en cuanto a que debemos orar por las autoridades, y lo debemos hacer sin tener en cuenta en absoluto la naturaleza o el carácter del poder bajo el que nos toque vivir. De hecho, cuando el apóstol estableció este precepto (1.^a Timoteo 2), el cetro imperial estaba en manos de uno de los peores hombres que jamás pisaron la tierra[1]. Al cristiano se le enseña que debe sujetarse a las autoridades (Romanos 13); pero jamás se le enseña que deba ejercer ese poder, ni una sola vez, sino todo lo contrario: “Nuestra ciudadanía está en los cielos” (Filipenses 3:20). Sólo somos peregrinos y extranjeros en el mundo. La cruz de nuestro Señor ha cortado toda atadura entre nosotros y este mundo. La resurrección nos ha introducido en un mundo totalmente nuevo. En la muerte de Cristo zarpamos de las tierras del viejo mundo. En su resurrección, desembarcamos en la orilla del nuevo. “Habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios”. Por lo tanto, “poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra” (Colosenses 3:2-3). ¡Oh, qué gracia es conocer el poder formativo y santificante de esta preciosa línea de verdad!

Usted está completamente acertado en su juicio acerca de Génesis 9:6. Permanece irrevocable. La ley no lo alteró; tampoco lo hace el Evangelio. Permanece con toda su solemne fuerza como una ley del gobierno de Dios; y si nosotros intentáramos modificarlo de acuerdo con

nuestra propia sabiduría o benignidad, nos haríamos simplemente más sabios o benignos que Dios. No debemos confundir la gracia del Evangelio con el divino gobierno del mundo. El cristianismo no interfiere con las disposiciones de la divina providencia. Él nos enseña que debemos actuar con gracia hacia todos; pero aplicar los principios del Evangelio al gobierno de este mundo, haría que todo fuese confusión. Y, además, querido amigo, ¿qué tenemos que ver nosotros, como cristianos, con enviar demandas o protestas al Gobierno? ¡Nada en absoluto! Tenemos el deber de orar por el Gobierno y de obedecerlo; o debemos padecer en caso de que éste nos impusiera cosas que pretendieran hacernos desobedecer a Dios. Pero entrometernos en sus leyes es, en la práctica, negar nuestra ciudadanía celestial. Y, en el caso al que usted se refiere, intentar impedir el curso de la justicia, es ir contra el propio mandamiento directo de Dios: "El que derramare sangre de hombre, por el hombre su sangre será derramada". ¿En qué lugar fue abolido este mandamiento? En ninguno. Por ello los cristianos debemos tener cuidado de no meternos donde no debemos, ni intentar cambiar el curso de esa disposición bajo la influencia de nuestros sentimientos naturales o de sentimentalismos. No nos atrevemos a agregar principios cristianos por cuanto los verdaderos principios cristianos siempre nos conducirán a inclinarnos ante la autoridad de la Palabra de Dios, aun cuando no seamos capaces de comprenderla con exactitud o de conciliarla con nuestros propios sentimientos.

Consideramos que 2.^a Corintios 6:14-18 es una concluyente respuesta a su pregunta. Si esta porción de la Escritura no gobierna la conciencia de un hombre, el razonamiento es más que inútil.

“Nuestra ciudadanía está en los cielos”. “Habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios”. ¿Qué tiene que ver un hombre muerto con la política? El cristiano es alguien que ha muerto en Cristo —muerto al pecado, muerto a la ley y muerto al mundo—; y por ello él, como Dios lo ve, no tiene más que ver con estas cosas que lo que tendría que ver un hombre muerto que yace sepultado bajo el suelo. Él está vivo en Cristo, vivo para Dios, vivo para todo aquello que es espiritual, celestial y divino. Él está en la nueva creación. Su moral, sus costumbres, su religión y su política son todas de la nueva creación, son todas celestiales y divinas. Él ha roto con el mundo, tanto con el espíritu del mundo como con sus principios. Está en este mundo para andar como extranjero y peregrino; para vivir como cristiano, como un hombre espiritual y celestial; pero no es del mundo para andar como un hombre mundano, carnal y natural. “Si alguno está en Cristo, nueva criatura es” (1.^a Corintios 5:17). ¡Ojalá que vivamos según el poder de estas cosas!

5

LAS OBRAS: FRUTOS DE LA VIDA DIVINA

“Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe” (Gálatas 6:10).

Si algo pudiese aumentar el valor de esta amorosa exhortación, sería el hecho de que la hallamos al final de la Epístola a los Gálatas. A lo largo de esta notable Epístola, el inspirado apóstol corta de raíz todo el sistema de justicia legal. Demuestra, de manera irrefutable, que ningún hombre puede ser justificado a los ojos de Dios por las obras de la ley, cualquiera sea su naturaleza, ya morales, ya ceremoniales.

El apóstol declara que los creyentes no están en ninguna forma bajo la ley, ni para tener la vida, ni para ser justificados, ni para su andar práctico. Si nos colocamos bajo la ley, la consecuencia de ello es que debemos renunciar a Cristo, al Espíritu Santo, a la fe, a las promesas. En resumidas cuentas, si, de la forma que fuere, nos emplazamos sobre un terreno legal, debemos abandonar el cristianismo, y nos hallamos todavía bajo la maldición de la ley.

Ahora bien, no vamos a citar los pasajes ni a tocar este lado del tema en esta ocasión. Simplemente llamamos la seria atención del lector cristiano respecto de las palabras de oro del versículo que hemos citado al comienzo de este escrito, las cuales sentimos que resaltan con incomparable belleza y con un poder moral particular al final de esta epístola a los Gálatas, en la cual toda la justicia humana es enteramente hecha trizas y arrojada por la borda.

Es siempre necesario considerar los dos lados de un tema. Todos nosotros somos tan terriblemente propensos a no ver sino un solo lado de las cosas, que nos resulta moralmente saludable que nuestros corazones sean puestos bajo la plena acción de toda la verdad. ¡Ay, es posible abusar de la gracia!, y a veces podemos olvidar que, si bien delante de Dios somos justificados por la fe sola, una fe real debe manifestarse por las obras.

Tengamos en cuenta que si bien la Escritura denuncia las obras de la ley y las reduce a añicos de la manera más absoluta, ella, en cambio, insiste de manera cuidadosa y diligente, en numerosos pasajes, en las obras de la fe, fruto de la vida divina.

Sí, querido lector, debemos dirigir seriamente nuestra atención a esto. Si profesamos poseer la vida divina, esta vida debe manifestarse de una manera más tangible y eficaz que las meras palabras o que una mera profesión de labios hueca. Es perfectamente cierto que la ley no puede dar la vida y que, por consecuencia, es aún más incapaz de producir obras de vida. Ni un solo fruto de vida fue, ni será, jamás recogido del árbol del legalismo. La ley sólo puede producir obras muertas, respecto de las cuales debemos tener la conciencia purificada, al igual que de las malas obras.

Todo esto es muy cierto. Las santas Escrituras lo demuestran a lo largo de sus inspiradas páginas, y no nos dejan ninguna duda respecto de este tema. Pero lo que ellas demandan es que haya obras de vida, obras de fe, en cuyo defecto es menester concluir que la vida está ausente. ¿Qué valor tiene el hecho de profesar que se tiene vida eterna, de hablar bellamente acerca de la fe, de defender las doctrinas de la gracia, si al mismo tiempo toda la vida práctica se encuentra caracterizada por el egoísmo bajo todas sus formas?

El apóstol Juan dice: “El que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él?” (1.^a Juan 3:17). El apóstol Santiago dirige también a nuestros corazones una muy seria y saludable cuestión: “Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle? Y si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha? Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma” (Santiago 2:14-17).

El autor de la epístola insiste en ella sobre las obras de vida, frutos de la fe, de una manera tal que debería hablar de la forma más solemne y eficaz a nuestros corazones. Es espantoso ver entre nosotros tanta profesión hueca, tantas palabras superfluas, sin poder y sin valor.

El Evangelio que poseemos —¡a Dios gracias!— es maravillosamente claro. Comprendemos claramente que la salvación es por gracia, por medio de la fe, y no por obras de justicia o de la ley. ¡Oh, qué bendita verdad, y nuestros corazones alaban a Dios por ello! Pero una vez que somos salvos, ¿no deberíamos vivir como tales? La vida nueva, ¿no debería manifestarse por los frutos? Si ella está allí, la vida debe manifestarse; y si ella no se manifiesta, ¿podríamos decir que está allí?

Observemos lo que dice el apóstol Pablo: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe” (Efesios 2:8-9). Aquí tenemos, por así decirlo, lo que podemos llamar el lado superior de esta gran cuestión práctica. Luego, en el versículo siguiente, viene el otro lado, el que todo cristiano serio y sincero será dichoso de considerar: “Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas” (v. 10).

Tenemos aquí plena y claramente ante nosotros el tema entero. Dios nos ha creado para andar en un camino de buenas obras, y ese camino de buenas obras ha sido preparado por Él para que nosotros andemos en ellas. Todo es de Dios, desde el comienzo hasta el fin; todo es por gracia y todo es por fe. ¡Lado sea Dios porque que ello sea así! Pero recordemos que es absolutamente vano disertar acerca de la gracia, de la fe y de la vida eterna, si las «buenas obras» no se manifiestan. De nada aprovecha que nos jactemos de grandes verdades, de nuestro profundo, variado y extenso conocimiento de las Escrituras, de nuestra correcta posición, de habernos separado de esto y de aquello, si nuestros pies no marchan en el sendero de las “buenas obras que Dios preparó de antemano” para nosotros.

Dios reclama la realidad. No se contenta con bellas palabras que hablan de una elevada profesión. Nos dice: “Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad” (1.^a Juan 3:18). Él —¡bendito sea su Nombre!—, no nos amó “de palabra ni de lengua”, sino “de hecho y en verdad”; y espera de nosotros una respuesta clara, plena y precisa; una respuesta manifestada en una vida de buenas obras, que produce dulces frutos, según lo que está escrito: “llenos de frutos de justicia que son por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios” (Filipenses 1:11).

Amados, ¿no creéis que nuestro supremo deber sea aplicar nuestro corazón a este importante tema? ¿No debiéramos aplicarnos diligentemente a estimularnos al amor y a las buenas obras? Y ¿cómo puede ser esto más efectivamente llevado a cabo? ¿Acaso no es andando nosotros mismos en amor, transitando fielmente el sendero de las buenas obras en nuestra vida personal? En lo que respecta a nosotros, estamos hartos de discursos huecos, de una profesión sin obras. Tener elevadas verdades en los labios y una vida cotidiana de una baja condición práctica, constituye uno de los más alarmantes y escandalosos males de nuestro tiempo presente. Hablamos de la gracia, pero faltamos en la justicia práctica; faltamos en los más simples deberes morales de nuestra vida privada de cada día. Nos jactamos de nuestra posición privilegiada, mientras que somos

deplorablemente relajados y flojos con nuestra condición y con nuestro estado.

¡Quiera el Señor, en su infinita bondad, avivar el fuego de nuestros corazones para procurar buenas obras con un celo más profundo, de modo que adornemos más y mejor la doctrina de Dios nuestro Salvador en todas las cosas (Tito 2:10)!

6

LAS UVAS DE ESCOL

(Léase Números 13)

El gran principio de la vida divina es la fe —una fe sencilla, enérgica y sincera—, una fe que simplemente se apropia y goza de todo lo que Dios ha dado; una fe que pone al alma en posesión de las realidades eternas y la mantiene allí de una manera habitual. Esto es cierto en cuanto al pueblo de Dios en todas las épocas; la divisa divina es siempre: “Conforme a vuestra fe os sea hecho” (Mateo 9:29). No hay ningún límite. La fe se puede apoderar de todo lo que Dios revela; y todo lo que la fe puede asir, el alma lo puede disfrutar de forma permanente.

Bueno es tener esto presente. Todos nosotros vivimos muy pero muy por debajo del nivel de nuestros privilegios. Muchos de nosotros estamos satisfechos con movernos a gran distancia del bendito Centro de todos nuestros gozos. Estamos simplemente contentos con conocer la salvación, cuando no gustamos sino poco de la santa comunión con la persona del Salvador. Meramente nos conformamos con saber que existe una relación, sin cultivar, con ahínco y celo, los afectos que pertenecen a la misma. Ésta es la causa de gran parte de nuestra frialdad y esterilidad. Así como en el sistema solar cuanto más lejos del sol se halla un planeta, más frío es su clima y más lento su movimiento, así también, en el «sistema espiritual», cuanto más uno se aleje de Cristo más frío será el estado de su corazón respecto a Él y más lento su movimiento en torno a Él. En cambio, el fervor y la presteza serán siempre el resultado de una sentida cercanía a ese Sol central, a esa gran Fuente de calor y luz.

Cuanto más penetremos en el poder del amor de Cristo y más realicemos su permanente presencia con nosotros, más intolerable sentiremos que es estar un minuto lejos de él. Todo aquello que tienda a alejar nuestros corazones de él o que se interponga entre él y nuestra alma, ocultando la luz de su bendita faz, será temido y evitado. El corazón que haya aprendido de veras algo del amor de Cristo, no puede vivir sin Él; es más, puede desprenderse de todo por este amor. Cuando está lejos de él, nada siente excepto la tenebrosidad de la

medianoche y la helada brisa del invierno. Pero, en su presencia, el alma puede remontarse hacia arriba como la alondra que se eleva por el azul y brillante cielo para saludar, con su alegre canto, a los rayos del sol que asoman por la mañana.

No hay nada que ponga más de manifiesto la tan profundamente arraigada incredulidad de nuestro corazones que el hecho de que seamos tan pocos los que pensamos alguna vez en aspirar a ir más allá del simple alfabeto, cuando nuestro Dios querría tenernos gozando la comunión con las más elevadas verdades. Nuestros corazones no suspiran —como deberían— por los más altos senderos de la erudición espiritual. Nos conformamos con tener asentados los cimientos, y no nos preocupamos —como deberíamos— por añadir todo lo atinente al edificio espiritual. Claro está que no podemos prescindir del alfabeto o fundamento; ello sería, evidentemente, imposible. El erudito más avanzado tiene que llevar consigo el alfabeto, y cuanto más alto se construya el edificio, más se hará sentir la necesidad de un fundamento sólido.

Pero consideremos al pueblo de Israel. Su historia está llena de ricas instrucciones para nosotros. “Están escritas para amonestarnos a nosotros” (1.^a Corintios 10:11). Debemos contemplar a los israelitas en tres posiciones diferentes, a saber:

- resguardados por la sangre,
- triunfantes sobre Amalec, e
- introducidos en la tierra de Canaán.

Ahora bien; está claro que un israelita en la tierra de Canaán no había perdido en absoluto el valor de los dos primeros puntos. No se hallaba menos eximido de juicio ni menos liberado de la espada de Amalec porque estuviera en la tierra de Canaán. De ninguna manera; la leche y la miel, las uvas y las granadas de esa hermosa tierra no podrían hacer otra cosa que acrecentar el valor de esa preciosa sangre que los había preservado de la espada del heridor, y aportar la prueba más indubitable de haber escapado de las crueles garras de Amalec.

Sin embargo, nadie se atrevería a decir que un israelita no debía haber buscado nada más allá de la sangre rociada en el dintel. Claro está que él debía haber fijado su mirada en las colinas cubiertas de viñas de la tierra prometida, y haber dicho: «Ahí yace la heredad que me ha sido destinada y, por la gracia del Dios de Abraham, no estaré satisfecho ni tranquilo hasta que plante triunfalmente mi pie sobre ella». El dintel ensangrentado era el punto de partida; la tierra prometida, la meta. Era el alto privilegio de Israel no sólo tener la seguridad de la plena liberación de la mano de Faraón y de la espada de Amalec, sino también cruzar el Jordán y arrancar las dulcísimas uvas de Escol. Era un pecado y una vergüenza que, teniendo ante sí los frondosos racimos de Escol, ellos

podrían alguna vez desear “los puerros, las cebollas y los ajos” de Egipto.

Pero ¿a qué se debió esto? ¿Qué fue lo que los detuvo? Precisamente aquello tan aborrecible que día a día y momento a momento nos priva del precioso privilegio de subir los más altos escalones de la vida divina. Y ¿de qué se trata? ¡De la INCREULIDAD! “Y vemos que no pudieron entrar a causa de incredulidad” (Hebreos 3:19). Esto fue lo que hizo que Israel anduviera errante por el desierto durante cuarenta tediosos años. En lugar de mirar el poder de Jehová para hacerlos entrar en la tierra, miraron el poder del enemigo para impedir que entraran en ella. Así fue cómo fracasaron. En vano los espías —a quienes ellos mismos propusieron que fueran enviados (Deuteronomio 1:22)(*)— dieron un muy atractivo informe del carácter de la tierra. En vano pusieron ante los ojos de la congregación un racimo de las uvas de Escol, tan voluminoso que tuvo que ser traído por dos hombres en un palo. Todo fue inútil. El espíritu de incredulidad se había apoderado de sus corazones. Una cosa era admirar las uvas de Escol cuando fueron traídas hasta la entrada de sus tiendas por la energía de otros, y otra muy distinta era ir uno mismo, con la energía de la fe personal, a arrancar esas uvas.

Y, si doce hombres pudieron llegar hasta Escol, ¿por qué no seiscientos mil? ¿Acaso la misma mano que protegió a los primeros no podía proteger del mismo

modo a los últimos? La fe dice: «Sí», pero la incredulidad evade la responsabilidad y se acobarda ante las dificultades. El pueblo no estaba más deseoso por seguir avanzando después del retorno de los espías que antes de que ellos fuesen enviados. Se hallaba en un estado de incredulidad, tanto al principio como al final. Y ¿cuál fue el resultado de ello? ¿Por qué de seiscientos mil hombres que salieron de Egipto sólo dos tuvieron la energía suficiente para plantar sus pies en la tierra de Canaán? Esto nos relata algo; profiere una voz que resuena con fuerza; nos enseña una lección. ¡Ojalá que tengamos oídos para oír y corazones para entender!

Algunos tal vez puedan argüir que todavía no había llegado el tiempo para que Israel entrara en la tierra de Canaán, porque “aún no había llegado a su colmo la maldad del Amorreo” (Génesis 15:16). Esto se trata sólo de un lado del asunto, cuando debemos considerar los dos lados. El apóstol declara expresamente que Israel no pudo “entrar a causa de incredulidad” (Hebreos 3:19). No aduce como razón “la maldad del Amorreo” ni ningún secreto consejo de Dios respecto a él. Simplemente da como razón la incredulidad del pueblo. Los israelitas, de haberlo querido, podrían haber entrado en la tierra. Nada puede ser más injustificado que hacer uso de los inescrutables consejos y decretos de Dios con el objeto de arrojar por la borda la solemne responsabilidad del hombre. ¿Debemos resignarnos a abandonar la culpable desidia de la incredulidad como causa del fracaso del pueblo debido a

eternos decretos de Dios acerca de los cuales no sabemos nada? Afirmar tal cosa sólo puede ser tildado de «extravagancia monstruosa»; es el indefectible resultado de forzar una verdad hasta el punto de interferir el espectro de acción de otra verdad igualmente importante. Debemos dar a cada verdad el lugar que le corresponde. Somos muy propensos a irnos a los extremos, a desarrollar una verdad aislada sin dejar que otra, igualmente importante, siquiera eche raíces. Sabemos que, a menos que Dios bendiga la labor del labrador, no habrá cosecha en el tiempo de la siega. Ahora bien; ¿acaso esto exime el diligente uso del arado y de la trilla? Por cierto que no, pues el Dios que ha designado la cosecha como el fin, es el mismo que estableció la paciente labor como el medio.

Lo mismo sucede en el mundo espiritual. El fin establecido por Dios nunca debe separarse del medio designado por él. Si Israel hubiera confiado en Dios y hubiese subido a la tierra, la congregación entera se habría deleitado con los exuberantes racimos de Escol. Pero no lo hizo. Las uvas se veían, sin duda, deleitosas; esto era evidente para todos. Los espías se vieron constreñidos a admitir que la tierra fluía leche y miel. Sin embargo, no faltó un «pero». ¿Por qué? Porque no confiaban en Dios. Él ya había declarado a Moisés el carácter de la tierra, y su testimonio debió haber sido ampliamente suficiente. Había dicho, del modo más absoluto: “He descendido para librarlos de mano de los

egipcios, y sacarlos de aquella tierra a una tierra buena y ancha, a tierra que fluye leche y miel...” (Éxodo 3:8). ¿Esto no debió ser suficiente? ¿La descripción de Jehová no era mucho más confiable que la del hombre? Sí, para la fe, pero no para la incredulidad. Esta última nunca se siente satisfecha con el testimonio de Dios, sino que debe tener el testimonio de los sentidos naturales. Dios había dicho que era una tierra que “fluye leche y miel”. Los espías lo reconocieron. Pero luego prestaron oídos al «aditivo humano»: “Mas el pueblo que habita aquella tierra es fuerte, y las ciudades muy grandes y fortificadas; y también vimos allí a los hijos de Anac... También vimos allí gigantes, hijos de Anac, raza de los gigantes, y éramos nosotros, a nuestro parecer, como langostas; y así les parecíamos a ellos” (Números 13:28, 33).

Y así fue cómo obraron. Ellos “vieron” solamente las amenazadoras murallas y los gigantes altos como torres. No vieron a Jehová, porque miraron con los ojos de los sentidos y no con los ojos de la fe. Dios quedaba excluido. Él jamás es tenido en cuenta en los cálculos de la incredulidad. Ésta podrá ver murallas y gigantes, pero no puede ver a Dios. Es la fe solamente la que puede sostenerle a uno “como viendo al Invisible” (Hebreos 11:27). Los espías podían declarar lo que ellos eran según su propio parecer y el de los gigantes, pero no se dice una sola palabra acerca de lo que ellos eran según el parecer de Dios. Nunca pensaron en él. La tierra era todo lo que uno podía desear, pero las dificultades eran demasiado

grandes para ellos, y no tuvieron fe para confiar en Dios. La misión de los espías resultó fallida. Los israelitas “aborrecieron la tierra deseada” (Salmo 106:24), y “en sus corazones se volvieron a Egipto” (Hechos 7:39).

Esto lo resume todo. La incredulidad impidió que Israel arrancara las uvas de Escol, y lo envió de vuelta a errar por el desierto durante cuarenta años; y estas cosas “están escritas para amonestarnos a nosotros”. ¡Ojalá que podamos sopesar la lección con solemnidad y oración! De seiscientos mil hombres que salieron de Egipto ¡solamente dos plantaron sus pies en los fértiles collados de Palestina! Aquéllos cruzaron el mar Rojo, triunfaron sobre Amalec, pero se acorbardaron y retrocedieron ante “los hijos de Anac”, por más que para Jehová estos últimos no fueran superiores a los primeros.

Ahora bien; que el lector cristiano pondere todo esto. El principal objetivo de este artículo es animarle a que suba a los más altos escalones de la vida de fe, y ande por ellos con la energía de una absoluta e inquebrantable confianza en Cristo. Una vez que tenemos puesto nuestro sólido fundamento en la sangre de la cruz, nuestro privilegio no es únicamente el de obtener la victoria sobre Amalec (o sobre el pecado que mora en nosotros), sino también el de saborear el grano de la tierra de Canaán, el de arrancar las uvas de Escol y el de deleitarnos con las fuentes que destilan leche y miel. En otras palabras, entrar en las vivas y elevadas experiencias que fluyen de

la habitual comunión con un Cristo resucitado, con quien estamos unidos por el poder de una vida imperecedera. Una cosa es saber que nuestros pecados fueron borrados por la sangre de Cristo, y otra es saber que Cristo ha destruido el poder del pecado que habita en nosotros. Y otra cosa aun más elevada es vivir en una inquebrantable comunión con él. No es que perdamos el sentido de las dos primeras cosas cuando vivimos por el poder de la última. Todo lo contrario. Cuanto más cerca de Cristo camine yo, más le tendré habitando por la fe en mi corazón; más valoraré todo lo que ha hecho por mí, tanto al quitar mis pecados como al subyugar por completo mi vieja naturaleza. Cuanto más alto sea el edificio, más valoraré el sólido fundamento que lo sostiene. Es un gran error suponer que aquellos que se desenvuelven en las más altas esferas de la vida espiritual pueden subestimar el título en virtud del cual son capaces de acceder a ellas. ¡Oh, no! El lenguaje de aquellos que han entrado en el más recóndito lugar del supremo santuario es: “Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre” (Apocalipsis 1:5). Sus labios hablan del amor del corazón de Cristo y de la sangre de su cruz. Cuanto más se acercan al trono, más se embeben del valor de aquello que los colocó en tan sublime elevación. Y lo mismo en lo relativo a nosotros: cuanto más respiremos la atmósfera de la presencia divina —cuanto más pisemos, en espíritu, los atrios del santuario celestial— más alta será nuestra estima de las riquezas del amor que nos redimió. Arrancar las uvas de Escol en la Canaán celestial más

profundo sentido del valor de esa preciosa sangre que nos fue por escudo ante la espada del heridor.

No seamos, pues, disuadidos de aspirar a una más elevada y entrañable consagración a Cristo por un falso temor de subestimar esas preciosas verdades que llenaron nuestros corazones de la paz celestial cuando emprendimos la marcha al principio de nuestra carrera cristiana. El enemigo utilizará todo lo que esté a su alcance a fin de impedir que el Israel espiritual plante el pie de la fe en la Canaán espiritual. Procurará mantenerlos ocupados consigo mismos y con las dificultades que se presentan en su camino hacia lo alto. Él sabe que, cuando uno ha comido realmente las uvas de Escol, ya no se trata de una cuestión de escapar de Faraón o de Amalec, y por ello pone delante de su paso las murallas y los gigantes, así como su propia insignificancia, debilidad e indignidad. Pero la respuesta es simple y contundente: ¡confianza! ¡confianza! ¡confianza! Sí, desde la sangre en el dintel en Egipto hasta las extraordinarias y exquisitas uvas de Escol, todo es simple, absoluta e indubitable confianza en Cristo. “Por la fe celebraron la pascua y la aspersion de la sangre” y “por la fe cayeron los muros de Jericó” (Hebreos 11:28, 30). Desde el lugar de partida hasta la meta, y durante todo el período intermedio, “el justo por la fe vivirá” (Romanos 1:17).

Pero nunca olvidemos que esta fe implica la absoluta entrega del corazón a Cristo, así como la plena

aceptación de Cristo por el corazón. Lector, sopesemos esto con la mayor gravedad. Cristo debe ser enteramente para el corazón y el corazón enteramente para Cristo. Separar estas cosas es ser –tal cual alguien lo ha señalado– «como un bote con un solo remo, que da vueltas y vueltas alrededor de sí, pero que no es capaz de avanzar un solo metro, siendo arrastrado únicamente por la corriente; o como un pajarillo con una ala quebrada que revolotea como remolino, cayendo a tierra una y otra vez». Esto se pierde de vista demasiado a menudo, y por ello el rumbo se torna incierto y la experiencia fluctuante. No hay progreso. Uno no puede esperar ir con Cristo de una mano y con el mundo de la otra. Nunca podremos deleitarnos con “las uvas de Escol” entretanto nuestros corazones estén anhelando “las ollas de carne” de Egipto (Éxodo 16:3).

Quiera el Señor darnos un corazón íntegro –un ojo bueno– y una mente recta. Ojalá que tengamos por único objeto de nuestras almas avanzar hacia lo alto sin dar un solo paso atrás. Tenemos todo divina y eternamente asegurado por la sangre de la cruz; prosigamos, pues, con santa energía y entereza “a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús” (Filipenses 3:14).

*¡Oh, maravillosa gracia! ¡Oh, divino amor!
manifestados al darnos semejante hogar.
Renunciemos a las cosas presentes*

*y busquemos el descanso por venir.
Tengamos todo lo demás por basura y escoria;
prosigamos la carrera hasta la meta;
luchemos hasta ganar la corona de vida.*

NOTAS

() N. del A.— Es importante notar que la propuesta de enviar a los espías tuvo su origen en Israel. “Y vinisteis a mí todos vosotros, y dijisteis: Enviemos varones delante de nosotros que nos reconozcan la tierra, y a su regreso nos traigan razón del camino por donde hemos de subir, y de las ciudades adonde hemos de llegar” (Deuteronomio 1:22). Una fe sencilla y natural les habría enseñado que Aquel que los condujo fuera de Egipto, a través del mar Rojo y a lo largo del desierto era capaz de conducirlos hasta entrar en Canaán, de mostrarles el camino y de decirles todo acerca de ello. Pero, lamentablemente, ¡quisieron apoyarse en un brazo de carne! El carro de Jehová, moviéndose majestuosamente delante de las huestes, no era suficiente para ellos. Quisieron “enviar varones delante de sí”. Dios no era suficiente. ¡Ah, qué corazones tenemos! ¡Cuán poco conocemos a Dios y cuán poco, pues, confiamos en él!*

Sin embargo, algunos pueden decir: «¿Acaso no fue Jehová el que mandó a Moisés que enviara los espías?» (Números 13:1-3). Es cierto; y Jehová mandó a Samuel que ungiera un rey sobre Israel (1.º Samuel 8:22). ¿Acaso ello los exime del pecado de pedir un rey y rechazar así a

Jehová? Por cierto que no. Pues bien, la misma aplicación tenemos con respecto a los espías. La incredulidad del pueblo lo llevó a pedir espías, y Jehová le dio espías. La misma incredulidad lo llevó a pedir un rey, y Jehová le dio un rey. "Y él les dio lo que pidieron; mas envió mortandad sobre ellos" (Salmo 106:15). ¡Cuán a menudo ocurre lo mismo con nosotros!

7

“Lazadas de Azul”

Leer Éxodo 26:4.

Contemplando la estructura del tabernáculo en el desierto, nosotros podemos observar que un importante lugar fue asignado a las “Lazadas de azul”. Por medios de ellas y los “corchetes de oro”, las cortinas fueron todas unidas y la manifiesta unidad de la completa estructura se conservó. Estas lazadas y los corchetes podrían parecer muy insignificantes y sin importancia, pero sin ellos, no podría haber unidad. Las cortinas, no obstante son hermosas en sí mismas. Sí estas hubieran sido colgadas aparte la una de la otra, en este caso un gran aspecto de la manifestación habría estado arruinado.

Mirando el tabernáculo como figura de Cristo, seguramente nosotros podremos, fácilmente señalar la belleza y el significado de estos “Lazadas de azul y corchetes de oro”. Ellos tipificaron esa unidad perfecta y consistencia en el carácter, y comportamientos de “el hombre Cristo Jesús” que fueron el resultado de su gracia celestial y carácter divino. En la vida del bendito Señor Jesús y en todas las escenas, y circunstancias de esa vida, nosotros no solamente vemos cada fase distinta y rasgo perfecto de sí mismo, sino también una perfecta combinación de todas esas fases y rasgos, con el poder de lo que era celestial y divino en Él. Las cortinas del verdadero Tabernáculo no solo eran hermosas en sí mismas, sino que ellas fueron combinadas bellamente – exquisitamente unidas entre sí por medio de estas “Lazadas de azul y corchetes de oro” Que solo puede ser discernido y apreciado por aquellos quienes están en alguna medida instruidos en los santos misterios del santuario.

Y me permito agregar que lo que es verdad de la divina Palabra Viva es igualmente verdad a la divina Palabra Escrita. El estudiante espiritual de las Santas Escrituras discernirá prontamente las “Lazadas de azul y corchetes de oro”. Esto es únicamente lo que nosotros podríamos esperar. La Palabra Viva es la encarnación divina de la Palabra escrita y la Palabra escrita es la trascripción divina del Palabra Viva. Desde aquí, nosotros podemos contemplar la misma unidad celestial, la misma

consistencia divina, la misma extraordinaria y exquisita combinación en ambos, el uno y el otro. Sería agradable y de mucho provecho investigar las varias ilustraciones de las Lazadas y los Corchetes a través de la Palabra de Dios, mas yo tengo escaso tiempo y espacio, únicamente para un fragmento breve. Yo daré un ejemplo o dos de la Palabra escrita que pueda llevar a mi lector a estudiar el asunto para él.

En 1 Corintios 16 nosotros tenemos una hermosa y practica ilustración de nuestro asunto. El verso 13 dice: “Portaos varonilmente, y esforzaos”. Aquí nosotros tenemos un aspecto transparente del carácter Cristiano – esa fuerza varonil que es tan deseable. Pero esto, si es tomado por si mismo, podría degenerar fácilmente hacia una tosca, ruda y orgullosa manera de tratar con otros, esto es completamente opuesto a lo que encontramos en nuestro divino Modelo. Por consiguiente el Espíritu en el apóstol forma una lazada de azul y por medio de las uniones de los corchetes dorados en esta fuerza varonil nos da otro aspecto que es muy necesario es – el amor. “Todas vuestras cosas sean hechas con amor”. ¡Combinación tan preciosa! Fuerza y amor. Amor y fuerza. Si desata esta lazada celestial tú querrás también tener orgullo, arrogancia, carácter desconsiderado o un manejo suave, flexible, de debilitado modo de acción que sacrificará todo por paz y quietud.

Por otra parte, observe esa noble definición de religión pura al final de Santiago 1. Allí el apóstol usa la lazada y el corchete para unir las dos fases de la religión divina. “Visitar a los huérfanos y a las viudas en su aflicción” está atado con una separación sin mancha del mundo. En otras palabras, se unen inseparablemente así benevolencia activa y santidad personal. ¿Desate la lazada y que habrá conseguido? Otra clase de benevolencia que irá de la mano con el mas intenso espíritu de mundanalidad o una separación farisaica extremadamente rígida sin una sola emoción generosa. En esto solo la presencia de eso que es celestial y divino, puede afianzar la verdadera unidad y consistencia de carácter. Nunca se olvide que el verdadero cristianismo es simplemente Cristo reproducido por el Espíritu Santo en la vida del creyente. Un seco reglamento nunca lo haría. Debe ser Cristo en todo.

8

LEGALISMO Y LIVIANDAD

Dado que sentimos, en alguna pequeña medida, nuestra responsabilidad para con las almas de nuestros lectores y para con la verdad de Dios, nos vemos animados por el deseo de elevar una breve pero tajante voz de advertencia contra dos males antagónicos que podemos ver claramente operando entre los cristianos de la actualidad. Se trata del legalismo, por un lado, y de la liviandad, por el otro.

En cuanto al primero de estos males ya tratamos, en muchos de nuestros primeros escritos, de librar a las preciosas almas de un estado legal, el cual, a la vez que deshonra a Dios, subvierte por completo la paz y la libertad de las mismas. Hemos procurado presentar la

libre gracia de Dios, el valor de la sangre de Cristo, la posición del creyente delante de Dios en perfecta justicia y aceptación en Cristo. Estas preciosas verdades, cuando se aplican al corazón, por el poder del Espíritu Santo, habrán de librarlo de toda influencia legal.

Pero entonces a menudo ocurre que los creyentes, una vez que son manifiestamente librados del legalismo, incurren en el mal opuesto de la liviandad o frivolidad. Ello puede deberse al hecho de que las doctrinas de la gracia han sido aprendidas tan sólo de un modo intelectual, en vez de haber sido alojadas en el alma por el poder del Espíritu de Dios. Se pueden adoptar muy livianamente una gran cantidad de verdades evangélicas cuando no ha tenido lugar un profundo trabajo de conciencia, un verdadero quebrantamiento del viejo hombre y una subyugación de la carne en la presencia de Dios. En este caso, habrá sin duda liviandad de espíritu de una u otra forma. Se habrá de dejar un amplísimo margen para la mundanalidad en sus diversas formas; una libertad dada a la vieja naturaleza completamente incompatible con el cristianismo práctico.

Además de estas cosas, se hará manifiesta una muy deplorable falta de conciencia en los detalles prácticos de la vida cotidiana: deberes descuidados, trabajos mal hechos, compromisos no fielmente cumplidos, obligaciones sagradas tratadas con poca seriedad, deudas contraídas, hábitos extravagantes tolerados. Todas estas

cosas las ponemos bajo el título de liviandad, y, por desgracia, son demasiado comunes entre los más altos profesantes de lo que se denomina «verdad evangélica».

Ahora bien, deploramos profundamente todo esto, y quisiéramos que nuestras propias almas, así como las de todos nuestros lectores cristianos, se hallasen realmente ejercitadas en cuanto a ello. Nos asusta el hecho de que haya entre nosotros un considerable porcentaje de profesión hueca, una gran falta de seriedad, veracidad y realidad en nuestros caminos. No estamos lo suficientemente impregnados del espíritu del cristianismo auténtico, ni somos gobernados en todas las cosas por la Palabra de Dios. No prestamos suficiente atención al «cinto de la verdad» ni a la “coraza de justicia” (Efesios 6:14).

En este camino el alma termina en muy mal estado; la conciencia no responde; las sensibilidades morales resultan atrofiadas. Los reclamos de la verdad no son debidamente atendidos. Se juega con males positivos. Se tolera la relajación moral. Lejos de existir el constrictivo poder del amor de Cristo —que conduce a actividades de bondad—, ni tan siquiera está el restrictivo poder del temor de Dios —que impide las actividades de maldad—.

Apelamos solemnemente a las conciencias de nuestros lectores en lo que respecta a estas cosas. El tiempo presente es tremendamente solemne para los cristianos. Hay urgente necesidad de una ferviente y vigorosa

devoción a Cristo; pero ésta difícilmente puede existir en tanto se descuiden las demandas corrientes de la justicia práctica. Siempre debemos recordar que la misma gracia que libera eficazmente al alma del legalismo es la única salvaguardia contra toda liviandad. Habremos hecho muy poco en favor de un hombre —por no decir nada— si lo sacamos de un estado legal para terminar llevándolo a una frívola, indolente, descuidada e insensible condición de corazón.

Sin embargo, a menudo hemos observado la vida de las almas, y advertido este triste hecho concerniente a ellas: que cuando fueron libradas de las tinieblas y de la esclavitud, se volvieron mucho menos atentas y sensibles. La carne está siempre dispuesta a convertir la gracia de Dios en libertinaje (Judas 4), y, por ende, debe ser subyugada. Es menester que el poder de la cruz se aplique a todo lo que es de la carne. Necesitamos mezclar las “hierbas amargas” con nuestra fiesta pascual. En otras palabras, necesitamos esos profundos ejercicios espirituales que resultan de una positiva entrada en el poder de los sufrimientos de Cristo. Necesitamos meditar más profundamente sobre la muerte de Cristo: su muerte como víctima bajo la mano de Dios y como mártir bajo la mano del hombre.

Éste es el remedio eficaz contra el legalismo y la liviandad. La cruz, en su doble aspecto, libera de ambos males. Cristo “se dio a sí mismo por nuestros pecados

para librarnos del presente siglo malo, conforme a la voluntad de nuestro Dios y Padre” (Gálatas 1:4). Por la cruz, el creyente es tan completamente librado del presente siglo malo como perdonado de sus pecados. Él no es salvo para disfrutar del mundo, sino para romper definitivamente con él.

Conocemos pocas cosas más peligrosas para el alma que la combinación de verdades evangélicas con mundanalidad, holgura y desenfreno; la adopción de un cierto vocabulario de verdades cuando la conciencia no está en la presencia de Dios; una aprehensión meramente intelectual de la posición en Cristo, sin una vigorosa ocupación en el estado práctico; una claridad en la doctrina en cuanto al título, sin una concienzuda relación con la condición moral.

Confiamos en que nuestros lectores soportarán la palabra de exhortación. Si nos refrenáramos de pronunciarla, tendríamos que considerarnos deficientes en fidelidad. Es verdad que no es una tarea agradable llamar la atención respecto de males prácticos, urgir el solemne deber del juicio propio e inculcar en la conciencia las demandas de la verdad práctica. Sería mucho más grato al corazón exponer verdades abstractas, versar sobre la libre gracia y lo que ella ha hecho por nosotros, espaciarse en las glorias morales del inspirado Libro; en una palabra, explayarse en los privilegios que son nuestros en Cristo.

Pero hay momentos en que la verdadera y práctica condición de cosas entre los cristianos pesa demasiado fuertemente sobre el corazón y mueve al alma a hacer un urgente llamado a la conciencia en lo que se refiere a asuntos de marcha y de conducta; y nosotros creemos que dicho momento es precisamente el actual. El diablo está siempre ocupado y en guardia. El Señor ha arrojado mucha luz sobre su Palabra durante los últimos años. El Evangelio ha sido presentado con una claridad y un poder particular. Miles de almas han sido libradas de un estado legal; y ahora el enemigo procura ofuscar el testimonio conduciendo a las almas a una condición fútil, descuidada y carnal, llevándolas a descuidar el saludable e indispensable ejercicio del juicio propio. Profundamente conscientes de esto, nos sentimos impulsados a ofrecer unas palabras de admonición acerca de LEGALISMO Y LIVIANDAD. “Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador y Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras” (Tito 2:11-14).

9

LOS COMPAÑEROS DE DAVID Y LOS AMIGOS DE PABLO

(Léase 2.º Samuel 23 y Romanos 16)

Cuán preciosos son esos vínculos especiales formados por la mano de Dios! Hay un gran vínculo general que nos une a todos los hijos de Dios —a todos los miembros del cuerpo de Cristo—. Pero existen vínculos especiales que siempre deberíamos reconocer y procurar fortalecer y perpetuar por todos los medios posibles y rectos.

Últimamente nos hemos estado ocupando, con mucho interés y provecho, de los valientes de David, mencionados en el capítulo 23 del segundo libro de

Samuel, y de los amigos de Pablo en Roma, mencionados en el último capítulo de la epístola a los Romanos. Entre los millares de Israel —todos miembros circuncidados de la congregación de Israel e hijos de Abraham—, había relativamente pocos que se distinguían por una devoción personal y una entera consagración de corazón. Incluso entre esos pocos había notables diferencias. Estaban los treinta valientes, los tres y los tres primeros. Cada uno tiene su lugar específico en el libro de la vida responsable y práctica, según lo que fue y lo que hubo hecho. Además, se nos dice exactamente lo que cada uno ha hecho y cómo lo ha hecho. Nada se olvida, sino que todo es fielmente registrado, y ninguno de ellos puede jamás tomar el lugar de otro. Cada uno hace su propia obra, ocupa su lugar y recibe su recompensa[2].

Vemos lo mismo en el capítulo 16 de la epístola a los Romanos. Nada puede ser más sorprendente ni más notable que las bellas distinciones que caracterizan esta exquisita porción de las Escrituras. Notemos primeramente de qué manera Febe es recomendada a la asamblea de Roma. “Os recomiendo además nuestra hermana Febe.” ¿Sobre qué base el apóstol la recomienda? ¿Porque «parte el pan» o porque «está en comunión» en Cencrea? No, sino porque “es diaconisa de la iglesia”, y “porque ella ha ayudado a muchos, y a mí mismo”.

Pablo, en un lenguaje conmovedor y enérgico, nos presenta la base moral de los derechos de Febe a la hospitalidad y a la ayuda de la asamblea. Decir que una persona «parte el pan», lamentablemente no ofrece ninguna garantía en lo que respecta a su devoción personal. Debiera ser así, pero no lo es. Por eso, esperar la simpatía, la ayuda y la confianza de los hijos de Dios sobre tal terreno, no ofrece ninguna garantía. El apóstol mismo, cuando demanda las oraciones de los hermanos, presenta la base moral de su demanda: “Orad por nosotros.” ¿Sobre qué base? ¿Porque «partimos el pan» o porque «estamos en comunión»? Nada de eso, sino porque “confiamos en que tenemos buena conciencia, deseando conducirnos bien en todo” (Hebreos 13:18).

Notemos luego lo que se dice de Priscila y Aquila. ¿Qué habían hecho? Habían sido ayudantes —o colaboradores— del apóstol. Expusieron su vida por él. Y agrega: “A los cuales no sólo yo doy gracias, sino también todas las iglesias de los gentiles.” Esto es extraordinariamente exquisito. Habían “ganado para sí un grado honroso”. Habían ganado la confianza y la estima del apóstol y de todas las asambleas. Así debe ser siempre. No podemos introducirnos de golpe en los afectos y en la confianza de la gente. Debemos recomendarnos por una vida de justicia práctica y de devoción personal. “Recomendándonos a toda conciencia humana delante de Dios” (2.^a Corintios 4:2).

Notemos luego, en el versículo 12, el tacto perfecto del apóstol: “Salud a Trifena y a Trifosa, las cuales trabajan en el Señor. Salud a la amada Pérsida, la cual ha trabajado mucho en el Señor.” ¡Qué bella distinción vemos aquí! ¿Por qué el apóstol no clasifica juntas a las tres? La razón es muy simple: las dos primeras habían tan sólo trabajado, mientras que la tercera había trabajado mucho. Cada cual tiene su lugar, según lo que fue y lo que hubo hecho.

Tampoco para Trifena y Trifosa podía ser un motivo de envidia y de celo contra Pérsida el hecho de que ésta fuera calificada como “la amada”, mientras que ellas no lo fueran. Tampoco habrían tenido tales sentimientos porque el adjetivo “mucho” haya sido adjuntado a su trabajo y no al de ellas. ¡Oh no, la envidia y los celos son los frutos perniciosos de una miserable ocupación con uno mismo, y no pueden tener cabida en un corazón enteramente consagrado a Cristo y a sus intereses!

Ahora bien, considero estos pasajes del segundo libro de Samuel y de la epístola a los Romanos como un ejemplar de las páginas del libro de la vida responsable y práctica, en el cual el nombre de cada uno está escrito según lo que fue y lo que hubo hecho. Huelga decir que todo descansa sobre la gracia. Cada uno se complacerá en decir que “por la gracia de Dios soy lo que soy” (1.^a Corintios 15:10). Además, todos los hijos de Dios, todos los miembros de Cristo, son igualmente “aceptos en el

Amado”; todos se hallan en la misma relación. El más débil miembro del cuerpo de Cristo es amado por Dios como Cristo mismo. La cabeza y los miembros no pueden separarse. Como él es, así somos nosotros. El más débil hijo de la familia tiene su lugar en el corazón del Padre, y nadie podrá jamás interponerse entre ellos (Efesios 1:6; Juan 17:26; 1.^a Juan 4:17).

Todo esto es verdadero y precioso; nada puede alterarlo. Mas cuando se trata de la gran cuestión de la vida práctica y de la devoción personal, ¡qué variedad infinita! Vemos a los tres, los tres primeros y los treinta. Una cosa es ser “aceptos”, y muy otra es ser “aceptables” o “agradables” (2.^a Corintios 5:9). Una cosa es ser un hijo amado, y muy otra es ser un siervo devoto. Está el amor que se refiere a la relación en que uno se halla, y el amor que deriva de la satisfacción que causa el objeto amado.

Estas dos cosas no deben confundirse, y, seguramente, todo hijo de Dios “acepto”, debería desear ardientemente ser un siervo “aceptable” o “agradable” a Cristo. ¡Oh, que así sea más y más en estos días de fría indiferencia en los que sólo se busca los propios intereses y en los cuales la mayoría de los creyentes están satisfechos con el simple hecho de estar en comunión —como comúnmente se dice—, con participar formalmente del partimiento del pan!; día en que tan pocos, relativamente, procuran seguir esa elevada senda de la devoción personal que, sin duda, es “agradable” al corazón de Cristo.

Que no se nos vaya a mal interpretar. La verdadera comunión en el Espíritu —la comunión de los santos— es preciosa más allá de toda expresión; y el partimiento del pan con verdad y sinceridad, en memoria de nuestro adorable Señor y Salvador Jesucristo, quien nos amó y se dio a sí mismo por nosotros, es uno de los más elevados y ricos privilegios para aquellos cuyos corazones son fieles a él. Todo esto se comprende bien y lo admito plenamente.

Pero, por otro lado, jamás debemos olvidar la fuerte tendencia de nuestros pobres corazones a estar satisfechos con meras formas y fórmulas cuando el poder no está más presente. Una cosa es estar en comunión de nombre y tomar parte en la forma exterior del partimiento del pan, y muy otra es ser un discípulo de Cristo serio, devoto y decidido. Todos deberíamos desear ardientemente esto último; pero inclinarse por lo primero es una miserable decepción que apaga la conciencia, endurece el corazón y engaña al alma.

NOTAS

[1] N. del A.— Las líneas siguientes son un extracto de una carta dirigida a un amigo, y a pedido de él son enviadas como un mensaje a la Iglesia de Dios. ¡Quiera el Espíritu Santo revestirlas de su poder!

[2] N. del A.— Podemos advertir lo mismo en el caso de los doce apóstoles. Sabemos mucho más acerca de Pedro, Jacobo y Juan que acerca de los otros nueve. Y aun entre estos tres, notamos una diferencia, pues uno es especialmente designado como “el discípulo a quien Jesús amaba” (Juan 21:7), y el que se recostaba “cerca del pecho de Jesús” (Juan 13:25). Ahora bien, lo mismo ocurre en toda la Palabra, como lo vemos en Abraham y Lot, en Elías y Abdías, en la sunamita y la viuda de Sarepta. Lector cristiano, ¡ojalá que sea nuestro deseo ardiente marchar más cerca de Dios y vivir en una mayor intimidad con el pensamiento de Cristo!

10

LOS HIJOS

(Respuesta a una carta)

El punto esencial, al tratar con los hijos, es insistir en la obediencia. Es de suprema importancia. Si esto se lleva a la práctica desde un principio, se evitará un mundo de aflicciones, tanto para los padres como para los hijos. Su pregunta es sumamente interesante, pero nosotros no podemos considerarla aquí. Le recomendamos la lectura de una obrita titulada «Tú y tu casa», la cual puede serle de ayuda.

A los hijos se les manda prestar plena obediencia a sus padres. Ésta es la regla divina. Los padres, por otro lado, deben tener cuidado de no provocar a ira a sus hijos mediante una conducta arbitraria, manifestando

preferencia por uno más que por otro, o por una ociosa aniquilación de la voluntad del niño al solo efecto de hacer una exhibición de autoridad paterna. El niño siempre debe ver que los padres tienen su verdadero interés en el corazón, y que el verdadero amor es la fuente que motiva todos sus actos. Pero debemos insistir en la obediencia de los hijos, sobre todo en esta época de independencia, una época especialmente caracterizada por la desobediencia a los padres, y no sólo por la desobediencia, sino también, en muchos casos, por una grosera falta de respeto. Muchos jóvenes de hoy parecen considerar a sus padres como si pertenecieran a la «vieja escuela» y carecieran de aptitud educativa. De ahí la pronta disposición para contradecir a sus padres e imponer sus propias opiniones. Todo esto es contrario a la naturaleza, a la vez que impío. No debería ser tolerado. Y podemos agregar la muy reprehensible costumbre — adoptada por muchos jóvenes— de llamar a sus padres por irrespetuosos mote tales como «gobernador», «dictador», etc., lo mismo que a sus madres mediante algún epíteto similar, igualmente objetable. Instamos a nuestros jóvenes amigos a estar en guardia contra estas cosas y contra el espíritu del cual ellas proceden, y a cultivar un espíritu reverente, el cual seguramente conducirá a un trato respetuoso hacia los padres. Es una admirable prueba de buena educación que los hijos respeten a sus padres. ¿Necesitamos agregar que en todos los asuntos en los que la autoridad de Dios se ve comprometida, es ella la que debe prevalecer sobre

cualquier atribución? ¡Oh, estemos por el poder corrector de la gracia y la verdad!

No podemos entender cómo uno que se llama a sí mismo padre cristiano puede adoptar ese sistema de tratar a los hijos con severidad y crueldad. Sólo puede terminar haciéndolos mentirosos e infieles. Ellos proferirán mentiras a fin de escapar de la correa; y despreciarán la religión que guarda relación con tales excesos. Semejante trato, como usted lo describe, es más digno de un cruel amo de esclavos que de un padre cristiano. Sin duda, hay casos en que se requiere una pequeña disciplina; pero debería ser administrada de tal manera que convenciese al niño de que se lo hace sólo para su bien, y no de que es el fruto de un mal temperamento o de una arbitraria severidad. La «vara» debe ser alzada de muy mala gana. Tiene que ser empuñada como último recurso. En resumidas cuentas, el padre cristiano siempre debe tener ante él como modelo el trato de su Padre celestial para con él. Ahora, ¿acaso el Padre inflige castigo por pecado confesado? El mero pensamiento de ello sería una blasfemia. Él sólo castiga por amor y con el objeto de hacernos partícipes de su santidad (Hebreos 12). Le duele tener que usar la vara. “Y él fue angustiado a causa de la aflicción (o miseria) de Israel” (Jueces 10:16). Éste debería ser el modelo de todo padre cristiano. No creemos en el perpetuo sistema de azote. No hace más que endurecer y embrutecer al niño. Y deseamos agregar, querido amigo, que el padre y la madre

deben estar perfectamente unidos en la administración de la disciplina. El hecho de que un niño tenga que acudir a uno de sus padres para que lo proteja del otro, revela un estado de cosas, en el círculo familiar, que resulta chocante a toda mente bien equilibrada. El padre y la madre no deben tener un solo pensamiento divergente con respecto al sistema de disciplina y formación. Ellos deben aparecer ante los hijos como una sola autoridad, una sola influencia. La firmeza del padre y la ternura de la madre deben estar perfecta y dulcemente combinadas, de modo que su acción conjunta se haga sentir en todo el sistema disciplinario. Pero ¿cómo puede esto llevarse a la práctica? Hace falta estar mucho juntos de rodillas en la presencia de Dios. Éste es el verdadero secreto de la disciplina doméstica. Si el padre y la madre no oran juntos, no actuarán juntos; y, si no actúan juntos, la educación de los hijos sufrirá las consecuencias. ¡Quiera el Señor, en su infinita bondad, ayudar a todos los padres cristianos a desempeñar correctamente sus elevadas y santas funciones, de modo que Su nombre sea glorificado en los hogares de su pueblo!

No vemos ninguna dificultad en cuanto al término “hijos” en Efesios 6:1. En todo el contexto, el Espíritu Santo está exhortando a los cristianos, en sus diversas relaciones, a que desempeñen las funciones que les corresponden. Sólo a los cristianos van dirigidas las epístolas, y solamente a ellos se los exhorta en esas cartas.

Por eso los “hijos” a que aquí se hace referencia son cristianos. Los padres cristianos son exhortados a criarlos en disciplina y amonestación del Señor (v. 2). Esto, obviamente, comprende a todos nuestros hijos, a quienes tenemos que educar desde un principio para el Señor, contando con él para ello, y él nunca le fallará a un corazón que se le confía. Debemos tomar los principios de Dios para elaborar todo el sistema de educación moral que apliquemos para nuestros hijos desde su nacimiento; y Él seguramente honrará la fe que cuenta así con él para los hijos y que los cría para él. Él no puede negarse a sí mismo (2.^a Timoteo 2:13), ¡bendito sea su Nombre para siempre!

1.^a Corintios 7:14 se halla en contraste con la ley mosaica, la cual obligaba a los hombres a repudiar no sólo a las esposas extranjeras, sino también a la descendencia de matrimonios mixtos. No se trata del estado práctico de los hijos mismos —de si ellos son salvos o no—; el pasaje afirma simplemente que los hijos son santificados por el hecho de su relación con el padre o la madre creyente, y no necesitan, por tanto, ser repudiados. La idea de construir, sobre la base de este texto, el monstruoso error de que los hijos de padres cristianos son salvos, como tales, sin la gracia vivificadora del Espíritu Santo, es tan grosero que no merece espacio para su consideración.

Le expresamos nuestra sincera simpatía e interés en el tema de su carta. Su senda es muy simple. Sólo tiene

que criar a sus hijos para Dios y contar con Dios para sus hijos. Sólo el Espíritu de Dios puede hacer que un niño comprenda las cosas divinas; no nos corresponde a nosotros fijar un límite en cuanto a la edad precisa en que un niño es capaz de asimilar la verdad de Dios. Ésta es obra del Espíritu, y él puede hacer entender tanto a los bebés como a los sabios. Un niño es el modelo según el cual ha de ser formado todo aquel que haya de entrar en el reino de Dios.

Creemos que Mateo 18:10-14 constituye el fundamento de la preciosa verdad de la salvación de los infantes. ¿No lo cree usted? ¿No está plenamente persuadido de que todos cuantos mueren en la infancia son salvos? ¿No cree que así como sus pequeños cuerpos sobrellevan la pena del pecado de Adán, sus preciosas almas participan de los beneficios del sacrificio expiatorio de Cristo? Pues bien, si usted cree esto, ¿por qué habría de estar atribulado su corazón respecto del destino de su niño cuando el Señor regrese? ¿No puede confiar plenamente en ese Bendito que en los días de su carne dijo: “Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios”? (Lucas 18:16). ¿Puede su corazón abrigar, siquiera por un instante, el indigno pensamiento de que su misericordioso Señor, cuando vuelva en busca de su pueblo, sería capaz de tomar a la madre para que esté con Él y dejar a su bebé que perezca? Usted nos pregunta si «podemos citarle algún pasaje que muestre lo que será de los pequeños hijos de creyentes cuando el Señor haya

arrebatado a su Iglesia». Contestamos al punto: “Mirad que no menospreciéis a uno de estos pequeños; porque os digo que sus ángeles en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos. Porque el Hijo del Hombre ha venido para salvar lo que se había perdido(*). ¿Qué os parece? Si un hombre tiene cien ovejas, y se descarria una de ellas, ¿no deja las noventa y nueve y va por los montes a buscar la que se había descarriado? Y si acontece que la encuentra, de cierto os digo que se regocija más por aquélla, que por las noventa y nueve que no se descarriaron. Así, no es la voluntad de vuestro Padre que está en los cielos, que se pierda uno de estos pequeños” (Mateo 18:10-14).

Ahora bien, querido amigo, ¿no es ésta una preciosa respuesta a su pregunta? ¿No es divinamente a propósito para ahuyentar toda su ansiedad en cuanto a su precioso bebe durante el evento de la venida del Señor? ¿Piensa usted que el Salvador de gracia, quien profirió estas palabras, ignorará a los niñitos cuando venga por su Iglesia? El solo pensamiento de ello sería una blasfemia. ¡Oh, no, amado amigo! Nuestro misericordioso Señor será plenamente glorificado al recibir en su pecho y llevar a su casa a los pequeñuelos de su pueblo, lo mismo que a sus padres. No es su voluntad, ahora, ni podría serla entonces, “que se pierda uno de estos pequeños”. Que su corazón halle pleno reposo en cuanto a esta cuestión, en la eterna verdad de Dios y en la rica y preciosa gracia que

resplandece tan brillante y bienaventuradamente en
Mateo 18:10-14.

11

PEDRO SOBRE LAS AGUAS

(Léase Mateo 14:22-33)

Hay dos aspectos bajo los cuales podemos considerar este interesante pasaje de las Escrituras. En primer lugar, lo podemos leer desde un punto de vista dispensacional, en relación con el tema de los tratos de Dios con Israel. Y, en segundo lugar, lo podemos leer como una porción que atañe directamente a nuestro diario andar práctico con Dios.

Nuestro Señor, una vez que alimentó a la multitud y se despidió de ella, “subió al monte a orar aparte; y cuando llegó la noche, estaba allí solo”. Esto corresponde precisamente a su posición actual con referencia a la nación de Israel. Él los dejó y subió a lo alto para

emprender la bendita obra de la intercesión. Mientras tanto, los discípulos —tipo del remanente piadoso— estaban siendo sacudidos por el borrascoso mar durante las lóbregas vigilias de la noche, pasando por profundas pruebas y ejercicios, en ausencia de su Señor, quien, no obstante, nunca los perdió de vista siquiera por un momento, nunca apartó sus ojos de ellos; y, cuando se acercaban al límite de sus posibilidades, por así decirlo, sin saber qué hacer, Jesús se hace presente para aliviarlos, apacigua los vientos, calma el mar y los lleva a su deseado puerto.

Baste lo dicho en cuanto al aspecto dispensacional de esta porción de las Escrituras, al cual, aunque es de lo más interesante, no lo seguiremos desarrollando, por cuanto nuestro propósito, en este breve artículo, es presentar al corazón del lector la preciosa verdad revelada en el relato de Pedro sobre las aguas, verdad que —como lo hemos dicho— atañe directamente a nuestra propia senda individual, sea cual fuere la naturaleza de esa senda.

No requiere ningún esfuerzo de la imaginación ver, en el caso de Pedro, una notable figura de la Iglesia de Dios colectivamente o del cristiano individual. Pedro dejó la barca ante el llamado de Cristo. Él abandonó todo aquello a lo que el corazón podía apegarse y se echó a caminar sobre el tempestuoso mar, en pos de una senda ubicada más allá y por encima de los límites de la

Naturaleza; una senda de fe; una senda en la que nada sino la simple fe podría vivir una sola hora. El secreto para todos cuantos son llamados a recorrer esa senda es Cristo o nada. Nuestra única fuente de poder consiste en mantener los ojos de la fe firmemente fijos en Jesús: “Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe” (Hebreos 12:2). Ni bien apartemos nuestros ojos de él, comenzaremos a hundirnos.

Huelga decir que no se trata aquí de la salvación — de alcanzar la orilla para estar a salvo. De ninguna manera; estamos hablando ahora del andar del cristiano en este mundo; de la carrera práctica de aquel que es llamado a abandonar este mundo, a renunciar a todo aquello en lo que la mera naturaleza busca apoyarse o depositar su confianza; a desprenderse de las cosas terrenales, de los recursos humanos y de los medios naturales a fin de andar con Jesús por encima del poder y de la influencia de las cosas visibles y temporales.

Tal es el elevado llamamiento del cristiano y de toda la Iglesia de Dios, en contraste con Israel, el pueblo terrenal de Dios. Nosotros somos llamados a vivir por la fe; a caminar, con calma confianza, por encima de las circunstancias de este mundo; a avanzar, con santo compañerismo, junto a Jesús.

Tras eso precisamente suspiraba el alma de Pedro cuando profería estas palabras: “Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas” (v. 28). Aquí estaba el

secreto: “si eres tú”. Si no era él, el error más descomunal que Pedro habría podido cometer hubiera sido dejar la barca. Pero, por otro lado, si ciertamente era a él mismo, a ese bendito, gloriosísimo y graciable Jesús, al que vio allí andando apaciblemente sobre la superficie de las agitadas aguas, entonces, seguramente, lo más excelente, lo más dichoso, lo mejor que podía hacer era abandonar todo recurso terrenal y natural, a fin de salir en pos de Jesús y probar el inefable gozo de la comunión con él.

Hay una inmensa fuerza, profundidad y significación en estas cláusulas: “Si eres tú”, “manda que yo vaya a ti”, “sobre las aguas”. Nótese que es “a ti sobre las aguas”. No se trata de que Jesús viniera a Pedro en la barca —algo muy bendito y precioso— sino de que Pedro saliese al encuentro de Jesús sobre las aguas. Una cosa es tener a Jesús viniendo en medio de nuestras circunstancias, apaciguando nuestros temores, aliviando nuestras ansiedades, tranquilizando nuestros corazones, y otra muy distinta lanzarnos nosotros mismos desde la orilla de las circunstancias o desde la barca de los recursos humanos para andar con calma victoria sobre las circunstancias a fin de estar con Jesús donde él está. Lo primero nos recuerda a la viuda de Sarepta (1.º Reyes 17); lo segundo, a la sunamita (2.º Reyes 4).

¿Acaso no apreciamos la excelente gracia que exhalan estas palabras: “¡Tened ánimo; yo soy, no temáis!”? Lejos esté de nosotros este pensamiento. Estas

palabras son muy preciosas. Y, además, Pedro las habría probado; sí, se habría deleitado en su dulzura, aun cuando nunca hubiera puesto siquiera un pie fuera de la barca. Es bueno que distingamos entre estas dos cosas. Ambas se confunden demasiado a menudo. Todos nosotros somos propensos a descansar en el pensamiento de tener al Señor con nosotros, y a sus misericordias acompañándonos a lo largo de nuestra senda cotidiana. Nuestra visión no va más allá de las relaciones naturales, los gozos de la tierra, tal cual son, la amplia gama de bendiciones que nuestro bondadoso Dios derrama tan generosamente sobre nosotros. Nos aferramos con tesón a las circunstancias, en lugar de anhelar un más íntimo compañerismo con un Cristo rechazado. En esta senda sufriremos inmensas pérdidas.

Sí, lo decimos con fuerza: inmensas pérdidas. No es que debamos apreciar menos las bendiciones y misericordias de Dios, sino que debemos apreciarle más a él. Creemos que Pedro habría sido un perdedor si se hubiese quedado en la barca. Algunos pueden pensar que actuó bajo el influjo de su impaciencia e impulsividad; por nuestra parte creemos que su proceder fue fruto de su vehemente anhelo por su muy amado Señor, un intenso deseo de estar cerca de él a toda costa. Vio a su Señor andando sobre las aguas y se sintió impulsado por el deseo de andar con él, y su deseo fue legítimo; grato al corazón de Jesús.

Además, ¿no actuó bajo la autoridad de su Señor al dejar la barca? Ciertamente que sí. La voz de mando — “ven” —, una voz de intensa fuerza moral, alcanzó su corazón y lo hizo salir de la barca para ir al encuentro de Jesús. La palabra de Cristo era la autoridad para entrar en esa extraña y misteriosa senda; y la presencia viva y sentida de Cristo constituía el poder para avanzar en ella. Sin esa orden, él no se habría atrevido a partir; sin esa presencia, no habría podido avanzar. Era algo extraño, inexplicable, sobrenatural andar sobre las aguas; pero Jesús estaba andando allí, y la fe puede andar con él. Así lo creyó Pedro, y entonces, “descendiendo de la barca”, “andaba sobre las aguas para ir a Jesús” (v. 29).

Ahora bien; ésta es una notable figura de la verdadera senda de un cristiano: la senda de la fe. La garantía para emprender esa senda es la palabra de Cristo. El poder para avanzar en ella consiste en mantener los ojos fijos en Cristo mismo. No es una cuestión de si está bien o está mal. La pregunta es: ¿En qué ponemos la mira? ¿Es el firme intento de nuestro corazón estar lo más cerca posible de Jesús? ¿Ansiamos de veras probar una más profunda, más estrecha y más plena comunión con él? ¿Es él suficiente para nosotros? ¿Estamos dispuestos a dejar de lado todo aquello a lo que la mera naturaleza se aferra, y a apoyarnos solamente en Jesús? En su infinito y condescendiente amor, él nos hace señas para que vayamos a él. Nos dice: “Ven”. ¿Nos negaremos? ¿Vacilaremos y nos quedaremos atrás ante su voz? ¿Nos

asiremos de la barca mientras la voz de Jesús nos dice “ven”?

Tal vez podría objetarse que Pedro cayó y que, por lo tanto, habría sido mejor, más seguro y prudente quedarse en la barca que hundirse en el agua. Es mejor no tomar un lugar prominente que, después de haberlo tomado, fracasar en él. Bien, es absolutamente cierto que Pedro fracasó; pero ¿por qué? ¿Fue porque dejó la barca? No, sino por dejar de mirar a Jesús. “Pero al ver el fuerte viento, tuvo miedo; y comenzando a hundirse, dio voces, diciendo: ¡Señor, sálvame!” (v. 30). Así sucedió con el pobre Pedro. Su error no consistió en dejar la barca, sino en mirar la fuerza del viento y de las olas, en mirar a su alrededor en vez de clavar la mirada en Jesús. Había entrado en una senda que sólo podía ser atravesada por la fe, una senda en la cual, si él no tenía a Jesús, no tenía absolutamente nada; ni barca, ni bote, ni salvavidas ni siquiera un tablón del que agarrarse. En una palabra, se trataba de Cristo o de nada; de caminar con Jesús sobre las aguas o de hundirse en lo más hondo sin él. Nada sino la fe podía sustentar el corazón en tal carrera. Pero la fe pudo sustentarlo, pues la fe puede vivir en medio de las olas encrespadas y de los vientos más borrascosos. La fe puede caminar sobre las más agitadas aguas; la incredulidad no lo puede hacer sobre las más calmas.

Pero Pedro fracasó. Sí; ¿y qué hay con eso? ¿Acaso ello prueba que hizo mal en obedecer el llamado de su

Señor? ¿Acaso Jesús le reprochó que hubiese dejado la barca? ¡Ah, no!, eso no habría sido propio de Él. Jesús no podía decirle a su pobre siervo que viniera, y luego reprenderlo por haber venido. Él sabía y podía condolerse —como lo hizo— de la debilidad de Pedro, por lo que leemos que “al momento Jesús, extendiendo la mano, asió de él, y le dijo: ¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?”. No le dijo: «¡Hombre loco y precipitado! ¿Por qué dejaste la barca?». No, sino: “¿Por qué dudaste?”. Tal fue la tierna reprimenda. Y ¿dónde estaba Pedro cuando oía estas palabras? ¡En los brazos de su Señor! ¡Qué lugar! ¡Qué experiencia! ¿Acaso no valía la pena abandonar la barca para probar semejante bendición? Sin duda que sí. Pedro estuvo acertado en dejar la barca; y, aunque resbaló en esa altísima senda en la que había entrado, ello no hizo más que conducirlo a tomar mayor conciencia de su propia debilidad e insignificancia, como así también de la gracia y del amor de su Señor.

Lector cristiano, ¿cuál es la lección moral que extraemos de todo esto? Simplemente que Jesús nos llama a salir de las cosas temporales y de los sentidos naturales para que andemos con él. Nos insta a abandonar nuestras esperanzas terrenales y todas nuestras seguridades humanas — respectivamente los puntales y los recursos sobre los que se apoya nuestro corazón. Su voz puede oírse mucho más fuertemente que el estruendo de las olas y los rugidos de la tempestad, y esa voz nos dice: “¡Ven!”. ¡Oh, obedezcámosla! ¡Accedamos de todo corazón a su

llamado! “Salgamos, pues, a él, fuera del campamento, llevando su vituperio” (Hebreos 13:13). Jesús quiere tenernos cerca de él, caminando con él, apoyados en él y no mirando las circunstancias que nos rodean, sino mirándole sólo y siempre a él.

12

¿QUÉ DEBO LEER?

Una pregunta para nuestros tiempos

La pregunta que constituye el título del presente artículo es de significativo peso y de una gran importancia práctica. Ella encierra mucho más de lo que quizás estaríamos dispuestos a admitir. Un conocido refrán dice: «Dime con quién andas, y te diré quién eres». También podríamos decir, con igual verdad: «Muéstrame tu biblioteca y te diré cómo te encuentras». Nuestras lecturas, por lo general, pueden tomarse como el gran indicador de nuestra condición moral, intelectual y espiritual. Nuestros libros constituyen nuestro alimento intelectual y espiritual, la sustancia de la que se nutre el hombre interior. De ahí la seriedad de toda esta cuestión

de las lecturas del creyente. A la verdad, debemos confesar abiertamente a nuestros lectores que este asunto nos ha tenido bastante preocupados últimamente; y nos sentimos constreñidos —por fidelidad al Señor y a las almas de nuestros lectores— a ofrecer unas palabras de advertencia respecto a un tema que no podemos sino considerarlo de verdadera importancia para todos los cristianos.

Observamos, con profunda consternación, un creciente desinterés por la lectura de libros sólidos, especialmente entre los jóvenes creyentes, aunque por desgracia no se limita solamente a ellos. Diarios, novelas religiosas, obras sensacionalistas, todo tipo de literatura ponzoñosa y despreciable es devorada con avidez; en tanto que los libros de importantísimas y preciosísimas verdades yacen intactos y abandonados en los estantes.

Creemos que todo esto es muy lamentable. Lo consideramos como una alarmante señal de una condición espiritual decadente. Es ciertamente difícil concebir cómo uno que posee aunque sea una pizca de vida divina puede hallar placer en toda esa inmundicia contaminante que abunda hoy día y que tristemente vemos en manos de muchos que ocupan el más alto terreno de la profesión cristiana. El inspirado apóstol exhorta a todos los cristianos con estas palabras: “Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis” (1.^a Pedro 2:2).

¿Cómo podemos crecer si descuidamos la Palabra de Dios y, en cambio, devoramos periódicos y libros superfluos y sin valor? ¿Cómo es posible que un cristiano se halle en una saludable condición de alma cuando apenas dedica unos pocos momentos para hojear de prisa uno o dos versículos de la Escritura, mientras que se aplica durante horas a lecturas triviales y efímeras? Podemos estar seguros de que nuestras lecturas reflejan qué somos y cómo estamos. Si nuestra lectura es fútil y frívola, ello prueba que nuestro estado es el mismo. Si nuestro cristianismo es de carácter sólido y diligente, ello será claramente evidenciado por nuestras lecturas habituales y voluntarias, por el tipo de lectura que buscamos para nuestra recreación y refrigerio.

Puede ser que algunos arguyan: «No podemos estar leyendo siempre la Biblia y buenos libros». A ello contestamos, de forma resuelta y enfática: la nueva naturaleza nunca tendrá interés por leer ninguna otra cosa. Ahora bien; pregunto: ¿A quién deseamos alimentar: a la vieja naturaleza o a la nueva? Si a la nueva, entonces podemos estar seguros de que los periódicos y la literatura liviana no pueden ser utilizados para tal fin. Es absolutamente imposible que un cristiano verdaderamente espiritual y serio pueda hallar algún placer con tales lecturas. Puede suceder que un cristiano, por el tipo de actividades que desarrolla —ya sea en el orden comercial, profesional o público— se vea obligado a remitirse a los periódicos. Pero esto es algo

completamente diferente a hallar su verdadero deleite y recreación en ese tipo de lectura. No encontrará el maná oculto ni el grano de la tierra de Canaán en los diarios. No hallará a Cristo en las revistas mundanas.

Es algo miserable y desgraciado oír a un cristiano decir: «¿Cómo podemos estar leyendo siempre la Biblia?» o «¿Qué tiene de malo leer una revista o una historieta?». Estas preguntas demuestran de forma lamentable que el alma se ha apartado de Cristo. Esto es lo que hace tan serio nuestro tema. Antes de que un cristiano haya sido capaz de formular ese tipo de preguntas, tuvo que haber ocurrido una alarmante y agravante declinación espiritual. Por eso no servirá de mucho plantear si las cosas están bien o están mal, pues no hay capacidad para juzgar correctamente; faltan las aptitudes espirituales para sopesar las cosas. Ello se debe a que toda la condición moral y espiritual se halla mal. “¡Hay muerte en esa olla!” (2.º Reyes 4:40). Lo que realmente se necesita es una completa restauración del alma. Usted tiene que “traer harina” (2.º Reyes 4:41) o, en otras palabras, aplicar un remedio divino para contrarrestar la enfermedad.

Nos sentimos constreñidos en espíritu a llamar la seria atención del lector cristiano respecto de esta gran cuestión práctica. La consideramos como una de las más serias de nuestro tiempo [1]. No podemos dudar de que el tan extremadamente bajo tono espiritual de nuestra vida

cristiana se debe, en muchos casos, a la lectura de literatura superflua e inútil. El efecto moral de todo ello es muy pernicioso. ¿Cómo puede una alma prosperar, cómo puede haber crecimiento en la vida divina, cuando no hay un verdadero amor por la Biblia o por libros que desarrollan su precioso contenido para nuestras almas? ¿Es posible que un cristiano se halle en una saludable condición de alma cuando en realidad prefiere alguna obra trivial en lugar de un libro destinado a la verdadera edificación espiritual? No lo creemos ni podríamos creerlo. Estamos persuadidos de que todo cristiano sincero y serio —todo aquel que de corazón desea compenetrarse de las cosas divinas, que ama realmente a Cristo y que suspira por el cielo y por las cosas de arriba— se aplicará con diligencia a la lectura de las santas Escrituras y procurará echar mano de todo libro bueno y provechoso. Estos cristianos no tendrán tiempo para leer los diarios ni cualquier otro tipo de literatura liviana; ni tampoco tendrán afición por estas cosas. En ellos no se suscita la cuestión de si está bien o está mal éste o aquel tipo de lectura; simplemente no la desean ni la desearían, pues tienen algo muchísimo mejor. ¿Tragaríamos cenizas si tuviéramos para comer sabrosísimos manjares?

Confiamos en que nuestros lectores habrán de comprendernos cuando escribimos de esta forma tan clara y directa. Nos sentimos realmente constreñidos a hacerlo en vista del tribunal de Cristo. Y sólo podemos

decir que querríamos poder escribir acerca de este tema tan vigorosamente como lo sentimos. Lo consideramos como uno de los más importantes y prácticos que puedan ocupar nuestra atención. Instamos a los lectores cristianos a evitar y a desaprobar toda literatura fútil. Cuando estemos por echar mano de algún libro o revista, planteémonos las siguientes preguntas: «¿Quisiera que mi Señor viniese y me hallase con esto en la mano?». «¿Podría tomar esto en la presencia de Dios y pedirle que bendijese su lectura?». «¿Puedo leer esto para gloria del Nombre de Jesús?». Si no podemos contestar afirmativamente a estas preguntas, entonces, por la gracia de Dios, huyamos de estos libros y dediquemos nuestros ratos libres a la bendita Palabra de Dios o a alguna obra espiritual que se relacione con ella. Entonces nuestras almas se verán nutridas y fortalecidas. Creceremos en la gracia, en el conocimiento y en el amor de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Entonces los frutos de justicia abundarán en nuestra vida práctica, para gloria de Dios.

Puede ser, no obstante, que algunos de nuestros amigos repudien por completo el hábito de leer escritos humanos. Hay quienes asumen la postura de no leer nada excepto la Biblia. Ellos nos dicen que encuentran en ese Libro incomparable todo lo que les hace falta, y que los escritos humanos son más bien un estorbo que una ayuda.

Bien, en cuanto a esto, cada uno debe juzgar por sí mismo. Ninguno puede ser una regla para el otro. En lo

que respecta a nosotros, no podemos, a la verdad, asumir este elevado terreno. Bendecimos cada día al Señor, más y más, por toda la benévola ayuda que nos brinda a través de los escritos de sus amados siervos. Los consideramos como una preciosísima corriente de fresco y bendición espiritual que brota de nuestra glorificada Cabeza en los cielos, por lo cual nunca podríamos alabarle lo suficiente. ¿Se nos ocurriría dejar de oír a un hermano en la asamblea de la misma forma que rehusaríamos leer sus escritos? ¿No son éstas dos ramas del ministerio —la oral y la escrita— un don de Dios para nuestro provecho y edificación?

Sin duda tenemos que ejercitar un celoso cuidado a fin de no darle una importancia desmedida al ministerio, ya sea oral o escrito. Pero el posible abuso de una cosa no constituye ningún argumento válido contra el uso de la misma. Hay peligro de ambos lados; y seguramente es algo muy peligroso despreciar el ministerio. Ninguno de nosotros es autosuficiente. Es el propósito de Dios que seamos de ayuda los unos a los otros. No podemos prescindir de ninguna de “las coyunturas que se ayudan mutuamente” (Efesios 4:16). ¡Cuántos habrán de alabar a Dios por la eternidad a causa de la bendición que recibieron por medio de libros y tratados! ¡Cuántos hay que jamás obtuvieron una pizca de ministerio espiritual, salvo lo que el Señor les envió mediante la palabra impresa! Se dirá: «Ellos tienen la Biblia». Es cierto; pero no todos tienen la misma capacidad para sondear las

vivientes profundidades de las Escrituras ni de discernir sus glorias morales. No cabe duda de que, si no tuviésemos ministerio oral ni escrito, el Espíritu Santo podría alimentarnos directamente con los verdes pastos de las santas Escrituras. Pero, ¿quién se atrevería a negar que los escritos de los siervos de Dios constituyen un medio poderosísimo en las manos del Espíritu Santo para la edificación del pueblo del Señor en su santísima fe? Es nuestra firme convicción que Dios ha empleado más ese medio durante los últimos cuarenta años que durante toda la Historia de la Iglesia. [2]

Y ¿no debemos alabar a Dios por ello? Por cierto que sí. Debemos alabarle con corazones rebosantes y ardientes; y deberíamos elevar nuestras oraciones a Dios con vehemencia para que conceda aun más bendición a los escritos de sus siervos; para que profundice su tono, acreciente su poder y amplíe su ámbito de acción. Los escritos humanos, si no están revestidos del poder del Espíritu Santo, no son más que papel de desecho. Del mismo modo, la voz del predicador o del maestro en público, si no fuera el vehículo viviente del Espíritu Santo, no sería más que “metal que resuena o címbalo que retiñe”. Pero el Espíritu Santo se sirve de ambos medios para la bendición de las almas y la difusión de la verdad; y consideramos que es un grave error desestimar un medio que Dios se ha placido adoptar. En realidad, tenemos que confesar que raramente hemos encontrado a alguien que rechace la ayuda que brindan los escritos humanos y no

evidencie ser excesivamente estrecho de miras, tosco y extremista. No podríamos esperar otra cosa, pues el método divino es que seamos de ayuda los unos a los otros; de ahí que, si alguno pretende ser independiente o autosuficiente, deberá, tarde o temprano, darse cuenta de su error.

NOTAS

[1] N. del T.— Hay que tener en cuenta que C.H. Mackintosh escribió este artículo en el año 1877. Si lo hubiera escrito hoy, seguramente no habría dejado de mencionar —o de tratar por separado— el tema de la televisión, la cual, además de haberse instalado como un miembro más de la familia en la mayoría de los hogares del mundo, ha desplazado casi por completo a la lectura. Indudablemente, lo que el autor dice respecto a la vanidad de la literatura «secular» se aplica igualmente a la TV, y aun con más razón, no sólo por la pérdida de tiempo que implica (véase Efesios 5:16; Colosenses 4:5) sino por su carácter mucho más virulento y sus nocivos efectos para la mente espiritual.

[2] N. del T.— Esto fue escrito en el año 1877.

13

¿QUÉ DICE LA ESCRITURA SOBRE EMPRENDER ACCIONES LEGALES, RECLAMAR POR LOS PROPIOS DERECHOS, ETC.?

Necesitaríamos estar mejor informados acerca del caso sobre el cual usted llama nuestra atención antes de darle nuestra opinión. Sí podemos recordarle el principio general que señala la Biblia en cuanto a este tema, a saber, que es claramente erróneo que un creyente «recurra a la justicia habitualmente a fin de ganar unas monedas» —según sus propias palabras— o un monto de dinero cualquiera. Creemos que el cristiano es llamado a comportarse en gracia para con todos los hombres, y si él anda en gracia, entonces no puede acudir a la ley para iniciar una

demanda contra otros. Ambos cursos de acción son diametralmente opuestos.

Es muy triste ver a un hombre a quien se le perdonó una deuda de diez mil talentos, tomando del cuello a su prójimo por apenas cien denarios (Mateo 18:21-35). Debemos decir que no podemos dar mucho crédito por el cristianismo de este individuo. Pero, querido amigo, ¿no sería mejor, en todos estos casos, dirigirnos directamente a la persona y hablarle francamente, en amor?...».

«La cuestión de si un cristiano puede llevar a otro a los tribunales ha sido causa de muchas discusiones. Si se trata de una cuestión entre hermanos, 1 Corintios 6 zanja la cuestión definitivamente. Si se trata de un asunto entre un creyente y un hombre del mundo, sólo podemos decir que si el cristiano inicia una acción legal contra aquél, está simplemente haciendo exactamente lo contrario de lo que Dios hizo con él. Él confiesa que se le ha perdonado una deuda de diez mil talentos, pero, no obstante eso, toma a su prójimo por el cuello por cien miserables denarios. ¿Es justo esto? ¿Es agradable a Dios? ¿Es dar un verdadero testimonio a nuestro Padre celestial? ¿Estamos representando a Dios tal como él es? ¿Estamos siendo "imitadores de Dios"? Dios no imputa pecados (2 Corintios 5:19). Es un Dios que perdona, que se deleita en la misericordia (Miqueas 7:18-19). Si acudimos a la justicia para demandar a otros, simplemente no somos como Él, no representamos al Dios de gracia.

¿Por qué el hombre de Mateo 18 es llamado “siervo malvado”? Porque cuando se le hubieron perdonado diez mil talentos, él tomó a su prójimo por el cuello por cien denarios. Sin duda se suscitarán muchas cuestiones acerca de este tema. Algunos preguntarán: «¿Qué debemos hacer?» «¿Cómo seguir el asunto?». A todo esto preguntamos: «¿Es justo, es consecuente, es actuar como Dios actúa, que un cristiano lleve a un pobre pecador como él a juicio, sea cual fuere la causa? Si la respuesta es «no», ¿qué motivo hay entonces para defender tal acción? Los creyentes no tenemos nada que ver con resultados; nuestro único deber es obrar bien y dejar los resultados en manos de Dios. Pero incluso si fuésemos a considerar los resultados, dudamos si aquellos que recurren a la ley para iniciar una acción legal realmente logran mucho con eso. A menudo se dan cuenta de que han estado malgastando su dinero. Sabemos de muchos creyentes dedicados a los negocios que no hacen ningún tipo de demanda ante la justicia, y no les va peor por ello, incluso desde un punto de vista monetario. Pero nosotros tenemos el deber de juzgar la cuestión a la luz del Nuevo Testamento, y si la juzgamos así, creemos que obtendremos la respuesta fácilmente.

Seguramente, querido amigo, si bien es contrario al Espíritu de Cristo que un cristiano lleve a juicio a su prójimo, también lo es si lo hace por medio de una sociedad comercial que actúa en representación de él. Si estuviese bien hacer juicio, ¿por qué no se lo hace de

forma abierta y honesta? Y si está mal, ¿por qué intentar hacerlo mediante apoderado?

«...En Mateo 5:48 leemos: “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.” Aquí aprendemos por el contexto que la palabra “perfecto” se refiere al principio de nuestro andar, pues en el v. 44 se nos dice: “Amad a vuestros enemigos... para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos.” Ser “perfectos” en el sentido del v. 48, significa pues: actuar según un principio de gracia hacia todos, incluso hacia aquellos que nos injurian y nos agreden. Un cristiano que lleva a otros a juicio para hacer valer sus derechos, no es “perfecto como su Padre”, porque su Padre actúa en gracia, mientras que él lo hace en justicia. No nos referimos aquí a la cuestión de si está bien o está mal que un cristiano lleve sus demandas contra gente del mundo ante una corte (cuando se trata de hermanos, 1 Corintios 6 es concluyente). Lo único que sostengo es que todo cristiano que inicia un juicio, actúa de una manera totalmente opuesta al carácter de su Padre; porque su Padre seguramente no lleva a juicio hoy a la gente del mundo. Dios no está ahora sobre un trono de juicio, sino sobre un trono de misericordia y de gracia. Derrama sus bendiciones sobre aquellos que deberían ir al infierno si Él fuese a llevarlos a juicio. Es evidente, pues, que cuando un cristiano hace comparecer a un hombre ante la justicia,

no es “perfecto como su Padre que está en los cielos es perfecto”.

La parábola que encontramos al final del capítulo 18 de Mateo nos enseña que aquel que quiere hacer valer sus derechos no conoce el verdadero carácter de la gracia ni los efectos de la gracia. El siervo no fue injusto por reclamar lo que le correspondía, sino que actuó sin gracia. Obró de manera totalmente contraria a la de su amo. Se le habían perdonado diez mil talentos; sin embargo, no tuvo reparos en estrangular a su prójimo por cien miserables denarios. ¿Y cuál fue la consecuencia? Terminó siendo entregado a los verdugos. Perdió el bendito sentimiento de la gracia, y debió cosechar los frutos amargos de su insistencia en haber hecho valer sus derechos cuando él mismo había sido objeto de la gracia. Y obsérvese además que es calificado como “siervo malvado”, no por haber debido precisamente diez mil talentos, sino por no haber perdonado los cien denarios. El amo tuvo la gracia suficiente para perdonar la deuda, pero el siervo no tuvo gracia para perdonar la deuda significativamente inferior de su compañero. Esta parábola encierra una solemne voz de advertencia para todos los cristianos que inician demandas legales contra otros, pues aunque se diga respecto de su aplicación: “Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas” (v. 35), no obstante, el principio es de aplicación general, y nos demuestra que

todo aquel que recurre a la justicia, pierde el sentimiento de la gracia.»

14

¿QUÉ ERES: AYUDA O ESTORBO?

Una pregunta para cada miembro de la asamblea

Entre todas las gracias que nos ha concedido el Señor, una de las más grandes es el privilegio de estar presentes en la asamblea de su amado pueblo, donde él ha puesto su nombre. Podemos afirmar con absoluta confianza que toda alma que ama verdaderamente a Cristo se complacerá en hallarse allí donde él ha prometido estar. Cualquiera que sea el carácter especial de la reunión, ya sea alrededor de la mesa del Señor para anunciar su muerte, alrededor de la Palabra para aprender Sus pensamientos o alrededor del trono de la gracia para presentarle nuestras necesidades

y extraer de los tesoros inagotables de su bondad, todo corazón devoto deseará estar allí; y podemos estar seguros de que aquel que de deliberado propósito —sin un motivo de fuerza mayor— descuida la asamblea, se encuentra en un estado de alma frío, muerto y peligroso. Dejar de “congregarnos” es el primer paso en el plano inclinado que conduce al abandono total de Cristo y de sus preciosos intereses (véase Hebreos 10:25-27).

Y aquí, ante todo, quisiera recordar al lector que mi objetivo en estas breves líneas no es discutir la tan a menudo suscitada cuestión: «¿Con quién debemos reunirnos?». Ella, seguramente, es de fundamental importancia, y todo cristiano —hombre, mujer o niño— antes de tomar su lugar en una asamblea, tiene la obligación y el privilegio de tener resuelta esta cuestión según el pensamiento de Dios. Ir a una reunión sin saber sobre qué base se reúne, es un acto de ignorancia o de indiferencia enteramente incompatible con el temor del Señor y el amor a su Palabra.

Pero, repetimos, tal no es el tema a considerar aquí. No voy a hablar sobre el terreno en el que se reúne la asamblea, sino de nuestro estado y nuestra conducta sobre ese terreno: una cuestión seguramente de tremenda importancia moral para toda alma que profesa estar reunida en o al nombre de Aquel que es el Santo y el Verdadero. En una palabra, nuestro tema puntual se detalla en el título de este escrito. Damos por sentado que

el lector tiene en claro el terreno en el que se reúne la asamblea; ahora, pues, quisiera despertar en su corazón y en su conciencia esta solemne pregunta: «¿Soy yo una ayuda o un estorbo para la asamblea?» El hecho de que cada miembro individualmente sea lo uno o lo otro, es algo tan claro como importante y práctico.

Si el lector abre su Biblia y, con atención y oración, lee el capítulo 12 de la primera epístola a los Corintios, hallará claramente establecida esa gran verdad práctica de que cada miembro del cuerpo ejerce una influencia sobre todos los demás. En el cuerpo humano, si algún mal afecta al miembro más débil o al más inadvertido, todos los miembros lo sienten, a través de la cabeza. Una uña desgarrada, un diente enfermo, un pie dislocado, un miembro cualquiera, un músculo o un nervio fuera de su lugar, constituyen un estorbo que hace sufrir a todo el cuerpo. Lo mismo ocurre con la Iglesia de Dios, el cuerpo de Cristo: “Si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él, y si un miembro recibe honra, todos los miembros con él se gozan” (1.^a Corintios 12:26). El estado de cada miembro afecta todo el cuerpo. Se sigue, pues, que cada miembro es una ayuda o un estorbo para todos los demás. ¡Qué profunda verdad! Sí, es tan práctica como profunda.

Téngase presente que el apóstol no habla de una mera asamblea local, sino de todo el cuerpo, del cual, sin duda, cada asamblea particular debiera ser la expresión local.

Así lo expresa al dirigirse a la asamblea de Corinto: “Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular” (1.^a Corintios 12:27). Es cierto que había otras asambleas; y si el apóstol les hubiera escrito a cualquiera de ellas sobre el mismo tema, habría empleado el mismo lenguaje; pues lo que era cierto de una, era cierto de todas, y lo que era cierto del conjunto, lo era también de cada expresión local del cuerpo. Nada puede ser más claro, simple y práctico. El tema en conjunto da tres preciosos y poderosos motivos para una vida seria, devota y santa. En primer lugar, que no deshonremos a Cristo, la Cabeza del cuerpo, a quien estamos unidos; en segundo lugar, que no contristemos al Espíritu Santo por el que estamos unidos a Cristo; y, por último, que no causemos perjuicio a los miembros del cuerpo con quienes estamos unidos.

¿Habrá algo que sobrepase el poder moral de estos motivos? ¡Ojalá que ellos puedan ser más plenamente realizados entre los amados redimidos del Señor! Una cosa es sostener y enseñar la doctrina de la unidad del cuerpo, y muy otra es participar de su poder santificante y formativo, y manifestarlo. ¡Lamentablemente, la pobre inteligencia humana puede razonar y especular sobre las más elevadas verdades, mientras que el corazón, la conciencia y la vida nunca han sentido su santa influencia! Esto es algo solemne, digno de la más seria consideración por cada uno de nosotros. ¡Ojalá que podamos sopesarlo en nuestro corazón y que pueda actuar sobre toda nuestra

vida y nuestro carácter! Ojalá que la verdad referente a “un cuerpo” sea una gran realidad moral para cada miembro de ese cuerpo en la tierra.

Podría concluir aquí, sintiendo que si la gloriosa verdad de que acabo de hablar fuese guardada en el poder viviente de la fe por todos los amados del Señor, seguramente seguirían luego todos los preciosos resultados prácticos. Pero me senté a escribir en vista de mis lectores, precisamente porque me viene a la mente una aplicación muy especial de este tema. Me refiero a la manera en que las diversas reuniones se ven afectadas por la condición del alma, la disposición del corazón y el estado de la mente de todos los asistentes; sí —y lo repetimos con énfasis— de todos los asistentes; pues no me refiero solamente a aquellos que toman una parte activa en la reunión, sino a todos los que la componen.

Sin duda que una responsabilidad especial y muy seria reposa en aquellos que de alguna manera toman parte en el ministerio, ya sea indicando un himno, haciendo oraciones o acciones de gracias, leyendo la Palabra, ocupándose en la enseñanza o en la exhortación. Ellos deberían siempre estar seguros de que no son otra cosa que meros instrumentos en las manos del Señor para cualquier actividad que fuere. De lo contrario, causarían graves daños a la reunión. Podrían así apagar al Espíritu, estorbar la adoración, interrumpir la comunión y cortar el hilo de la reunión.

Todo esto es muy serio, y demanda una santa vigilancia de parte de todos aquellos que ejercen algún tipo de ministerio en la asamblea. Un mero himno mal indicado puede llegar a ser un positivo estorbo; puede interrumpir la corriente del Espíritu en la asamblea. Sí, la preciosa Palabra de Dios misma puede ser leída en el momento inoportuno. En resumidas cuentas, todo lo que no sea el fruto directo de la acción del Espíritu, sólo puede estorbar la edificación y la bendición de la asamblea. Todos los que toman parte en el ministerio, deben tener, al actuar, el claro sentimiento de que son conducidos por el Espíritu. Todos deberían ser gobernados por un solo objeto preponderante y cautivante: la gloria de Cristo en la asamblea y la bendición de la asamblea en Él. “Hágase todo para edificación” (1.^a Corintios 14:26). Si no fuera así, más les convendría a los tales mantenerse quietos y en silencio, en dependencia del Señor. Cristo sería más glorificado y la asamblea más bendecida por una apacible espera que por una acción precipitada y discursos sin provecho.

Pero si bien sentimos y reconocemos la gravedad de lo que se ha dicho en relación con la responsabilidad de aquellos que ministran de alguna manera en la asamblea, también estamos plenamente persuadidos de que el tono, el carácter y el resultado general de las reuniones están muy íntimamente relacionados con la condición moral y espiritual de cada uno de los presentes. Esto es precisamente —y lo confesamos— lo que pesa en el

corazón y lo que nos lleva a escribir unas breves líneas dirigidas a toda asamblea debajo del sol. Cada persona en una reunión es una ayuda o un estorbo; cada cual contribuye al bien común o a la ruina. Todos los que asisten a la reunión con un espíritu serio, devoto y lleno de amor, que vienen únicamente para encontrar al Señor mismo, que se congregan en el lugar donde se halla Su precioso nombre, que se regocijan de estar allí porque él está allí; todos éstos son una verdadera ayuda y bendición para la asamblea. ¡Quiera Dios aumentar el número de estas almas! Si todas las asambleas estuvieran compuestas de tales elementos benditos, ¡qué testimonio diferente rendirían!

Y ¿por qué habría de ser de otra manera? No se trata de una cuestión de don o de conocimiento, sino de gracia y de bondad, de verdadera piedad y oración. En una palabra, se trata simplemente de la condición de alma en la cual debería estar todo hijo de Dios y todo servidor de Cristo, y sin la cual los más brillantes dones y el más profundo conocimiento son un obstáculo y una trampa. Los dones y la inteligencia solos, sin una conciencia ejercitada y sin el temor de Dios, pueden ser empleados —y de hecho que lo han sido— por el enemigo, para la ruina moral de las almas. Pero allí donde hay verdadera humildad, y esa seriedad y realidad que siempre produce el sentimiento de la presencia de Dios, allí, con toda seguridad, haya o no dones, hallaremos aquello que

comunica un tono profundo, fresca y un espíritu de adoración a la asamblea.

Hay una gran diferencia entre una reunión de personas reunidas alrededor de un hombre dotado de un don, y una asamblea reunida simplemente al nombre del Señor, sobre el terreno de la unidad del cuerpo. Una cosa es estar reunidos por medio del ministerio, y muy otra es estarlo por causa del ministerio. Si uno se reúne meramente a causa del ministerio, y el ministerio desaparece, uno pronto se va con él también. Mas cuando las almas serias, sinceras y devotas se reúnen simplemente alrededor del Señor, entonces, si bien están muy agradecidas de recibir un verdadero ministerio (si les es dado), ellas, sin embargo, no dependen de él. Ellas no subestiman el don, sino que aprecian más al Dador. Están agradecidas por los ríos de agua, pero dependen solamente de la Fuente.

Se verá invariablemente que aquellos que pueden ser dichosos y bendecidos en las reuniones sin un ministerio, son los que más lo valoran cuando se ejerce. En una palabra: le dan al ministerio su verdadero lugar. Pero aquellos que le dan una importancia excesiva a los dones, que siempre se quejan de la falta de dones y que sin ellos no pueden gozar de una reunión, son un estorbo y una fuente de debilidad en la asamblea.

¡Lamentablemente hay otros obstáculos y otras fuentes de debilidad que demandan una seria consideración de parte de todos nosotros! Cada uno de nosotros, cuando

toma su lugar en la asamblea, debería plantearse en su corazón la pregunta: «¿Soy una ayuda o un estorbo; contribuyo al bien de la asamblea o le significo una carga?». Si venimos en un estado de alma frío, endurecido e indiferente; de una manera puramente formal, sin ser juzgados, ejercitados en nuestra conciencia ni quebrantados en nuestro corazón; si estamos allí para hallar faltas en los demás, con un espíritu de queja y de murmuración, juzgando todas las cosas y a cada uno, excepto a nosotros mismos, entonces, con toda seguridad, seremos un serio estorbo para la bendición, el provecho y el gozo de la asamblea. Seremos la uña desgarrada, el diente enfermo o el pie dislocado. ¡Qué doloroso, humillante y terrible es todo esto! ¡Ojalá que podamos velar a este respecto y que podamos orar para ser guardados de tal estado!

Por otro lado, aquellos que vienen a la asamblea en un espíritu de amor y de gracia —en el espíritu de Cristo—; que se regocijan con simplicidad de encontrar a sus hermanos, ya a la mesa del Señor, ya a la fuente refrescante de las Santas Escrituras, ya ante el trono de la gracia para la oración; que, en las tiernas y profundas afecciones de sus corazones, incluyen a todos los miembros del cuerpo de Cristo; cuyos ojos no son oscurecidos, ni sus afectos enfriados por suposiciones oscuras, conjeturas malévolas o sentimientos poco amigables hacia todos los que los rodean; que han sido enseñados por Dios a amar a sus hermanos, a

contemplanlos “de la cumbre de las peñas”, y a verlos en “la visión del Omnipotente” (Números 23:9; 24:4); que están prestos a beneficiarse de todo lo que el Señor de gracia les envía, aun cuando no fuere por medio de un don brillante o por algún maestro favorito; todos ellos son una bendición de Dios para la asamblea. Lo repetimos, y con todo el corazón: ¡Quiera Dios incrementar el número de los tales! Si todas las asambleas estuvieren compuestas de tales personas, se respiraría allí la atmósfera misma del cielo. El nombre de Jesús sería como unguento derramado; todos los ojos estarían fijos en él; todos los corazones ocupados intensamente con él, y se daría a su nombre y a su presencia en medio de nosotros un testimonio más poderoso que el que pudiera ser dado por el don más brillante.

¡Que el Señor de gracia derrame su bendición sobre todas las asambleas a lo largo de todo el mundo! ¡Quiera él librarlas de todo estorbo, de todo lo que represente una carga, una piedra de tropiezo o una raíz de amargura! ¡Que todos los corazones puedan estar ligados unos a otros por una dulce confianza y un verdadero amor fraternal! ¡Y que el Señor corone con sus más ricas bendiciones los trabajos de todos sus amados servidores dentro y fuera de casa, regocijando sus corazones y fortaleciendo sus manos, haciendo que estén firmes y constantes, creciendo en la bendita obra del Señor siempre, con la seguridad de que su trabajo en el Señor no es en vano (1.^a Corintios 15:58)!

15

“¿QUÉ ESPERARÉ?”

(Salmo 39:7)

Esta es una pregunta escudriñadora para el corazón; pero a menudo muy saludable si tenemos en cuenta nuestra continua actitud de esperar por cosas que, una vez llegadas, comprobamos que no eran dignas de ser esperadas.

El corazón humano es muy similar al pobre cojo que se sentaba cada día a la puerta del templo, según se relata en Hechos 3. Él miraba a todos los que pasaban, “esperando recibir algo”; y el corazón es igual, siempre está mirando en busca de algún alivio, algún consuelo o algún placer en el transcurso de las circunstancias. Se lo puede ver siempre procurando sentarse junto a las

corrientes de la pobre criatura, esperando vanamente que algo refrescante fluya por su medio.

Es asombroso pensar en las bagatelas sobre las que la naturaleza a veces fija su expectante mirada: un cambio de circunstancias, un cambio de escena, un cambio de ambiente, un viaje, una visita, una carta, un libro —cualquier cosa, para resumir— basta para despertar expectativas en un pobre corazón que no encuentra su centro, su fuente, su todo en Cristo.

De ahí la importancia práctica de escudriñar con frecuencia nuestro corazón haciéndonos la pregunta: “¿Qué esperaré?”. Sin duda, la sincera respuesta a esta pregunta le daría, a veces, al cristiano más avanzado, motivos de honda humillación y juicio propio delante del Señor.

En el versículo 6 del Salmo 39 tenemos tres grandes prototipos del carácter del hombre, según éste se manifieste “como una sombra”, como aquel que “en vano se afana” o como el que “amontona”. Estos prototipos pueden hallarse algunas veces combinados; pero, por lo general, ellos presentan un desarrollo distintivo.

Hay muchos cuya vida es “como una sombra”, ya sea en su carácter personal, en su posición comercial o en su profesión política o religiosa. En lo que a ellos se refiere, no hay nada sólido, nada real, nada verdadero. Su brillo no proviene sino de la más fina capa de oro posible:

no hay nada profundo, nada intrínseco. Todo es obra superficial, el golpe de luz más fugaz, nada más que humo.

A continuación, encontramos otra clase de individuos cuya vida es una escena continua de “vano afán”. Nunca se les verá tranquilos, satisfechos ni felices. Siempre hay alguna cosa terrible que se aproxima, alguna catástrofe a la distancia, la mera anticipación de lo cual los mantiene en una constante ansiedad febril. Ellos viven preocupados por los bienes materiales, por los amigos, por los negocios, por los hijos, por los empleados. Aunque vivan en circunstancias que muchos de sus semejantes estimarían como muy envidiables, parecerían hallarse en una perpetua inquietud. Viven acosados por problemas que quizás nunca se susciten, por dificultades con las que quizá nunca tropiecen, por desgracias que probablemente jamás vean. En vez de recordar las bendiciones del pasado y regocijarse en las divinas bondades del presente, siempre anticipan las pruebas y congojas del futuro. En una palabra, ellos “en vano se afanan”.

Finalmente, usted encontrará otra clase de gente, totalmente diferente de las dos anteriores: gente astuta, sagaz, industriosa, que hace y acumula dinero, gente que viviría cuando otros muriesen de hambre. No hay demasiada “sombra” en cuanto a ellos. Son demasiado sólidos, y la vida es una realidad demasiado práctica para cualquier cosa de ese tipo. Tampoco se puede decir de ellos que se afanen demasiado. Son, más bien, de espíritu

sereno, quieto, excesivamente laborioso, de una mentalidad activa, emprendedora, especuladora. Esta gente “amontona riquezas, y no sabe quién las recogerá”.

Pero, lector, recuerde que el Espíritu Santo acuñó a las tres clases de personas con el mismo calificativo: “vanidad”. Sí, “todo”, sin excepción, “debajo del sol” — como lo pronunció uno que sabía esto por experiencia y que escribió por inspiración— es “vanidad y aflicción de espíritu” (Eclesiastés 1:14). Vuélvase adonde usted quiera “debajo del sol”; su corazón no hallará reposo alguno en este mundo. Usted deberá subirse a la inquebrantable y robusta ala de la fe y remontarse a las regiones por encima del sol, a fin de hallar “una mejor y perdurable herencia” (Hebreos 10:34). Aquel que está sentado a la diestra de Dios dijo: “Por vereda de justicia guiaré, por en medio de sendas de juicio, para hacer que los que me aman tengan su heredad, y que yo llene sus tesoros” (Proverbios 8:20 y 21). Nadie sino Jesús puede darnos “herencia”; nadie sino él puede “llenar”; nadie más que él puede “satisfacer”. En la perfecta obra de Cristo está aquello que satisface las más profundas necesidades de la conciencia; como así también, en su gloriosa Persona se encuentra aquello que puede satisfacer los más vehementes anhelos del corazón. Aquel que ha hallado a Cristo en la cruz, y a Cristo en el trono, ha hallado todo lo que pudiera necesitar, ya sea para esta vida o para la venidera.

Pues bien, el salmista, una vez que puso a prueba su corazón con la pregunta: “¿Qué esperaré?”, responde: “Mi esperanza está en ti”. Nada de “sombra”, nada de “vano afán”, nada de “amontonar riquezas” tenía que ver con él. Él había hallado en Dios un objeto digno de ser esperado, y, en consecuencia, apartando sus ojos de todo lo demás, dice: “Mi esperanza está en ti”.

Ésta, amado lector, es la única posición verdadera, apacible y feliz. El alma que se apoya en Jesús, que pone sus ojos en él y espera en él, nunca será defraudada. Ella posee un inagotable fondo de gozo presente en comunión con Cristo; al tiempo que es animada por “la esperanza bienaventurada” de estar con Jesús donde Él está, para contemplar Su gloria, exponerse a la luz de Su faz y ser conformada a Su imagen por siempre, una vez que esta escena presente, con todas sus “sombras”, su “vano afán” y sus recursos, haya pasado.

Cultivemos el hábito de poner a prueba nuestros corazones, tan ligados a las cosas de la tierra y anhelantes de los recursos humanos, con la escudriñadora pregunta: “¿Qué esperaré?”. ¿Estoy esperando algún cambio de circunstancias o al Hijo de Dios de los cielos? (1.^a Tesalonicenses 1:10). ¿Podemos elevar nuestros ojos a Jesús y, con corazón pleno y honesto, decirle: Señor, “mi esperanza está en ti”?

Ojalá que nuestros corazones estén plenamente separados de este “presente siglo malo” y de todo lo que

pertenece al mismo, por el poder de la comunión con las cosas que son invisibles y eternas.

De varias ansias mi corazón se aparta,
por profundos e ilimitados que sean sus deseos.

Debo ahora agradar sólo a Uno,
a Aquel ante quien los ancianos se inclinan.

Con Él es toda mi ocupación ahora,
y con las almas que son suyas.

Con éstas mi feliz suerte está echada,
a través de los desabridos yermos del mundo
o a través de sus bellos jardines.
Sea que arrasen las tormentas de las dificultades
o todos duerman con mortal descuido,
con todo, seguir adelante es mi ansia plena.

(Traducción literal)

16

SAULO DE TARSO

Contemplado el carácter de este notable hombre, nosotros podemos recoger valiosos principios de la verdad del evangelio. Él parece haber sido particularmente asiduo en mostrar con fuerza, en primer lugar, lo que la gracia de Dios puede hacer y en segundo lugar, lo que el máximo esfuerzo legal no puede hacer. Sí una vez hubo un hombre sobre esta tierra cuya historia ilustró la verdad que dice “La salvación es por gracia, sin las obras de la ley”, Saulo de Tarso fue ese hombre. De hecho, es como si Dios lo hubiera diseñado especialmente para presentar en este hombre un ejemplo viviente. Primero, en la profundidad de Su gracia que puede rescatar al pecador; y segundo, en la eminencia de un legalista que es derrumbado por recibir a Cristo. Él fue

una vez el peor y el mejor de los hombres – el principal de los pecadores y el principal de los legalistas: cuando él odió y persiguió a Cristo en sus santos, él era un pecador de pecadores; y un Fariseo de Fariseos, en su conducta moral, y orgullosa.

Permítanos entonces, en primer lugar, contemplarle como el principal de los pecadores.

“Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero” (1 Timoteo 1:15).

Ahora particularmente note lo que el Espíritu de Dios declara acerca de Saulo de Tarso: que él era el principal de los pecadores. Esta no es la expresión de la humildad de Pablo, sin embargo, no debemos dudar que él era humilde bajo lo que había sentido. Nosotros no estamos ocupados con los sentimientos de un escritor inspirado, pero sí con la declaración del Espíritu Santo quién le inspiró a él, es bueno ver esto.

Muchas personas hablan de los sentimientos de varios escritores inspirados en un cierto sentido calculador, para debilitar el sentido de esta preciosa verdad, la plena inspiración de las Santas Escrituras. Ellos no pueden hacer esto; pero entonces, en un momento como el presente, cuando hay tanto de razón, tanto más de especulación humana, no podemos ser guardados contra algo que puede, incluso en apariencia, militar contra la

integridad de la Palabra de Dios. Nosotros estamos deseosos de que nuestros lectores atesoren las Escrituras en los afectos de sus corazones, no como una expresión de los sentimientos humanos. Más bien piadosa y encarecidamente, como depositario de los pensamientos de Dios. “Porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2Pedro 1:21).

Por consiguiente, leyendo 1 Timoteo 1:15, nosotros no estamos pensando en los sentimientos del hombre, sino en el registro de Dios, que declara que Pablo era “principal de los pecadores”. Esto no se declara de alguien más. Sin dudas, en un sentido secundario, cada corazón culpable sentirá y su propia culpabilidad dentro de su rango de reconocimiento; pero esto es totalmente otro asunto. El Espíritu Santo ha declarado esto de Pablo; ni el hecho de que Él nos haya dicho esto por la pluma del mismo Pablo ha interferido con, o debilitado la verdad, en el valor de la declaración. No importa cuan malo pudiese ser, más Pablo podía decir “Yo soy el primero”. No importa cuan lejos de Dios pueda uno sentir que está – no importa cuan profundamente esté sumergido en el pantano de la ruina – no obstante una voz sube a su oído desde un profundo lugar, “Yo soy el primero”.

Más nos ha permitido distinguir el objeto de todo este trato con el primero de los pecadores. “Pero por esto fui recibido a misericordia, para que Jesucristo mostrase en

mí el primero toda su clemencia, para ejemplo de los que habrían de creer en él para vida eterna”. El principal de los pecadores está en el Cielo. ¿Cómo llegó allí?, Simplemente por la sangre de Jesús; y además vemos a Cristo como “ejemplo” del hombre. Todos pueden mirarlo a él y ver como ellos también son salvados; pero en tal sabiduría así el “primero” fue salvado, es preciso entonces que todos los que le siguen sean salvados. La gracia que alcanzó al primero puede alcanzar también a todos. La sangre que limpió al primero puede limpiar a todos. El título por el cual el primero entró en los cielos es el título para todos. ¡Miren a Pablo “como ejemplo de toda la clemencia de Cristo”!, No hay un pecador a este lado del portal del infierno, que pueda caer tan lejos o que quede más allá del alcance del amor de Dios, de la sangre de Cristo, o del testimonio del Santo Espíritu.

Ahora nosotros volveremos al otro lado del carácter de Saulo y le contemplaremos como el primero de los legalistas.

“Aunque yo tengo también de qué confiar en la carne. Si alguno piensa que tiene de qué confiar en la carne, yo más” (Filipenses 3:4). Aquí tenemos un punto valioso, Saulo de Tarso estaba de pie, cuando estaba en la cumbre alta en la colina de la legal justicia. Él alcanzó el más alto paso en el escalón de la religión humana. Él sufriría lo que ningún hombre haría para conseguir alcanzarle. Sus logros religiosos fueron de un valor muy alto. (Ver Gálatas

1:14) “Si alguno piensa que tiene de qué confiar en la carne, yo más”. ¿Está confiando algún hombre en su templanza? Pablo podía decir, “Yo más”. ¿Está algún hombre confiando en su moralidad? Pablo podía decir, “Yo más”. ¿Está algún hombre confiando en ordenanzas, sacramentos, servicios religiosos o piadosas observancias? Pablo podía decir, “Yo más”.

Todo esto imparte un interés peculiar por la historia de Saulo de Tarso. En él nosotros vemos, en una mirada, el poder de la sangre de Cristo y la inutilidad absoluta del traje de la misma justicia que siempre a vestido a la persona legalista. Mirándole a él ninguna necesidad de desesperación al pecador; mirándole a él ningún legalista puede alardear. Si el primero de los pecadores está en el Cielo, yo puedo estar allí también. Si los más grandes religiosos, legalistas y activistas, que siempre han existido, han descendido del escalón de la propia justicia, es para mí inútil el subirla.

La culpa de Saulo de Tarso fue completamente cubierta por la sangre de Cristo; y su alto orgullo religioso fue barrido lejos por una mirada de Jesús y Saulo encontró su lugar a los pies taladrados de Jesús de Nazaret. Su culpa no fue estorbo y su justicia inútil. En lo primero (culpa) fue lavado afuera por la sangre y en lo ultimo (su justicia) esta se convirtió en estiércol, y escoria por la gloria moral de Cristo. No importó si era “yo el primero” o “yo más”. La Cruz era el único remedio.

“Dios prohíbe”, dice este primero de los pecadores y príncipe de los legalistas “Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo” (Gálatas 6:14). Pablo tenía la pequeña idea de confiar así en su justicia, como en sus crímenes. Él se había permitido ganar el laurel de la victoria en la gran contienda legal con sus “iguales en su propia nación”, solo que él podría arrojar esto, como una cosa marchita y sin valor a los pies de la Cruz. Le permitió dejar atrás todo en la oscura carrera de la culpa, solo que él podría ejemplificar el poder del amor de Dios y la eficacia de la sangre de Cristo. Saulo no estaba más cerca de Cristo como el primero de los legalistas sino como el primero de los pecadores. No había mayor mérito justificándose en sus nobles esfuerzos en la escuela del legalismo que en sus actos salvajes de oposición al nombre de Cristo. Saulo fue salvado por gracia, salvado por la sangre, salvado por la fe. No hay otra manera para el pecador o legalista.

Hay otro punto en la historia de Pablo al que nosotros debemos mirar brevemente, en orden a mostrar los resultados prácticos de la gracia de Cristo, donde quiera que esa gracia sea conocida. Esto lo presentará para nuestra observación como el más laborioso de los apóstoles.

Si Pablo aprendiera a cesar de trabajar por la justicia, él también habría de aprender a comenzar trabajando por

Cristo. Cuando nosotros miramos camino a Damasco están los fragmentos rotos de este malo y mejor hombre – cuando nosotros oímos esas expresiones patéticas que emanan de las profundidades de un corazón roto, “Señor, ¿qué quieres que yo haga?”. -- Cuando nosotros vemos a ese hombre que había dejado Jerusalén en la desesperada furia de una fanática persecución, ahora estirando con fuerza la mano en la débil ceguera para ser llevado como un pequeño niño a Damasco, nosotros somos llevados para formar las mismas expectativas escondidas, como para la futura carrera, y nosotros no seremos defraudados.

Marque el progreso de ese hombre tan notable, mirando estas grandes labores en la viña de Cristo; vea sus lágrimas, sus trabajos, sus viajes, sus peligros, sus luchas; véalo cuando él lleva sus doradas gavillas al granero celestial y los tiende bajo los pies del Maestro; véale llevar las nobles ataduras del evangelio y finalmente poniendo su cabeza sobre la piedra del martirio y dice ¿Si el evangelio de Dios es gracia gratuita – y el evangelio de Cristo es salvación gratuita, anula esto las buenas obras? De ningún modo, ese evangelio precioso es la única verdadera base en que la gran estructura de las buenas obras pueden siempre ser erigidas.

La moralidad sin Cristo, es una fría moralidad. La benevolencia sin Cristo es una benevolencia sin valor. Las ordenanzas sin Cristo son sin poder y sin valor. La

ortodoxia sin Cristo es sin corazón e infructuosa. Debemos conseguir el fin del ego, sí es un ego culpable o un ego religioso y encontrando a Cristo como la porción satisfactoria de nuestros corazones, ahora y para siempre. Entonces nosotros podremos decir, con verdad,

*Tú, Oh Cristo, eres todo lo que yo deseo,
Más que todo en ti yo he de encontrar.*

Y de nuevo:

*Amor tan asombroso, tan divino,
Demandas mi alma, mi vida, mi todo.*

Todo esto era con Saulo de Tarso. Él consiguió librarse de sí mismo y encontró su todo en Cristo; y por consiguiente, así como nosotros hemos puesto sobre la página emocionante de su historia, nosotros oímos, desde las profundas ruinas, las palabras: “Yo soy el primero” – desde el punto más elevado del sistema legal, las palabras: “Yo más” – Y de entre los campos dorados de la labor apostólica, las palabras: “antes he trabajado más que todos ellos” (1Cor.15:10).

17

“TEN CUIDADO DE TI MISMO Y DE LA DOCTRINA”

“Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ello, pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren” (1.^a Timoteo 4:16).

Las palabras del texto citado son muy solemnes y deben ser sopesadas por todos aquellos que tienen que presentar a las almas la Palabra de Dios y la doctrina. El inspirado apóstol dirige estas palabras a su amado hijo Timoteo, las cuales contienen la más preciosa instrucción para cada uno de los que son llamados por Dios para ministrar en la asamblea o para predicar el Evangelio. Con toda seguridad, tomar parte en tal ministerio es un santo y elevado privilegio; pero, al

mismo tiempo, el que lo ejerce tiene una enorme responsabilidad.

El pasaje citado en el epígrafe expone ante el obrero del Señor dos deberes sumamente importantes; deberes absolutamente esenciales a los cuales debe prestar atención con diligente oración y vigilancia, si quiere ser un obrero útil en la Iglesia de Dios, un “buen ministro de Jesucristo” (1.^a Timoteo 4:6). Primeramente, debe cuidar de sí mismo, y luego cuidar de la enseñanza o doctrina.

1. “Ten cuidado de ti mismo”

Consideremos en primer lugar este solemne mandato: “Ten cuidado de ti mismo.” Sería difícil expresar todo el alcance moral de estas palabras. Es importante que todo creyente las observe, pero principalmente un obrero del Señor, pues a éste se dirigen en particular. Él, más que nadie, necesita cuidarse a sí mismo. Debe cuidar el estado de su corazón, de su conciencia, de su hombre interior todo. Tiene que conservarse “puro” (1.^a Timoteo 5:22). Sus pensamientos, sus afectos, su espíritu, su carácter, su lenguaje, todo debe mantenerse bajo el santo control del Espíritu y de la Palabra de Dios. Es necesario que esté ceñido con la verdad y vestido con la coraza de justicia. Su condición moral y su marcha práctica deben concordar con la verdad que ministra; de lo contrario, el enemigo, con seguridad, ganará ventaja sobre él.

El maestro debería ser la expresión viviente de lo que enseña; al menos, tal debería ser el objeto perseguido por él con sinceridad, con vehemencia y con perseverancia. Es de desear que esta santa medida esté constantemente ante “los ojos de su entendimiento (lit. corazón)” (Efesios 1:18). Desgraciadamente, el mejor comete faltas y permanece siempre por debajo de esa medida; pero si su corazón es sincero, si su conciencia es delicada, si el temor de Dios y el amor de Cristo ocupan en él su debido lugar, el obrero del Señor no se sentirá satisfecho con nada que esté por debajo de la medida divina, ya sea en su estado interior o en su andar exterior. En todo tiempo y en todo lugar, su ardiente deseo será manifestar en su conducta el efecto práctico de su enseñanza, y ser “ejemplo de los creyentes en palabra, conducta, amor, espíritu, fe y pureza” (1.^a Timoteo 4:12). Y en cuanto a su ministerio, todo obrero del Señor debería poder decir: “No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como siervos por amor de Jesús” (2.^a Corintios 4:5).

Sin embargo, jamás debemos perder de vista el tan importante hecho moral de que el maestro debe vivir la verdad que enseña. Moralmente, es en extremo peligroso que un hombre enseñe en público lo que su vida privada desmiente —peligroso para sí mismo, deshonesto para el testimonio y perjudicial para aquellos a quienes enseña—. ¡Qué deplorable y humillante es para un hombre, cuando contradice con su conducta personal y su vida doméstica

la verdad que presenta públicamente en la asamblea! Esto es algo que ha de temerse sobremanera y que terminará indefectiblemente en los más funestos resultados.

Que el firme propósito y el vigoroso anhelo de todos los que ministran la Palabra y presentan la doctrina sea pues el de alimentarse con la preciosa verdad de Dios, el de apropiarse de ella, el de vivir y moverse en su atmósfera, de modo que su hombre interior sea fortalecido y formado por ella; que ella habite ricamente en ellos, y que de ese modo pueda correr hacia los demás con su vivo poder, sabor, unción y plenitud.

Es algo muy pobre, e incluso muy peligroso, sentarse ante la Palabra de Dios como un mero estudiante, con el objeto de preparar conferencias o sermones para predicar a los demás. Nada podría ser más fatigoso o desecante para el alma. El uso meramente intelectual de la verdad de Dios, acumular en la memoria ciertas doctrinas, puntos de vista y principios, y luego exponerlos con alguna facilidad de palabras, es a la vez desmoralizador y engañoso. Podríamos estar extrayendo agua para los demás y al mismo tiempo ser, nosotros mismos, como cañerías oxidadas. No hay nada más triste que esto. El Señor dice: "Si alguno tiene sed, venga a mí y beba". No dice extraiga. La verdadera fuente y el poder de todo ministerio en la Iglesia, se hallará siempre al beber nosotros mismos del agua vivificante y no al extraerla para los demás. El Señor sigue diciendo: "El que cree en

mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva” (Juan 7:37-38). Es necesario que permanezcamos muy cerca de la fuente eterna, el corazón de Cristo, y beber de ella largos sorbos y continuamente. De ese modo nuestras propias almas se refrescarán y serán enriquecidas; ríos de bendición correrán de ellas para refrigerio de los demás, y raudales de alabanzas subirán al trono y al corazón de Dios por Jesucristo. Éste es el ministerio cristiano; el cristianismo mismo; y toda otra cosa carece absolutamente de valor.

2. “Ten cuidado de la doctrina”

Detengámonos ahora un momento en el segundo punto de nuestro tema; me refiero a la doctrina o la enseñanza; esta última palabra expresa el verdadero sentido del original. ¡Cuántas cosas se encuentran encerradas allí! “Ten cuidado de la enseñanza.” ¡Qué solemne advertencia! ¡Cuánto cuidado y qué santa vigilancia se requieren! ¡Cuánto se necesita esperar en Dios con oración y con perseverancia, para saber lo que hay que decir y la manera de decirlo! Sólo Dios conoce el estado y la necesidad de las almas. Nosotros no sabemos lo que necesitan. Podríamos ofrecer “alimento sólido” a los que sólo son capaces de “beber leche”, y ocasionarles así un positivo perjuicio. El apóstol dice: “Si alguno habla, sea como los oráculos de Dios” (1.^a Pedro 4:11; V.M.). No dice: «Hable conforme a los oráculos o a las palabras de Dios», (como se lee en algunas versiones). Un hombre puede

levantarse en la asamblea y hablar durante una hora, estando cada una de sus palabras en estricto acuerdo con la letra de las Escrituras, y, sin embargo, no haber hablado de ningún modo como oráculo de Dios —como vocero o portavoz de Dios—. Puede haber presentado la verdad, pero no la verdad que se necesitaba en ese momento.

Todo esto es muy solemne y nos hace sentir la seriedad de la advertencia del apóstol: ¡“Ten cuidado de la enseñanza”! ¡Qué urgente necesidad tenemos de ser despojados de nosotros mismos, para depender por completo del poder y la dirección del Espíritu Santo! En esto estriba el precioso secreto de todo ministerio eficaz, sea oral o escrito. Alguien podría hablar durante horas y escribir muchos volúmenes sin decir o escribir nada que sea antiescriturario, pero si no lo hace en el poder del Espíritu, sus palabras sólo serán metal que resuena o címbalo que retiñe, y sus volúmenes un montón de papel de desecho. Necesitamos permanecer más a los pies del Maestro y abrevarnos más de su Espíritu; es necesario estar en comunión con su corazón lleno de ese amor que tiene por los preciosos corderos y ovejas de su rebaño. Entonces nuestras almas estarán en condiciones de dar el alimento en el tiempo conveniente.

Sólo el Señor sabe exactamente lo que sus amados necesitan a cada instante. Nosotros quizá podríamos sentirnos profundamente interesados en un orden especial de verdades y juzgar que eso es lo que le

conviene a la asamblea, pero podemos equivocarnos por completo. No es la verdad lo que nos interesa, sino que lo que tenemos que presentar es la verdad que responde a las necesidades de la asamblea, y para hacerlo es necesario esperar constantemente en el Señor de toda gracia. Deberíamos fijar nuestros ojos en Él, con tesón y con simplicidad, y decirle: «Señor, ¿qué quieres que les diga a tus santos amados? Dame el mensaje que les conviene.» Entonces el Señor se serviría de nosotros como canales suyos; la verdad fluiría de su amante corazón a los nuestros, y de allí se derramaría en los corazones de los suyos, según el poder de su Espíritu.

¡Ojalá que esto fuese así para todos los que hablan y escriben para la Iglesia de Dios! ¡Qué resultados podríamos esperar! ¡Qué poder, crecimiento y manifiesto progreso en la vida divina se vería! Los verdaderos intereses del rebaño de Cristo serían el objeto de todo lo que se dice o se escribe. No habría nada equivocado; no se presentaría nada extraño ni nada que cause sobresalto o asombro. De los labios o de las plumas sólo brotaría lo que es sano, sobrio y oportuno. Sólo se oirían “sanas palabras” (1.^a Timoteo 6:3; 2.^a Timoteo 1:13), que no pueden ser condenadas; y se presentaría únicamente lo que es bueno para la edificación.

Que en toda la Iglesia de Dios cada obrero se aplique a sí mismo la advertencia del apóstol: “Ten cuidado de ti

mismo y de la doctrina (enseñanza)... pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren.”

“Recuérdales esto, exhortándoles delante del Señor a que no contiendan sobre palabras, lo cual para nada aprovecha, sino que es para perdición de los oyentes. Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad” (2.^a Timoteo 2:14-15)

18

UN CORAZÓN PARA CRISTO

(Léase Mateo 26)

En este solemne capítulo tenemos revelados muchos corazones. El corazón de los principales sacerdotes, el de los ancianos, el de los escribas, el de Pedro y el de Judas. Pero hay particularmente un corazón distinto de todos los demás: el de la mujer que trajo el vaso de alabastro con el perfume de gran precio para ungir el cuerpo de Jesús. Esta mujer tenía un corazón para Cristo. Ella podía ser una gran pecadora, una pecadora muy ignorante; pero sus ojos habían sido abiertos para ver en Jesús una belleza que la llevó a juzgar

que nada de lo que se gastara en él podría ser demasiado caro. En una palabra, ella tenía un corazón para Cristo.

Pasemos por alto a los principales sacerdotes, a los ancianos y a los escribas y detengámonos unos instantes para considerar el corazón de esta mujer en contraste con el de Judas y el de Pedro.

1. Judas era un hombre ambicioso. Amaba el dinero, inclinación muy común en todas las épocas. Había predicado el Evangelio. Había caminado en compañía del Señor Jesús durante los días de Su ministerio público. Había oído Sus palabras, había visto Sus caminos y había experimentado Su bondad; pero, lamentablemente, aunque era apóstol, aunque era compañero de Jesús y predicador del Evangelio, con todo, no tenía un corazón para Cristo. Tenía un corazón para el dinero. El lucro era siempre el motor que animaba su corazón. Cuando se trataba de dinero, la avidez se posesionaba de él. Las pasiones más profundas de su ser se veían despertadas por el dinero. “La bolsa” era su objeto más cercano y más querido. Satanás lo sabía. Conocía el particular deseo de Judas. Tenía pleno conocimiento del precio al que podría comprarle. Conocía a su hombre, sabía cómo tentarlo y cómo utilizarlo. ¡Solemne pensamiento!

Pero adviértase también que la misma posición de Judas lo hacía tanto más apto para los designios de Satanás. Su familiaridad con los caminos de Cristo lo hacía una persona ideal para entregarle en manos de Sus

enemigos. El mero conocimiento intelectual de las cosas sagradas, sin que el corazón sea tocado, vuelve al hombre más insensible, profano y perverso. Los principales sacerdotes y los escribas de Mateo 2 tenían un conocimiento intelectual de la letra de la Escritura, pero no un corazón para Cristo. Ellos podían desenvolver el rollo profético sin dificultad ni demora hasta dar con el lugar donde se hallaba escrito: “Y tú, Belén, de la tierra de Judá, no eres la más pequeña entre los príncipes de Judá; porque de ti saldrá un guiador, que apacentará a mi pueblo Israel” (v. 6). Todo esto era muy bueno, muy cierto y muy hermoso, pero ellos no tuvieron entonces un corazón para ese “guiador”; no tuvieron ojos para verle; no le quisieron. Sabían al dedillo la Escritura. Seguramente se habrían sentido avergonzados si no hubieran podido contestar la pregunta de Herodes. Habría sido una deshonra para ellos, en la posición que ocupaban, dar muestras de ignorancia. Pero ellos no tenían un corazón para Cristo, y por ello pusieron sus conocimientos bíblicos a los pies de un monarca impío, quien los iba a utilizar, si podía, para sus horrorosos propósitos de asesinar al verdadero heredero del trono. Basta con lo dicho en cuanto al conocimiento intelectual sin el amor del corazón.

Pero nadie vaya a interpretar que nosotros podríamos subestimar el conocimiento de las Escrituras. Lejos de ello. El verdadero conocimiento de la Palabra debe dirigir el corazón a Jesús. Pero puede suceder que

haya un conocimiento de la letra de la Escritura hasta llegarse a citar un capítulo tras otro y un versículo tras otro con mucho tino; sí, y tal conocimiento hasta puede verse acompañado por un andar aparentemente en armonía con él, pero, a la vez, con un corazón frío e indiferente por Cristo. Este conocimiento sólo abrirá más la puerta a Satanás, como ocurrió con los principales sacerdotes y los escribas. Herodes no habría solicitado información a hombres ignorantes. El diablo nunca se vale de hombres ignorantes o ineptos para actuar contra la verdad de Dios. No; él utiliza instrumentos más capaces para llevar a cabo su obra. Los doctos, los intelectuales, los pensadores más profundos, siempre que no tengan un corazón para Cristo, estarán muy dispuestos a servirle en toda ocasión. ¿Por qué no fue así con los magos “que vinieron del oriente”? ¿Por qué Herodes —por qué Satanás— no pudo reclutar a estos sabios para su servicio? ¡Oh, lector, advierta la respuesta!: ellos tenían un corazón para Cristo. ¡Bendita salvaguardia! Sin duda, ellos desconocían las Escrituras. No habrían dado más que pobres muestras de destreza en la búsqueda de un pasaje de las Escrituras proféticas; pero buscaban a Jesús; buscaban a Jesús con vehemencia, honestidad y diligencia. Por eso Herodes, de haberlo podido, los habría utilizado de buena gana; pero no habían de ser utilizados por él. Ellos hallaron su camino hacia Jesús. No sabían mucho acerca del profeta que hablaba del “guiador”, pero hallaron el camino que los conducía hasta el mismo “guiador”. Le hallaron en la Persona del niño que yacía en

el pesebre de Belén; y, en lugar de ser instrumentos en las manos de Herodes, fueron adoradores a los pies de Jesús.

Ahora bien; no vaya a suponerse que ensalzamos la ignorancia acerca de las Escrituras. De ninguna manera. Quienes no conocen las Escrituras errarán gravemente y sin falta. Para alabanza de Timoteo, el apóstol le pudo decir: “Y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación”, pero, al punto, agrega: “por la fe que es en Cristo Jesús” (2.^a Timoteo 3:15). El verdadero conocimiento de la Escritura siempre nos conducirá a los pies de Jesús; mientras que el mero conocimiento intelectual de la Biblia, sin ir acompañado de un amor de corazón hacia Cristo, sólo hará de nosotros instrumentos más eficaces en las manos de Satanás.

Tal fue el caso de Judas, quien tenía un corazón de piedra que suspiraba por el dinero. Él tenía conocimiento sin una jota de afecto por Cristo, y su misma familiaridad con ese Bendito le hizo un instrumento apto para el diablo. Su cercanía a Jesús le permitió ser un traidor. El diablo sabía que treinta piezas de plata podían ponerle al servicio de la horrenda tarea de traicionar a su Maestro.

Lector, ¡medite en esto! Aquí tenemos a un apóstol, a un predicador del Evangelio, a un profesante de fuste; pero, bajo el manto de la profesión, yacía un “corazón habituado a la codicia” (2.^a Pedro 2:14), un corazón que tenía amplio espacio para “treinta piezas de plata”, pero

ni un solo rincón para Jesús. ¡Qué caso! ¡Qué cuadro! ¡Qué advertencia! ¡Oh, los profesantes sin corazón cuánta necesidad tienen de mirar a Judas, de considerar su línea de conducta, su carácter, su fin! Predicó el Evangelio, pero nunca lo conoció, nunca lo creyó, nunca lo sintió. Pudo haber pintado los rayos del sol en cuadros, pero nunca sintió su influencia. Tenía abundancia de corazón para el dinero, pero no un corazón para Cristo. Como “el hijo de perdición”, “se ahorcó”, “para irse a su propio lugar” (Juan 17:12; Mateo 27:5; Hechos 1:25). Cristianos profesantes, guárdense del conocimiento intelectual, de la profesión de labios, de la piedad oficial, de la religión mecánica; guárdense de estas cosas y procuren tener un corazón para Cristo.

2. En Pedro tenemos otra advertencia, aunque de naturaleza diferente. Él amaba realmente a Jesús, pero temió la cruz. Rehuyó confesar Su nombre en medio de las filas del enemigo. Se jactó de lo que haría, cuando tendría que haberse despojado a sí mismo. Se hallaba profundamente dormido cuando debió haber estado de rodillas. En vez de orar, se durmió. Y, más tarde, en vez de estar tranquilo, lo vemos blandiendo la espada. “Siguió (a Jesús) de lejos”, y luego lo hallamos “calentándose al fuego” en el patio del sumo sacerdote (Marcos 14:54). Por último, “comenzó a maldecir y a jurar” que no conocía a este Maestro de gracia. ¡Todo esto era terrible! ¿Quién se imaginaría que el Pedro de Mateo 16:16 es el mismo de Mateo 26? Sin embargo, lo es. El hombre, en su mejor

condición, es como una marchitada hoja otoñal, “cual sombra que no dura” (1.º Crónicas 29:15). La posición más eminente, la profesión más estentórea, pueden terminar siguiendo a Jesús “de lejos”, y negando vilmente su Nombre.

Es muy probable —casi seguro diría yo— que Pedro habría rechazado a puntapiés el pensamiento de vender a Jesús por treinta piezas de plata; y, sin embargo, tuvo miedo de confesarle ante una criada. No le habría traicionado y entregado a sus enemigos, pero sí le negó delante de ellos. Puede no haber amado el dinero, pero su falta estuvo en no manifestar un corazón para Cristo.

Lector cristiano, recuerde la caída de Pedro y guárdese de confiar en sí mismo. Cultive un espíritu de oración. Manténgase cerca de Jesús. Sitúese lejos de las influencias del favor de este mundo. “Consérvese puro” (1.ª Timoteo 5:22). Guárdese de caer en una condición de alma perezosa y letárgica. Sea vigoroso y vigilante. Ocúpese en Cristo. Ésta es la verdadera salvaguardia. No se conforme meramente con evitar el pecado manifiesto. No se contente meramente con una conducta y un carácter intachables. Fomente afectos vivos y ardientes por Cristo. Uno que “sigue a Jesús de lejos” puede negarle muy pronto. Pensemos en esto. Saquemos provecho del relato acerca de Pedro. Él mismo nos dice más tarde: “Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien

devorar; al cual resistid firmes en la fe” (1.^a Pedro 5:8, 9). Éstas son palabras de peso, provenientes, por cierto, del Espíritu Santo, a través de la pluma de uno que había sufrido así por falta de VIGILANCIA.

Bendita sea la gracia que pudo decir a Pedro, antes de su caída: “Yo he rogado por ti, que tu fe no falte” (Lucas 22:32). Nótese que el Señor no dice: «He rogado por ti, que no caigas», sino: “que tu fe no falte” cuando hayas caído. ¡Gracia preciosa y sin par! Éste era el recurso de Pedro. Era deudor de la gracia, desde el principio hasta el fin. Como pecador perdido, era deudor de “la sangre preciosa de Cristo”, y, como santo que tropieza, era deudor de la prevaleciente intercesión de Cristo. Así ocurrió con Pedro. La abogacía de Cristo constituyó la base de su feliz restauración. De esta abogacía Judas no sabía nada. Sólo aquellos que han sido lavados en la sangre participan de la intercesión. Judas ignoraba todo esto. Por eso “fue y se ahorcó” (Mateo 27:5); mientras que Pedro, como hombre convertido y restaurado, salió a “confirmar a sus hermanos” (Lucas 22:32). Nadie era más idóneo para fortalecer o confirmar a sus hermanos que uno que había experimentado en su propia persona la restauradora gracia de Cristo. Pedro fue capaz de pararse ante la congregación de Israel y decir: “Vosotros negasteis al Santo y al Justo” (Hechos 3:14), tal cual él lo había hecho. Esto nos hace ver cuán enteramente fue purificada su conciencia por la sangre, y su corazón restaurado por la intercesión de Cristo.

3. Y ahora, restan por decir unas palabras sobre la mujer que vino a Jesús con el vaso de alabastro. Ella se halla en un excelente y bello contraste con todos los demás. Mientras los principales sacerdotes, los escribas y los ancianos se hallaban reunidos conspirando contra Cristo “en el patio del sumo sacerdote llamado Caifás” (Mateo 26:3), ella se hallaba ungiendo el cuerpo de Jesús “en casa de Simón el leproso” (Mateo 26:1). En el momento en que Judas estaba acordando con los principales sacerdotes cómo vender a Jesús por treinta piezas de plata, ella estaba derramando el precioso contenido de su frasco de alabastro sobre la Persona de Jesús. ¡Patético contraste! Ella estaba totalmente absorbida con su objeto, y su objeto era Cristo. Aquellos que no conocían Su excelencia y hermosura podían tildar de derroche su sacrificio. Aquellos que eran capaces de vender a Jesús por treinta piezas de plata podían hablar de “dar a los pobres”; pero ella no les prestó atención. Sus razonamientos y murmuraciones no significaron nada para esta mujer, pues había hallado su todo en Cristo. Jesús era más para ella que todos los pobres del mundo. Ella sintió que nada de lo que se gastara en él sería “desperdicio”. Él no podía valer más que treinta piezas de plata para uno que tenía un corazón para el dinero. Para ella, él valía más que diez mil palabras, por cuanto tenía un corazón para Cristo. ¡Mujer bienaventurada! ¡Ojalá que te imitemos! ¡Ojalá que nuestro lugar esté siempre a los pies de Jesús, amando, adorando, admirando y venerando su bendita Persona! ¡Ojalá que consumamos y gastemos

todas nuestras energías en su servicio, aun cuando los profesantes sin corazón consideren nuestro servicio como un “desperdicio” insensato! Se acerca rápidamente el tiempo en que no nos arrepentiremos de nada de lo que hayamos hecho por amor a su Nombre; si hubiera lugar allá arriba para lamentarnos tan sólo de una cosa, sería de cuán débilmente y con cuánta flojedad servimos a su causa en el mundo. Si en la “mañana sin nubes” hubiera tan sólo un rubor que cubriera toda nuestra mejilla, se debería a que nosotros, cuando estuvimos aquí abajo, no nos dedicamos más íntegramente a su servicio.

Lector, sopesemos estas cosas. Y quiera Dios concedernos ¡UN CORAZON PARA CRISTO!

19

UN RUEGO VEHEMENTE

Lector cristiano, me siento constreñido a hacer un ruego vehemente a su corazón y a su conciencia, en la presencia de Aquel ante quien usted y yo somos responsables, y ante quien están desnudos nuestros corazones y nuestros caminos. No es mi intención juzgarle ni hablarle de forma odiosa. Tampoco quiero escribir con un espíritu agrio o querrelloso. Sólo deseo despertar su mente renovada, reavivar las energías de su nueva naturaleza, exhortarle y estimularle a desplegar un celo más ardiente y una devoción más enérgica en el servicio de Cristo.

El momento presente es extremadamente solemne. El día de la magnanimidad de Dios está llegando a su fin

rápidamente. El día de la ira está cerca. Las ruedas del gobierno divino se mueven hacia adelante con una celeridad verdaderamente arrolladora. Los avatares de la Historia humana están convergiendo en un punto. Una terrible crisis se aproxima. Almas inmortales están arrojándose, por toda la orilla, a las aguas de la corriente del tiempo para desembocar en el infinito océano de la eternidad. En una palabra, “el fin de todas las cosas se acerca” (1.^a Pedro 4:7). “Se han acercado aquellos días, y el cumplimiento de toda visión” (Ezequiel 12:23).

Ahora, pues, querido lector, viendo que estas cosas son así, preguntémosnos unos a otros: ¿Cómo hacen mella en nosotros? ¿Qué estamos haciendo en medio de la escena que nos rodea? ¿Cómo estamos cumpliendo nuestra cuádruple responsabilidad, a saber: nuestra responsabilidad ante Dios, nuestra responsabilidad para con la Iglesia, nuestra responsabilidad para con los pecadores perdidos y nuestra responsabilidad para con nuestras propias almas? Ésta es una pregunta de peso que debemos planteárnosla en la presencia de Dios y sopesarla allí en toda su magnitud. ¿Estamos haciendo realmente todo lo que está a nuestro alcance para el adelanto de la causa de Cristo, la prosperidad de su Iglesia y el progreso de su Evangelio? Le confieso francamente, amigo mío, que me temo mucho que no estemos haciendo uso correcto de toda la gracia, la luz y el conocimiento que nuestro Dios nos ha comunicado tan graciamente. Me asusta pensar que no estemos negociando fiel y

diligentemente con nuestros talentos u ocupándonos en ellos hasta que el Señor vuelva. Siempre se me ocurre que las personas de mucho menos conocimiento, mucho menos profesión, son mucho más prácticas, más fructíferas en buenas obras, más honradas en la conversión de almas preciosas, más generalmente usadas por Dios. ¿A qué se debe esto? ¿Nos despojamos, usted y yo, lo suficiente a nosotros mismos, oramos lo suficiente, es nuestro ojo lo suficientemente bueno, es decir, tenemos un corazón sumiso?

Usted quizás responda: «Es algo detestable estar ocupados en nosotros mismos, en nuestros caminos o en nuestras obras». Sí, pero si nuestros caminos y nuestras obras no son lo que deberían ser, tenemos el deber de ocuparnos en ellos, el deber de juzgarlos. El Señor, por medio de su profeta Hageo, exhortaba a los judíos de antaño a “meditar sobre sus caminos” (Hageo 1:5, 7); y el Señor Jesús dijo a cada una de las siete iglesias: “Yo conozco tus obras”. Hay un grave peligro en estar satisfechos con nuestro conocimiento, nuestros principios, nuestra posición, mientras que, al mismo tiempo, andamos con espíritu carnal, mundano, relajado o negligente. El fin de esto, seguramente, será terrible. Consideremos estas cosas. Ojalá que la admonición apostólica haga mella, por el poder divino, en nuestros corazones, “mirando por vosotros mismos, para que no perdáis el fruto de vuestro trabajo, sino que recibáis galardón completo” (2 Juan 8).

20

UNA NOCHE DE DESVELO

(Léase Ester 6)

Aquella misma noche se le fue el sueño al rey. ¿Cómo sucedió esto? ¿Qué fue lo que quitó el sueño de los ojos del monarca y la pesadez de sus párpados? ¿Por qué el poderoso Asuero no pudo disfrutar de una gracia que, sin duda, era la porción del más pequeño de sus súbditos? Algunos quizás digan: «Las preocupaciones del reino le tenían tan agobiado que le arrebataron aquello de lo que todo hombre trabajador disfruta». Esto podría haber sido en otras noches, pero, en cuanto a “aquella misma noche”, debemos buscar en otra dirección totalmente diferente una explicación del insomnio del rey. El dedo del Todopoderoso estaba en esa

noche de desvelo. “Jehová el Dios de los hebreos” tenía una poderosa obra que cumplir en favor de su amado pueblo, y, a tal efecto, retiró el «balsámico sueño» del lujurioso lecho del monarca de ciento veintisiete provincias.

Esto revela de una manera muy notable el carácter del libro de Ester. El lector observará que, a través de toda esta porción de la Escritura, el nombre de Dios no se menciona ni una sola vez; sin embargo, la huella de su dedo se hace patente en cada acontecimiento. La circunstancia más trivial refleja la grandeza de su consejo y la magnificencia de sus hechos (Jeremías 32:19). El ojo natural no puede seguir los movimientos de las ruedas del carro de Jehová; pero la fe no sólo puede seguirlos, sino que también sabe hacia adónde se dirigen. Las maniobras del enemigo no faltan, pero Dios está por encima de él. Se verá que cada movimiento de Satanás no es sino un eslabón en la maravillosa cadena de acontecimientos mediante la cual el Dios de Israel estaba llevando a cabo su propósito de gracia con respecto a su pueblo. Así fue, así es y así será siempre. La malicia de Satanás, el orgullo del hombre, las más hostiles influencias son sólo algunos de los tantos instrumentos en las manos de Dios para el cumplimiento de sus graciabes propósitos. Esto da el más grato reposo al corazón en medio de las incesantes agitaciones y vaivenes del trajín humano. “El fin del Señor” (Santiago 5:11) seguramente será visto. “Su consejo permanecerá, y hará todo lo que quiera” (Isaías

46:10). ¡Bendito sea su nombre por esta sustentadora seguridad del alma! Ella tranquiliza al corazón en todo momento. Jehová está detrás de las escenas. Cada rueda, cada tornillo, cada eje de la compleja máquina de las vicisitudes humanas está bajo su control. Por más que su nombre no sea conocido o reconocido por los hijos de la tierra, su dedo es visto, su palabra creída y su fin esperado por los hijos de la fe.

Cuán claramente se ve todo esto en el libro de Ester. La belleza de Vasti, el orgullo del rey al respecto, la deshonesto orden de éste, la indignada negativa de ella, la propuesta de los consejeros del rey, en una palabra, todo, en una palabra, no es otra cosa que el desenvolvimiento de los propósitos del Señor. De “todas las jóvenes vírgenes de buen parecer reunidas en Susa, residencia real”, no le será permitido a ninguna ganar el corazón del rey, salvo a una: Ester, hija de un oscuro hogar judío, una huérfana que había quedado abandonada. Asimismo, de todos los oficiales, ministros y sirvientes del rey, a ninguno le será permitido descubrir la conspiración contra la vida del rey, salvo a “un varón cuyo nombre era Mardoqueo” (Ester 2:5). Y, en esa noche de desvelo, nada habrá de ser traído ante el monarca para distraerle durante sus pesadas horas de insomnio salvo “el libro de las memorias y crónicas” (6:1). ¡Extraña recreación para un rey voluptuoso! Pero Dios estaba detrás de todo esto. Había un cierto registro en ese libro acerca de “un cierto judío” que debía ser traído de inmediato ante los ojos del

desvelado monarca. Mardoqueo debía aparecer. Debía ser recompensado por su fidelidad; y lo sería de tal manera que llenaría de abrumadora confusión el rostro del orgulloso amalecita. En el mismo momento en que se estaba pasando revista a esta crónica, nadie más que el altivo y perverso Amán se hallaba en la corte de la casa del rey. Había venido para arreglar la muerte de Mardoqueo; pero ¡oh! se vio obligado, por la providencia de Dios, a programar el festejo del triunfo y la dignidad de Mardoqueo. Amán había venido para hablarle al rey a fin de que hiciese colgar a Mardoqueo en la horca que le tenía preparada; pero ¡oh! se vio obligado a vestirle con el vestido real, a montarlo en el caballo en que el rey cabalgaba y a llevarlo, como un lacayo, por la plaza de la ciudad, pregonando su triunfo como un mero heraldo.

*¡Oh, escenas que superan a las fábulas!
¡y pensar que son reales!*

¿Quién podría haber imaginado que el más noble señor en todos los dominios de Asuero —un descendiente de la casa de Agag— se viera obligado a servir a un pobre judío y, más aun, a ese judío en particular y en un momento como éste? Seguramente, el dedo del Todopoderoso estaba en todo esto. ¿Quién sino un infiel, un ateo o un escéptico podría cuestionar una verdad tan obvia?

Baste lo dicho en cuanto a la Providencia de Dios. Pasemos a considerar ahora el orgullo de Amán. A pesar de toda su dignidad, riqueza y esplendor, su infame corazón se sintió dolido por un pequeño detalle que no cabe en el pensamiento de una mente verdaderamente lúcida o en un corazón bien equilibrado. Él se sintió desdichado por el simple hecho de que Mardoqueo no se quiso inclinar ante él. Aunque ocupaba el lugar más cercano al trono, a pesar de habersele confiado el anillo del rey y aunque poseía las riquezas propias de un príncipe y se hallaba en una posición digna de un príncipe, con todo le oímos decir: “Todo esto de nada me sirve cada vez que veo al judío Mardoqueo sentado a la puerta del rey” (5:13). ¡Hombre miserable! La posición más alta, la riqueza más grande, la influencia más extendida, los gestos más halagüeños del favor real, todo esto “de nada sirve” ¡sólo porque un pobre judío rehúsa inclinarse ante él! ¡Cómo es el corazón humano! ¡Cómo es el hombre! ¡Cómo es el mundo!

“Antes del quebrantamiento es la soberbia, y antes de la caída la altivez de espíritu” (Proverbios 16:18). Amán probó esto. En el momento mismo en que él parecía estar a punto de plantar su pie en la más alta cima de su ambición, una Providencia justa y retributiva trae a escena, de una manera maravillosa, a un hombre —cuya sola presencia amargó una vida de magnificencia y esplendor— a quien se vio obligado a servir; y la misma

horca que había mandado preparar para su anhelada víctima ¡fue utilizada para su propia ejecución!

Y permítasenos preguntar aquí: ¿Por qué Mardoqueo rehusó inclinarse ante Amán? Rehusar el acostumbrado honor que se le debe al más noble señor del rey, a su más alto oficial, ¿no suena a ciega obstinación? Por cierto que no. Es verdad que Amán era el oficial más eminente de Asuero; pero él era, además, el más grande “enemigo de Jehová” al ser el más grande enemigo de los judíos. Era amalecita, y Jehová había jurado que habría de tener “guerra con Amalec de generación en generación” (Éxodo 17:16). ¿Cómo, pues, un verdadero hijo de Abraham podía inclinarse ante uno con quien Jehová estaba en guerra? ¡Imposible! Mardoqueo podía salvar la vida de un Asuero, pero nunca inclinarse ante un amalecita. Como fiel judío, caminaba demasiado cerca del Dios de sus padres como para rendir reverencia a uno de la simiente de Amalec.

De ahí que la firme negativa de Mardoqueo a inclinarse ante Amán no haya sido el fruto de una ciega obstinación o de un absurdo orgullo, sino de una preciosísima fe y de una íntima comunión con el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. Él nunca podía renunciar a la dignidad que pertenecía al Israel de Dios. Permanecería en pie, por la fe, desplegando el estandarte de Jehová, y nunca así podría rendir homenaje a un amalecita entretanto se mantuviera en esa posición. Y, aunque el

pueblo de Jehová se hallara “esparcido y distribuido entre los pueblos” (3:8); aunque su hermosa casa se hallara en ruinas; aunque la antigua gloria de Jerusalén se hubiera ido, ¿la fe habría de abandonar la alta posición que Dios, en sus consejos, le había asignado a su pueblo? De ninguna manera. La fe reconoce la ruina y, una vez que echa mano de la promesa de Dios y ocupa, con santa dignidad, la plataforma que esa promesa había abierto para todo aquel que depositaba su fe en ella, camina con paz y sosiego. Mardoqueo fue llevado a sentir hondamente la ruina. Él podía rasgar sus vestidos, vestirse de cilicio y cubrirse de ceniza, pero nunca inclinarse ante un amalecita.

Y ¿cuál fue el resultado? Su cilicio fue cambiado por ropas reales; su lugar a la puerta del rey se trocó por un lugar junto al trono. Él, en su propia y feliz experiencia, realizó la verdad de esa antigua promesa, a saber, que Israel debía ser puesta “por cabeza, y no por cola” (Deuteronomio 23:13). Así fue con este fiel judío de la antigüedad. Él se situó sobre ese elevado terreno en el que la fe siempre coloca al alma. Él ajustó su camino, no conforme a la percepción natural de las cosas que le rodeaban, sino conforme a la percepción de la fe en la Palabra de Dios. La naturaleza podía decir: «¿Por qué no bajar el nivel de acción a la altura de las circunstancias en las que se está? ¿Por qué no adaptarse a las condiciones externas? ¿No habría sido mejor reconocer al amalecita, viendo que el mismo se hallaba en el lugar del poder?». La

naturaleza podía hablar así, pero la respuesta de la fe fue simple: “Jehová tendrá guerra con Amalec de generación en generación” (Éxodo 17:16). Así es siempre. La fe echa mano del Dios viviente y de su eterna Palabra, y queda en paz y camina con santa elevación.

Lector cristiano, ojalá que la santa instrucción del libro de Ester pueda hallar cabida en nuestras almas por el poder del Espíritu Santo. En él vemos la Providencia de Dios, el orgullo del hombre y el poder de la fe. Además, él nos proporciona una notable figura de las acciones y caminos de Jehová en favor de su pueblo Israel, del súbito aniquilamiento de su orgulloso opresor final, y de su restauración, bendición, reposo y gloria eternos.